

LOS

DOS CADÁVERES.

Novela.

Por D. JUAN DE SUZAR.

Traducción de D. JUAN DE SUZAR.

LOS DOS CADÁVERES.

LOS DOS CAVALERES.

LOS
DOS CADÁVERES,

novela escrita en francés

POR FEDERICO SOULIÉ,

y traducida al castellano

POR D. JOSÉ GONZALEZ DE CARVAJAL.

T. 2.^o

VALENCIA.

Imprenta de D. Benito Monfort.

1847.

LOS

DOS CADÁVERES

DE LOS

DE LOS

DE LOS

DE LOS

DE LOS

DE LOS

DE LOS

DE LOS



I.

CONTINUACION DEL ANTERIOR

CAPITULO.

EN el instante mismo en que Ricardo acabó de pronunciar aquellas palabras en francés, se desprendieron de su cuello los brazos de la niña, como si hubieran perdido su fuerza, cayó sobre los pies, y despues sobre las rodillas, y levantando sus ojos completamente trastornados hácia

el que creia su amigo, que se habia quedado en pie delante de ella, le dijo en francés tambien:

— ¡Con que se lo dirás todo, Ricardo!...

La aparicion de un espectro en medio del cuarto no hubiera sorprendido mas á los actores de semejante escena, que lo que los sorprendieron aquellas palabras pronunciadas en francés por la niña. ¡Qué solicitud tan larga y perseverante habia sido necesaria para enseñar á una niña la lengua de los católicos, cuyas intrigas tenian siempre relacion con la corte de Francia! ¡Cuánto terror habia sido preciso inspirar á su crédula conciencia para hacer que guardara secreto la indiscreta vanidad de aquella edad tan frívola! Ricardo se asombró tanto, que olvidando lo que podian agravar todavía sus palabras la posicion de Carlota, le dijo á su padre:

— Retiraos por Dios, padre, ó la vais á matar.

El acento con que lo dijo determinó á

Barkstead á marcharse; pero esta imprudente espresion de *la vais á matar* le hizo creer á la aterrada niña que era inevitable su desgracia. Entonces, y despues que sus temores habian descubierto lo absurdo del rencoroso fanatismo con que habian inficionado aquella jóven alma, se manifestó tambien, á su vez, todo lo que tiene de grande cualquiera exaltacion, hasta la que es culpable; y la niña, siguiendo hablando en francés, le dijo á su primo:

—Ricardo, ¿con que se lo direis todo á vuestro padre, que me matará? ¡Esa es una vileza! Y mirándolo en seguida con el fatal cariño que los unia en su infancia, añadió: — Si vos me hubierais muerto, Ricardo, Carlota de Inglaterra os lo hubiera perdonado.

No es fácil pintar la afliccion de Ricardo: ¡cómo seria posible arrancar de aquella alma, tan odiosamente engañada, la horrible creencia de que su padre era un asesino! Su corazon se abrasaba y se he-

laba sucesivamente con mil diversos sentimientos; miraba á Carlota que, pálida y en pie delante de él, parecia una noble y resignada víctima que suplicaba sin llorar; y se le representaba la espantosa duplicidad de los que la habian educado, sin saber qué hacer; cuando Phann, que parecia sentir todos los males, se echó á los pies de la niña, la miró tristemente, y llamó su atencion con su dulce y prolongado quejido. Carlota se volvió á mirar al perro, y Ricardo, aprovechando esta circunstancia, le dijo:

—Mira, Carlota, mira á Phann, que por traértelo atravesé las olas de un mar furioso, que subian mas altas que esa torre. Si él pudiera hablar te lo diria, y te diria tambien que á todas horas le he estado repitiendo tu nombre. ¿No es verdad, Phann, que conoces á Carlota? añadió con acento particular.

El perro, llamado á atestiguar lo que su amo decia, volvió la cabeza hácia él, y

despues hácia Carlota, meneando la cola en señal de alegría, y arrastrándose suavemente por el suelo con un ligero ladrido, se puso delante de ella, mirándola fijamente con los ojos encendidos, como esperando que le hablara. Carlota, distraida de su pensamiento, como la débil planta que á todos los vientos cede, le dijo al perro con triste y ligera sonrisa:

— Phann, ¿quienes á Carlota?

El animal respondió á este nombre quejándose, segun su costumbre, pero vibrándole los ojos de gozo, y ya todo se olvidó: la niña agarró con sus manos la cabeza del perro, lo abrazó, y él por su parte mordía, sin ofenderlos, sus blancos y suaves brazos; ésta los retiraba primero asustada y despues riéndose; lo provocaba, le pegaba, lo queria sujetar, y como se le escapara, echó á correr tras de él; en seguida, queriéndolo detener, ambos vinieron al suelo; y todavía buscaba Ricardo un medio de consolarla, cuando ya

ella cantaba y jugaba, indiferente, olvidada de todo, y turbando con su estrepitosa risa el silencio que poco antes habia interrumpido con sus gritos de terror. Ricardo entonces se le acercó, y aprovechando con maña la intimidad que se habia restablecido entre ellos, gracias á la intervencion del perro, averiguó cómo habia sido tan pérfidamente imbuida aquella criatura en el odio y el error con las indignas lecciones que le habian dado. Satisfecho de haber vuelto á ganar por sí mismo aquella confianza infantil, le prometió cuanto quiso exigir de su silencio, pero no le dejó de sorprender que le pidiera ayudara á su padre en favor de los Salnsby.

—Si quieres que te ame, le dijo acariciándolo con la inefable y familiar dulzura de la infancia, has de obtener el perdón de Ralph. Lo quiero, Ricardo, ¿lo entiendes? Lo quiero, lo he prometido. ¡Ah! como me mires así, no te querré nunca:

y alegre y ligera tiró de Phann para acercarlo á su amo, y añadió: — ¿No es verdad, Phann, que no querré á Ricardo, ni tú tampoco lo querrás, sino salva á Ralph?

Tenia la voz de Carlota una seducción inesplicable contra la voluntad de Ricardo, y hasta contra su odio: miró un momento aquella cara, en que parecía que todas las bellezas debían espresar algun dia todas las pasiones, y le contestó en voz baja:

--Sí, Carlota, trataré de salvar á Ralph del patíbulo.

La niña, trasportada de gozo, recobró entonces su carácter de diez años; riendo y brincando echó á correr por aquellas largas galerías, llamando á Phann y animándolo para que saltara á las claraboyas por donde entraba la luz, mientras que Ricardo, cuya alma recta y pura cedía tambien bajo el peso de su odio, decia interiormente:

→ ¡Sí, sí! salvaré á Ralph.... ya me

habia ocurrido. ¿No vale mas conservarlo?

La conferencia de Andlay y el coronel estaba concluida, y ya habia anochecido. Mistris Barkstead, despues de haberle hecho su hijo algunas confianzas precipitadamente, se fue con Carlota á la magnífica habitacion reservada al gobernador de la Torre, y el coronel, Ricardo y el doctor echaron á andar por el corredor que salia al Támesis embozados en sus capas.





II.

LA ANTECAMARA.

LA barca en que entraron las tres personas que acababan de salir de la Torre se deslizó ligeramente por el rio, y al cabo de un cuarto de hora, cuando mas, de navegacion, las desembarcó casi enfrente de san James. La distancia entre este pascio y el Támesis era todavía considera-

ble, y el absoluto silencio que habian guardado el coronel y sus compañeros, mientras fueron embarcados, no se interrumpió sino cuando se vieron solos. Barks-tead, así que supo por Ricardo el motivo del terror de Carlota, no podia contener su indignacion, pero se tranquilizó creyendo que una severa interdiccion de su casa á las visitas, y por consiguiente á las pérfidas sugerencias de los que la habian seducido, repararia el mal que habia causado su imprudente confianza en ellos. Andlay, para quien la ciencia médica no era una vana y superficial observacion de los males físicos, interrumpió la conversacion de padre é hijo.

—Segun los síntomas que acabais de describir, el alma está gangrenada, dijo; es preciso atacarla con el hierro y el fuego, de lo contrario perecerá por el principio del mal que han depositado en ella. Es indispensable estraer de raiz todo lo que cree, y sino, lo poco que quede bro-

tará siempre, á pesar de vuestros cuidados.

—Creo, sin duda, contestó el coronel, que se podrán borrar de su ánimo las calumnias que le han imbuido contra los verdaderos hijos de Dios.

—No es eso lo que digo, repuso Andlay: aunque no pertenezca á nuestra creencia, el egempló de las virtudes de mistris Barkstead y las vuestras pueden rectificar su ánimo en esta parte; mas en todo eso hay otra disposicion mucho mas peligrosa, que es la que es preciso atajar.

—¿Qué disposicion es esa, doctor, dijo Ricardo, y cuáles son los medios de atajarla?

—¡Ah! los medios son fáciles cuando se quieren emplear, contestó Andlay, y la disposicion es muy natural. Es preciso decirle, que cuanto le han contado sobre su nacimiento es falso; es preciso que crea que es una huérfana criada por caridad; y sin esto, por mas que hagais, ni las lec-

ciones ni los egemplos la harán honrada y sumisa.

—No quiero mentir hasta ese punto, replicó el coronel. Yo le podria ocultar la verdad con el silencio, pero nunca lo haré con falsedades.

—La eleccion entre dos maneras de mentir es delicada, dijo el doctor, vos preferis la primera, y yo no tengo la segunda ni por mas mala, ni por mas criminal.

—¿Y por qué importa que ignore ese secreto para tener los justos sentimientos de estimacion y obediencia á su familia? preguntó con ahan Ricardo.

—Vuestra pregunta no me admira, jóven, contestó el doctor, pero lo que sí me sorprende es, que vuestro padre, que ha vivido entre los hombres y ha debido observarlos, y entiendo por hombres la especie humana incluso las mugeres, no haya conocido todavía esa importancia.

—Confieso, doctor, repuso el coronel,

que no veo esa importancia tan clara como convendría, y quisiera me dijeseis en qué consiste.

—Consiste, dijo Andlay, en que la niña está perdida si sigue creyéndose hija de rey, y hermana de rey, con cualquier motivo que sea.

—¿Pero por qué? dijo Barkstead cada vez mas sorprendido.

—Porque está atacada de vanidad, replicó el doctor, y ésta es la enfermedad incurable de las mugeres en todas las edades. Enfermedad del alma, sin embargo, añadió, que rara vez influye en el cuerpo.

El coronel comprendió mejor que su hijo la exactitud de la observacion de Andlay, y previó todas las locas pretensiones y el disgusto de una vida oscura, que podria producir en el alma de Carlota el reemplazar su estado de huérfana con la brillante posicion de hermana reconocida de Carlos II. Iba pensando en los medios de precaver este riesgo, cuando lo sacó

de su distraccion una exclamacion de Andlay, pues ya se hallaban bastante cerca de san James para poder notar el extraordinario movimiento que allí habia; las salas principales estaban iluminadas, y las muchas sombras que se veian en las vidrieras eran prueba de que habia en ellas mucha gente.

—¿Qué es esto? dijo Andlay. ¿Habremos llegado tarde? No, como no haya cometido alguna imprudencia pasará la noche, estoy seguro. ¡Insensato! ¡alguna locura todavía! ¡Hum! ese hombre se cree inmortal: ¡ah! esta noche sabrá por Andlay lo que no quiere saber.

Aludiendo en seguida á una circunstancia, cuyo secreto descubrió algo despues Barkstead, añadió con orgullosa sonrisa:—El tonto duerme sobre su sentencia de muerte, y á fe que esta es mas segura que las de su supremo tribunal criminal.

Estas palabras recordaron á Barkstead y á su hijo la promesa hecha á los Salns-

by, y á poco llegaron á la puerta de una escalera angosta que salia al parque. Andlay los hizo entrar, despues de haber abierto con una llave que le habia dado Cromwéll, y los tres subieron á tientas, hasta que se encontraron en un gabinete pequeño, alumbrado por una lámpara de pico colgada del techo con una cadena de hierro, y contiguo á un gran salon del palacio, donde se oia el ruido de numerosas voces.

—Alguna novedad hay, dijo Andlay. ¿Pero qué es esto? segun él me dijo, os debia introducir secretamente, y la sala por donde tenemos que pasar parece una pescaderia. No debemos, sin embargo, perder tiempo, porque si os quiere ver, coronel, es preciso que sea esta noche, pues mañana habrá acabado ya el Protector con la política y las intrigas.

Barkstead estrañó el modo de hablar de Andlay, y éste continuó con tono de burla:

— Si por cierto, él se mofa de la muerte, nos cuenta cuentos, engaña á su médico, y no está decidido á morir.

— ¿Creeis, dijo el coronel, que le falte valor en su última hora?

— ¡Hum! replicó el doctor, eso es lo que resta que ver, y á fe que es estudio muy curioso en un hombre de su temple. Lo que es por ahora anda bordeando; dentro de algunos minutos veremos. No lo perderé de vista. Pero el ruido se aumenta, y esos charlatanes lo van á matar, por vida mia.

En seguida abrió la puerta, que comunicaba con la pieza en que estaba la gente que se oía, y nada vieron, porque una espesa cortina de seda, la primera que se habia fabricado en Inglaterra, tapaba la puerta por el otro lado, pero oyeron muchos gritos de: ¡viva Cromwell! ¡Dios salve al Protector!

— ¡Imbéciles! dijo entre dientes el doctor, dentro de seis horas no existirá Cromwell. *Quod scripsi, scripsi.*

Oyéronse nuevos vivas, y Andlay se quedó un momento pensativo.

—Yo no os puedo hacer pasar por delante de tanta gente, pero venid, le dijo al coronel, y veamos si está abierto el pasillo por donde se entra al gabinete del Protector. En seguida dió tres golpes pausados en una puerta pequeña que habia en un ángulo del cuarto, la cual se abrió y se presentaron dos soldados, de los que llamaban las cotas de hierro del Protector, impidiendo el paso.

—Vaya, esto es bueno, dijo Andlay, entremos por aquí.

Dicho esto, se volvió á decir al coronel que lo siguiera, y esta fue su fortuna, porque Barkstead lo detuvo en el momento en que iba á tropezar con las afiladas puntas de las picas que le presentaron los soldados al primer paso que dió.

—¿Qué significan estos animales? esclamó: vamos, bellacos, dejadme pasar, ó haré que os calienten las espaldas con los

mangos de vuestras lancetas de elefante.

Los soldados se quedaron impasibles y levantaron las picas; el doctor quiso volver á entrar, pero al momento cayeron otra vez horizontales las dos agudas armas á la altura del pecho, y tan á tiempo, que con media pulgada mas se lleva una de ellas las narices del doctor. Esta vez se enfadó éste seriamente, y dirigiéndose tan pronto al coronel, como á los soldados, y algunas veces á Cromwell, como si lo pudiera oír, empezó á decir:

— ¡Abráselo el infierno! ¿Cree que soy criado suyo para hacerme esperar así? A fe mia, señores, que bien podeis ver cómo entráis, porque yo ya he hecho lo que he podido. — Mirad á estos dos estafemos, ¿qué es lo que quieren? ¡Eh! ¿qué es lo que quereis? yo soy el médico del Protector, y me está esperando. — Viejo loco, cree que sus alabardas estorbarán que pase la muerte. ¡Ah! ahora

mismo sabrá.... pero para que lo sepa es preciso que yo lo vea, que entre.... ¡Ah! es mi gloria, mi gloria la que se interesa en ello.— ¡Oh, qué brutos! ¡qué animales! ¡qué soldados! ya vereis como no me dejan pasar.

— Estos hombres tienen una consigna y una contraseña, dijo el coronel, y se deben atener á ella.

Los dos centinelas hicieron á un tiempo un gesto igual, en prueba de que Barks-tead habia dado en el item de la dificultad.

— Es preciso, doctor, añadió, que busquemos otro medio de entrar.

Mientras Andlay pensaba en el modo de avisar al Protector su llegada, hubo en la sala inmediata un tumultuoso movimiento, á que siguió un silencio profundo: los centinelas volvieron á entrar en el pasillo y se cerró otra vez la puerta. Nuestros tres personajes se arrimaron á la cortina que los separaba del gran salon, y no fue poco lo que sorprendió á Andlay oír la voz

de Tomlinson pronunciar las siguientes palabras:

—El Protector se ha salvado, como os han dicho. Confiando en el Espíritu Santo, ha desechado los auxilios humanos y ha buscado al Señor; y desde entonces, el Todopoderoso se ha compadecido del pueblo inglés y ha revivido con su aliento al mas amado de sus elegidos.

A esta relacion siguieron vivas estrepitosos; Andlay se quedó atónito, y la voz continuó:

—Conmovido el Protector con vuestro sentimiento, recibirá con gusto los testimonios de vuestro amor.

Se repitieron los vivas con mas estrépito que la primera vez, y Tomlinson siguió diciendo:

—Sin embargo, el Protector, aunque oirá lo que le digais, se abstendrá de contestaros, porque no quiere abusar de las fuerzas que le ha vuelto á dar el Todopoderoso; y para que la presencia de un es-

cesivo número de personas no altere la pureza del aire que necesita, le dirigireis vuestras felicitaciones desde esa puerta, y él las oirá desde su cama, dichoso y triste á un mismo tiempo, porque os oye y no os puede contestar y dar gracias.

Esta última parte del anuncio de Tomlinson fue aplaudida tambien, como las otras, con numerosas aclamaciones.

— ¿Será Harvey, decia en voz muy baja Andlay, será Harvey el que ha hecho llamar, y lo habrá salvado? Porque lo que es eso de buscar al Señor, yo conozco á su Señor. ¡Hum! ¡burlarse de un pueblo hasta ese punto! ¡hipócrita! Cromwell es muy capáz de ello. Sin embargo, si Harvey.... ¡Harvey! ¡eh! ha tenido la fortuna de encontrar la circulacion de la sangre. Es cosa inmortal, señores, lo que ha hecho Harvey; es digno de Hipócrates, propio de un genio. Pero cuando falta el aceite es preciso que se apague la lámpara, y Harvey puede ahora lo mismo que cual-

quiera de esos dos mulos con coraza que estaban ahí hace poco.

El coronel, entre tanto, deseando ver lo que iba á pasar, entreabrió la cortina de seda y vió abierta enfrente una puerta de dos hojas guardada por cuatro soldados, de los que tan bien guardaban y tan bien callaban, que era la de la alcoba de Cromwell, en cuyo fondo estaba su cama con las cortinas exactamente cerradas. En la sala habria como unas cien personas de diversas clases y profesiones, que en aquel momento se dividian en grupos separados, los cuales se fueron sucesivamente acercando á la puerta de la alcoba, en la cual pronunciaba una corta arenga de felicitacion el que parecia gefe de cada uno. La cama de Cromwell estaba de frente á la puerta donde paraban estas diputaciones, y era curioso espectáculo la singular mezcla que ofrecian, y prueba no pequeña del arte de gobernar del Protector.

Primero se presentó en nombre del

egército Monck, que debia restablecer despues aquella monarquía, á cuyo mas encarnizado enemigo servia entonces. General, prudente y frio, y politico indolente, encontró frases llenas de entusiasmo con que pintar el gozo del egército al saber el restablecimiento del Protector.

A éste siguió Carr, puritano fogoso, que lo felicitó por haber buscado y encontrado al Señor. La espresion de *buscar al Señor*, en el language de aquellos fanáticos, significaba la oracion extática á que se entregaban con cualquier motivo, y durante la cual pretendian que comunicaban con la Divinidad.

— ¡Mentecato! dijo en voz muy baja Andlay al oirlo, ¡eres un tira-buzon!

Sorprendido Barkstead con esta espresion, le pidió á Andlay que se la esplicara; y mientras el predicador concluia su arenga, le dijo lo siguiente:

— Una noche, apenas habrá un año, nos convidó Cromwell á comer á algunos

amigos de mucha confianza. Eramos ocho ó nueve, todos de igual modo de pensar, y dándonos un bledo de la religion. Se habia hecho retirar á los criados, segun costumbre, y nos servíamos nosotros mismos; cuando Cromwell, de pronto, queriendo que probáramos una botella de malvasía, que era del tiempo de los Lancasters, busca el tira-buzon, no lo encuentra, pregunta por él, y todos nos levantamos á buscarlo, y el primero Cromwell. En medio de la confusion que esto produjo, entra un oficial, y dice: — Una diputacion de verdaderos hijos de Dios quisiera implorar la santa presencia de milord. — Cromwell se detiene y contesta: — Ahora no la puedo recibir. — ¿Y qué diré á esas gentes? preguntó el oficial. — Decidles, repuso Cromwell.... que estoy buscando al Señor. Y apenas se marchó y cerró la puerta, nos dijo á nosotros: — Y á fe mia que lo he encontrado, ¡vedlo aquí! y nos enseñó el tira-buzon riéndose. Al instru-

mento se le ha quedado el sobrenombre, y algun dia se sabrá cuál era el Señor de Cromwell.

La austera virtud de Barkstead se aflijó con este cuento, aunque sin causarle novedad, porque conocia á Cromwell; pero como el hombre político valia en él mas que el religioso, no habia dejado por eso de mirarlo como su ídolo. Volvió á observar desde la cortina y vió pasar una tras otra la diputacion del parlamento, la del clero católico de Irlanda y otra de los servidores del *Covenant*. La mas curiosa para espectadores indiferentes hubiera sido la de los milenarios, que requirieron á Cromwell para que declarara, si era Jesus en persona que venia á reinar en la tierra durante mil años, suplicándole que si era así les prolongara la vida por todo el tiempo de su reinado. Pero la que mas sorprendió á Barkstead fue la del clero católico de Westminster, á cuya cabeza iba Juxon, quien terminó su arenga con una

fervorosa súplica al Eterno por la conservación de la vida del héroe de Inglaterra.

Barkstead, al oírlo, se quedó tan sorprendido como indignado; mas le llamó la atención el sonido de una voz conocida, y hasta Ricardo, que habia estado hasta entonces con suma indiferencia, se puso á escuchar. El orador que en aquel momento hablaba era un hombre como de treinta y seis años, vestido como un particular acomodado, y puesta al cuello la cadena que distinguia á los síndicos de las corporaciones mercantes: hablaba en nombre del respetable gremio de carniceros, y era el honorable Tomás Love, á quien dejamos creyendo arrastrar al Támesis el féretro de Carlos I; al cual acompañaba un jóven con una especie de cesta descubierta que parecia contener algun regalo. Lo notable de su discurso fue, que desde las primeras palabras llamó la atención de todos, y en particular la de Andlay.

— Milord, dijo con su voz siempre atro-

nadora, los médicos son unos borricos; os han matado el cuerpo quitándoos lo mas puro de vuestra sangre, y haciéndoos beber agua caliente en vez de daros buena cerveza y carne asada.

Este preámbulo produjo en Andlay una irritacion, que solo se conoció por una tosesilla muda, pues la cólera le habia atacado de tal modo la garganta que no podia hablar. Tomás Love continuó:

— Si os dignarais, milord, oir los consejos de los que os aman por vos, y no por ellos, hariais ahorcar algunos de esos doctores de carne flaca, y esto no podria dejar de haceros bien y os sentiriais mejor.

En este momento empezaron á ser inteligibles las exclamaciones de Andlay, pero las decia en voz baja, y solo se le oian los nombres de villano, malvado, judío, ladron y verdugo. En medio de su cólera, le daba al orador los epitetos mas incoherentes; calificándolo con los nom-

bres que mas despreciaba, llamándolo uno tras otro irlandés, usurero, menestral. El síndico entre tanto siguió diciendo:

—El pueblo inglés, y particularmente el honorable gremio de los carniceros, ha sabido con júbilo nuestro restablecimiento y que habeis despedido á esos mercaderes de aceite y especias, y de raíces y hojas secas.

Mucho trabajo le costaba al coronel contener al furioso médico, que queria ir á habérselas con el orador. Por fin, Love concluyó diciendo:

—El honorable gremio de los carniceros, satisfecho de veros volver al buen camino por donde marcha la salud, me ha encargado que os ofrezca esta espresion para que persistais en él. Y descubrió, al decir esto, un magnífico filete de vaca en una fuente de plata.

—¡Bandido! ¡verdugo! ¡asesino! exclamó Andlay escapándose del coronel y entrando en la sala; tú no has de morir sino con

mis recetas, malvado, usurero, comediante.

Estas exclamaciones produjeron indecible confusion, pero no las estrañaron cuantos conocian á Andlay y habian oido á Tomás Love. Todos se afanaron por saber qué resultado tendria esta estraña colision de dos tan poderosas autoridades; pero Andlay se metió en la alcoba del enfermo sumamente furioso, y arrimándose á la cama empezó á gritar:

— Bien os está por cierto oir los homenages y felicitaciones de los cuerpos del estado cuando no sois mas que un cadáver que vive artificialmente, ni teneis mas fuerza que la que os comunica mi ciencia. Y aun si se tratase de oir los consejos de un sacerdote, ó de un médico, pase; pero escuchar las absurdas necedades de un galopin, de un pillo....

Tomás Love, al oirlo, empezó á jurar con toda la fuerza de sus pulmones y á enseñarle los puños cerrados al doctor

por encima de las picas cruzadas de los soldados cotas de hierro del Protector; mas Andlay, viendo que éste no le respondia, continuó lleno de rabia hasta en la voz:

— ¡Pues bien! una vez que te complaces en oír esas invectivas contra el arte que por tanto tiempo te ha disputado á la muerte, ¡sabe, Cromwell!...

Y para que fuera mas horrorosa su sentencia, se apoyó con las manos sobre la magnífica cama del Protector entreabriendo la colgadura, é inclinándose sobre él, gritó en tono de oráculo:

— Sabe, Cromwell.... ¡Oh! ¡oh! exclamó de pronto.

Y se quedó pasmado, con la boca abierta, aterrado, y durante un corto rato lucharon en su cara una especie de risa convulsiva, y una cólera amenazadora, que lo hicieron parecer loco. Pero pudiendo mas el furor, salió como un insensato de la alcoba de Cromwell, echan-

do espuma por la boca, pronunciando sonidos inarticulados, y se entró por las piezas interiores, sin que nadie pudiera comprender la causa de tan singular conducta.

En este momento le tocó uno en el hombro ó Barkstead que habia permanecido detrás de la cortina, y conoció á su colega el coronel O-Key, quien le hizo seña de que lo siguiera con Ricardo, y los tres entraron por la pequeña puerta donde se habian presentado antes los dos soldados que no habian dejado pasar á Andlay.



III.

LA CAMARA.

EL coronel siguió algunos minutos á su guia por un laberinto de pasadizos y cuartos muy mal alumbrados, pero terriblemente guardados: cada diez pasos los detenian dos soldados, inmóviles como piedras miliarias, para tomar la contraseña del coronel O-Key; y así como los pilares

de los caminos miden la marcha del viajero, así el número de aquellos centinelas podia servir para calcular los temores del Protector y dar de ellos una especie de aproximacion matemática. Esto podria servir de escala de proporcion en los palacios de los soberanos, y aplicarse al amor de los pueblos, calculando éste en razon inversa de la elevacion de lo otro. No se habian tomado, sin embargo, tantas precauciones contra el odio popular, sino mas bien contra la curiosidad de ciertos amigos y la espectacion de todos los partidos. Barkstead iba detrás de O-Key en completo silencio, y muy pronto llegaron á la parte de san James opuesta á la que acababa de servir para el recibimiento de las diputaciones de la ciudad de Londres; hasta que por último, despues de muchas vueltas, abrió O-Key una puerta estrecha y baja, é introdujo á Barkstead y su hijo en una pieza bastante espaciosa en que habia una cama. El coronel,

al entrar, vió llegar á Andlay por la puerta principal, porque habia ido sin duda por otro camino, pero todavía en el mismo estado de exasperacion en que lo habia puesto el discurso del síndico de los carniceros; parecia que su enojo hasta se habia aumentado en el tiempo que habia tardado en llegar; y al ir Barkstead á hablarle, los interpeló á todos de repente una voz que salió de la cama.

— Que tal, amigos míos, ¿se han dicho muchas necedades á las cortinas de terciopelo de mi cama protectoral? Creo sobre mi alma, ó sobre la vuestra, ó sobre la de mi padre, que habrán gritado, ¡viva el Protector! ¡Ah doctor! Cromwell no necesita de sus votos, vivirá bastante bien por sí mismo. ¡Quiero vivir, doctor, lo necesito!

— ¿Con que sois vos, repuso Andlay indignado, el que ha hecho representar esa comedia, y anunciar vuestra mejoría por la intercesion del Señor, como me lo

acaban de decir vuestros secretarios? ¿Y os habeis atrevido á hacer divulgar por todo Lóndres, que así que me habeis despedido á mí, se habia apoderado de vos el Espíritu Santo y os habia infundido nueva vida? Sois un loco.

—¿Crees acaso, médico, que necesito que me dictes mi conducta? Silencio sobre lo que acaba de pasar, doctor, ó no seré yo el mas enfermo de los dos.

—A no dudarlo, milord, sois vos el mas enfermo de los dos, de cuerpo y de espíritu, repuso Andlay. Ahí teneis á Barkshead, á quien he traído, que espera vuestras órdenes.

—Mañana le hablaré, dijo Cromwell; ¿pero qué digo mañana? dentro de quince dias. No me mires, doctor, con ese ceño: tú vienes á representar un sainete á mi cabecera para asustarme y hacerme tomar tus drogas: ya no quiero mas. — Vamos, cuéntame el recibimiento que ha habido.

—Unos necios, contestó Andlay furioso.

—¡Bien! dijo Cromwell, ¿y los nombres de los oradores?

—¿Pensais, replicó Andlay, que desprecio tanto la memoria, que es el don mas precioso que hace el cielo al hombre que ama el estudio, que la cargara con los nombres de los miserables que estaban allí?

—Me admira tu cólera, repuso el Protector; ¿pero de qué procede? ¿Es acaso faltar á los preceptos de la medicina ponerse uno bueno sin que ella lo sepa?

—¡Ah, milord! contestó Andlay agarrándose con las manos la cabeza con suma desesperacion; me habeis deshonrado.

—¿Por que me he curado sin ti? Vamos, vamos, querido doctor; yo soy un buen amigo, y te nombraré gefe de los hospitales de Lóndres: ¡consuélate!

—Milord, repuso Andlay con dolorosa calma; hace trece dias que os entregué un papel cerrado, que no ha salido de debajo

de vuestra cabecera; tened la bondad de dármele, porque será mi justificación, puesto que me debo retirar: ya no tengo nada que hacer aquí.

— ¡Retirarte! exclamó con viveza Cromwell; no quiero: ¿pues quién me ha de curar? ¿Esas manoplas de hierro, añadió señalando á los soldados que habia en la puerta, ó mi familia que me aborrece y me vende? No, doctor, ¡quédate! todavía estoy malo, y puedo tal vez morir. Pero no, no moriré si te quedas.... tú me salvarás. ¡Andlay, sálvame! ¡La vida! ¡la vida! Doctor, me hace falta, la necesito.

— ¿Con que teneis mucho miedo á la muerte, milord? le dijo Andlay con seriedad.

— ¡La muerte! exclamó Cromwell; ¿qué es lo que dices, miserable? tú nunca me has hablado de muerte.... ¡oh! me has engañado.... Pero no, no estoy mas que enfermo, ¿no es verdad, buen doctor? Respóndeme.

—¿Pues por qué habeis hecho llamar al coronel Barkstead? le dijo Andlay: ¿no ha sido para hacerle un encargo de última voluntad?

—El testamento se hace en la mesa comiendo, entre dos botellas; repuso Cromwell; yo puedo muy bien confiar á Barkstead una última voluntad, aunque no estoy mas que enfermo: ¿no es así doctor? ¡Pero respóndeme, infame! ¿yo no estoy mas que enfermo, no estoy en peligro de muerte?

Al decir esto Cromwell le temblaba la voz, y sus desatentados ojos denotaban un miedo, que asombraba y entristecía á sus amigos. Andlay, confuso, no sabia qué responder.

—¿Qué hago? le dijo en voz muy baja á Barkstead.

—Decirle la verdad: le contestó éste en el mismo tono.

—¿Qué es lo que hablais? exclamó el Protector; ¡algo estais tramando!... Res-

ponde, Barkstead, ¿qué te ha dicho? ¡Es un traidor!... O-Key, prendedlo; por todas partes va esparciendo la noticia de mi muerte; está vendido á los realistas, sostiene sus esperanzas. ¿Ois lo que os digo? ¡lleváoslo! ¡lleváoslo!

— Me voy, dijo Andlay con mal disimulado desprecio, y os dejo en manos del Espíritu Santo. Devolvedme el escrito que os entregué: deseo que contenga una mentira, y que en vez de ser mi gloria sea mi afrenta. Mañana necesito ponerlo en manos que firmarán la hora á que lo reciben: dádmelo, milord, que el tiempo urge.

— ¿Qué contiene, pues, ese escrito? repuso Cromwell: no lo tendrás, Andlay; ¡será alguna infame perfidia! no te lo volveré, quiero saber lo que es.

Al momento buscó con ansiedad debajo de la almohada en que descansaba su cabeza, y sacó un pliego muy bien cerrado, que ya iba á abrir, cuando Andlay le gritó:

— Deteneos, milord, no abrais ese pliego: contiene un secreto de muerte.

— ¡Un secreto de muerte! dijo Cromwell espantado, sentándose en la cama, y dejando caer en ella el papel. ¡Ah! algun veneno sutil encerrado ahí, ¿no es verdad, miserable? ¿sabes tú el suplicio reservado á los traidores y asesinos por este delito?

— Milord, contestó Andlay, lo que ese papel contiene lo escribí yo el dia 20 de Agosto: aquel mismo dia os lo entregué en presencia de mas de diez personas que lo sellaron con sus armas, y solo mañana debe abrirse en presencia de las mismas.

— Ya lo sé, dijo Cromwell: pero se abrirá esta noche, ahora mismo. Tal vez será el secreto de alguna conspiracion, añadió cambiando de sospecha. ¡Qué loco soy! he guardado este papel trece dias enteros, sin acordarme de él, solo por dar-te gusto: pero voy á saber ahora mismo...

— Lo que no debiais saber de ese modo,

dijo Andlay, y lo que no sois capaz de entender....

— ¿Pues qué es, miserable? exclamó Cromwell.

— La verdad, milord: contestó el médico.

— Barkstead, repuso el Protector en extremo colérico, abrid ese papel y decidme lo que contiene. ¡Ah! alguna infame sátira contra mí, sin duda, ó algunos secretos que habré revelado durante la calentura. Ten, Barkstead, tómallo y léelo. ¡Ah! aun me quedan fuerzas para castigarte, Andlay. ¡Abrelo, pues, Barkstead!

— Pero este papel, replicó el coronel, está sellado con las armas de personas respetables, y tiene escrito encima: *Para abrirse en presencia nuestra el 4 de Setiembre, suceda lo que suceda: y en seguida están las firmas.* Cuidado, milord, que esto tiene toda la santidad de un depósito.

— ¿Me quieres decir lo que contiene ese

papel, Andlay? dijo Cromwell con estremada ansiedad.

—Preguntádselo al Espíritu Santo, contestó el médico.

— ¡Imbécil! repuso el Protector; ¿qué le importa á tu medicina lo que yo he hecho anunciar al pueblo? ¿No conoces, idiota, que si muero, lo atribuirán á culpa mia por haberte despedido, y que lo mismo me importa lo que puedan decir de mí, en cuanto á prevision, si me muero, que el sonido de las campanas que han de doblar; y que si vivo, creerá el pueblo de buena fe que he tenido una conversacion con el Espíritu de Dios en persona; y no reflexionas lo que será entonces Inglaterra bajo mi mando, adorándome como un escogido, como un hijo del Señor, cómo?... ¡Ah! añadió interrumpiéndose á sí mismo; si lo hubiera pensado antes, podia haber sido profeta.... ¡ah! ¡ah! repitió riéndose, seria cosa singular.... pero no, basta con esto: salga cierta la noticia,

y es mia Inglaterra, é Inglaterra es el mundo.

Andlay y Barkstead consideraban á Cromwell admirados, porque en aquel momento tenia sobre su cabeza calva y descubierta la aureola de su poderosa y activa voluntad; centelleaban sus ojos, sus anchas narices aspiraban el aire con fuerza, y continuó diciendo:

— ¿Temes ahora, doctor, que te haya deshonrado con decir que te he despedido, tomando por médico á Dios? ¿Tienes celos de ese rival? Vamos, sosiégate, viejo loco, y dime lo que contiene ese papel.

— Un oráculo como el vuestro, milord: dijo Andlay, y dentro de algunas horas se sabrá cuál de los dos miente, si el vuestro ó el mio.

— ¡Eh! ¿y qué dice tu cráculo, repuso Cromwell volviéndose á poner colérico, histrion infame, que me quieres engañar? Corazon sin fe y sin probidad, ¿qué es lo que dice contrario al mio?

— Dice, contestó Andlay con voz imponente, que el 3 de Setiembre, antes de media noche, habrá muerto Cromwell, Protector de la Gran-Bretaña.

— ¿Eso dice? exclamó Cromwell asiéndose fuertemente á la ropa de la cama, sentado é inmóvil, con la boca entreabierta, y agitados sus labios con espantoso temblor: Barkstead, abre ese papel y léelo: ¡Oh, yo no puedo morir así!... ¡Morir! ¡morir! repetia con voz alligida: no, Andlay, me engañas y te vengas de mí; tú no lo has previsto; eso no es verdad.... responde.

El médico calló, y Cromwell mas furioso continuó:

— ¿Y por qué has previsto, miserable, que podia yo morir? ¿Malvado, infame, qué demonio te ha inducido á hacer esa suposicion? ¡Hipócrita, te han pagado para que la hagas, has vendido el secreto de mi vida á mis asesinos, te has atrevido á decir que yo podia morir!

— Escucha, pues, exclamó el doctor con la misma gravedad, tomando el papel de manos de Barkstead: jamás ningun hombre hizo á otro mayor sacrificio que el que yo te hago á ti en este instante. Oye: consagro en ofrenda sobre tu tumba la inmortalidad de mi nombre, porque esto hubiera parecido mañana una revelacion al mundo entero, y no una de esas falsas y engañosas comedias que tú representas, sino el resultado del mas sincero y profundo estudio. Y ahora lo destruyo, solo por ti y por tu interés, para que no seas sorprendido como un soldado desarmado por su enemigo, para que sepas, en fin, que es preciso que te prepares á dejar esta tierra, sobre que tan enormemente has pesado. Lo destruyo, Cromwell, para que se borre de tu ánimo esa mentira con que te embaúcas á ti mismo, de que te engañan sobre tu vida para dominarte y dirigirte, y para que puedas hacer los últimos actos de un hombre: orar y disponer.

Todos se arrimaron á la cama de Cromwell; el doctor á la cabecera, O-Key y Barkstead en pie á su lado, y el jóven Ricardo mas lejos junto á los pies: el Protector, siempre sentado, se volvió hácia el doctor. Entristecia ver el espanto que lo agitaba, y el terror que trastornaba su cara era una decepcion cruel para los que lo habian amado y admirado. La lámpara que colgaba del techo apenas daba luz bastante para poder leer: Andlay rompió la cubierta, todos prestaron suma atencion, y el Protector dió un profundo suspiro. Andlay leyó:

— «Llamado el 15 de Julio de 1658 para asistir á Oliverio Cromwell, Protector de la Gran-Bretaña, concebí el proyecto de demostrar, que el divino arte de la medicina es una ciencia, cuyo poder se funda en los conocimientos mas profundos del alma pñestos en relacion con el aprecio mas exacto del cuerpo.»

Este preámbulo sorprendió á los oyen-

tes: Cromwell prestó suma atención, y Andlay continuó leyendo:

—«Ningun ejemplo mas ilustre podia llamar la atención del mundo, y por lo tanto lo he escogido como el mas invencible que se puede presentar á los enemigos del arte de la medicina.»

— ¡Hum! dijo Cromwell, ¡vamos á ver!... Andlay prosiguió:

—«Observé pues al Protector, y descubrí en él un ánimo intacto, y un alma firme, pero vi al mismo tiempo que estas nobles cualidades habitaban en un cuerpo gastado.»

— ¡Diablo! murmuró Cromwell, ¿y qué mas? El doctor siguió:

—«Inquirí las causas de ello: el corazón palpitante, la frente arrugada, y el rostro enflaquecido, denotaban los disgustos que han secado para siempre el origen de la existencia. Me convencí de que el poderoso Cromwell habia pasado muchas noches despedazado el corazón y lloran-

do, buscando á quien dar una parte de su poder por un poco de amor y gratitud. Comprendí que el dolor habia matado á Cromwell mas que el trabajo, porque el trabajo y el genio han encontrado en toda su vida su recompensa en el triunfo; pero los afectos del hombre, reconcentrados en él por la ingratitud y la traicion, lo han secado como un fuego interior.”

Cromwell mostró singular emocion en su cara con este pasage. Andlay volvió á leer:

— «Entonces examiné cuál era la enfermedad del Protector, y conocí que no era mas que el deterioro ocasionado por una cruel melancolía, que procedia á pasos lentos, por medio de la descomposicion del cuerpo, á la destruccion del ánimo mas poderoso del mundo, como lo hace el gusano que horada la corpulenta encina de los bosques y la mata sin remedio. Espié la marcha de la enfermedad, la seguí paso á paso, dia por dia, hora por hora, y

pesé en mi mano lo que arrancaba de vida por minuto al gefe del pueblo inglés; y despues de treinta y cinco dias de observacion, digo hoy 20 de Agosto de 1658 que Cromwell, devorado de engaños y de fastidio, y sin mas enfermedad que las sospechas, las pesadumbres, la impotencia y el disgusto, consumirá hasta su último aliento y su última facultad de sentir, y morirá antes que den las doce de la noche del dia 3 del mes de Setiembre.”

Concluida la lectura reinó en la cámara un sombrío silencio. Barkstead apenas se atrevia á mirar al Protector, porque su miedo lo afligia aun mas que su misma muerte, y se acercó á él creyendo que iba á prorumpir en nuevos gritos, lágrimas y furores.

—¿Qué hora es? preguntó Cromwell con voz tranquila.

—Las ocho, contestó O-Key.

—¡Bueno! no tenemos tiempo que perder, repuso el enfermo. O-Key, ve á

decir á mi familia que dentro de una hora quiero verlos á todos. Doctor, era preciso haberme dicho eso antes: por lo demás, te doy las gracias, Andlay; esa es obra de un genio profundo, es una prevision muy notable; y sin embargo, la sorpresa que hubiera causado hubiera sido únicamente hija de la ignorancia que hay con respecto á tu arte. En la naturaleza deben existir, como en todo, reglas y leyes conocidas, segun las cuales se puede decir con seguridad lo que sucederá mañana; porque yo tambien, en el discurso de mi vida, he adivinado, con diferencia de una hora, la marcha de un ejército y la caída de un poder. En seguida, animándose un poco, continuó: — Es menester que no te envanezcas tanto, doctor, porque has previsto que yo moriria hoy, porque, al fin, hacias tus observaciones sobre un cuerpo, sobre una sustancia sujeta á la vista y al tacto: pero yo ni he visto ni podido ver mas que síntomas que solo el

ánimo puede percibir; y si no obstante quisiera predecir, ¡ah! no hablaría ni de un hombre, ni de algunos días, sino que te profetizaría el destino de un pueblo entero y abrazaría muchos años. Pero también dejaré depositada en alguna parte la prueba de esta prevision, y entonces tú mismo juzgarás si debes llorar tanto lo que llamas tu gloria perdida, comparando tu ciencia con la mia.

— Una toesa no aumenta nada la altura de un campanario tan elevado como el de Westminster, pero un pie agranda mucho la quilla que solo tiene seis pulgadas de alto, milord; repuso Andlay. Sin embargo, poco me importa ya el sacrificio que he hecho y ni aun me acuerdo de él, porque no lo he perdido todo, pues acabo de descubrir un secreto del corazón humano que sospechaba hacia mucho tiempo.

— ¿Y cuál es? dijo Cromwell.

— El valor que da la certeza, dijo el doctor.

— No te fies mucho , sin embargo , Andlay , porque este cambio es mas propio de mi carácter particular que del general de los hombres. Siempre que he tenido que decidirme á algo , he batallado conmigo mismo mientras he podido ; pero una vez resuelto , he marchado de frente y sin titubear. Tú tal vez me perdonarás el haber usado de ardidés con la muerte: pero es asunto concluido , no hablemos mas de ello.

O-Key volvió entonces diciendo , que la familia de Cromwell vendria , como habia dispuesto. El enfermo le indicó que retirara los centinelas que habia en la puerta de la cámara inmóviles y mudos , y Barkstead , O-Key , Andlay y Ricardo se quedaron solos con él.



IV.

ULTIMA VOLUNTAD.

LA espectacion en que tenia á todos lo que iba á suceder era mucho mayor en Barkstead, porque iba al fin á saber un secreto, que Cromwell no se habia atrevido á confiar ni aun á su familia. A una seña suya se aproximaron todos á la cama quedándose en pie, y el Protector, sentado como estaba, dijo:

— Escuchad ahora, mis fieles amigos. Ya sea prueba de debilidad, ó capricho, lo que os voy á decir, ó el resultado de un orgullo que quiere vivir mas allá del sepulcro, no por eso deja de ser una órden que debeis egecutar como fieles servidores, y una súplica que no podeis desatender, si sois verdaderamente mis amigos: juradme, pues, que hareis lo que os voy á pedir, sin que os lo impida ninguna consideracion.

Los dos coroneles, Ricardo y el doctor, estendiendo sus manos sobre el lecho del enfermo, juraron lo que se les pedia. Cromwell reparó entonces por primera vez en Ricardo.

— Tu alma es muy jóven, le dijo, para confiarte el peso de un secreto; ¿es ese tu hijo, Barkstead? ¿me respondes de él? Piensa que cargo desde ahora sobre tu conciencia cualquiera indiscrecion.

— La herencia de Ricardo es mi honor, contestó Barkstead, y no temo confiárselo.

— Bien, dijo Cromwell; escuchadme ahora. Así que yo muera, que no debe tardar mucho, ¿no es verdad, doctor? hareis disponer unos magníficos funerales: tú, O-Key, encontrarás en mi caja particular una suma destinada para este gasto: quiero que la suntuosidad mas extraordinaria ocupe la atención de Inglaterra: mas así como el pueblo llevaba arrastrando al Támesis, hace diez años, el féretro vacío de Carlos I, es preciso que ahora acompañe con sus lágrimas y recogimiento el féretro vacío de Cromwell. Después de haber engañado su rabia, engañaré tambien su dolor, porque no conviene que el cuerpo del que ha tenido en su mano la suerte de las naciones se arrastre por el lodo y lo pisotee el populacho.

Todos manifestaron estremada sorpresa; Andlay únicamente interrumpió al Protector.

— Es indudable, milord, que el pueblo de Lóndres acompañará respetuosamente

el féretro del que fue su héroe; ¿á qué viene, pues, esa precaucion que parece quereis tomar contra sus insultos?

— Ahora me toca á mí, doctor, repuso Cromwell sonriéndose. Y revistiéndose en seguida de grave aspecto, con voz tranquila y casi profética, fijos los ojos, como si leyera las páginas de un libro invisible, pronunció las siguientes palabras: — Hijos, nuestros dias han pasado ya y nuestro reino ha concluido: yo he sembrado en Inglaterra una semilla que fructificará mas tarde, pero que estará largo tiempo dormida; antes de tres años será Carlos Estuardo rey de la Gran-Bretaña, y el nombre de Oliverio Cromwell será proscrito como el de un bandido que ha robado á su señor; pero este nombre tendrá por defensa mi vida entera, y ni calumnia, ni sentencia, ni proscricion ninguna, impedirán que sea lo que ha sido. Lo que quedará de Cromwell sin defensa será su cuerpo, que no dejará de entregar el odio

real á la infamia del patíbulo; ¡ pues bien! Cromwell no quiere que el vencido y los fugitivos tengan derecho para insultar su cadáver sobre el campo de la victoria, que solo le habrá abandonado en la muerte. Entregad, por lo tanto, á las pompas de Westminster, á las oraciones del clero, á las lágrimas del pueblo, á las ovaciones de los inspirados, el féretro vacío y frio de vuestro amigo, y ocultad profundamente en la tierra sus mortales despojos, para que los chacales realistas no vayan á escarbar su tumba y saciar su venganza en los restos de su enemigo.

Barkstead y sus amigos se miraron mutuamente, como interrogándose y dudando si estaba sana la razon del enfermo. Cromwell lo conoció y prosiguió así:

— Lo que os digo, hijos míos, es tan cierto, como lo que Andlay nos acaba de predecir; creed á un hombre que ha pensado, como él, grano á grano, el valor de los hombres, y calculado la duracion de

las cosas. No hay mano ninguna bastante fuerte, fuera de la mia, para contener todas las facciones que dividen la Inglaterra: los amigos de la libertad, reunidos hoy en torno de Cromwell, se dispersarán mañana, y por débil que sea la causa de Carlos II, triunfará muy pronto de todos los ambiciosos que se disputarán los restos del Protectorado. Conozco bien á esa faccion: durante los diez años de proserpcion que han pesado sobre ella, no se ha alojado ni uno solo de sus vínculos, ninguno de sus hombres ha desertado de su bandera, no ha perdido una sola hora: es perseverante é implacable, y el fruto de estas dos cualidades es siempre el triunfo: creed á Cromwell, hijos, y proteged el porvenir de vuestra vida, como yo quiero proteger el de mi muerte.

Los confidentes del Protector estaban confusos, y á pesar de su incredulidad, empezaban ya á hacer las crueles reflexiones que les inspiraba tan deplorable por-

venir, cuando los interrumpió diciendo:

—En el condado de Northampton hay un prado que tiene el nombre de Náseby; tú lo conoces, Barkstead, porque en él hemos combatido juntos; á este prado habeis de trasportar el cuerpo de Oliverio Cromwell en una noche oscura. En esa caja encontrarás, Barkstead, el dinero necesario para los gastos del viage, y un pase para que podais ir sin que registren vuestro carruage. Así que llegueis al prado, arrancareis el césped en un espacio de nueve pies, llevando para este trabajo un jardinero hábil: el césped lo ireis colocando, como se hace en los jardines, con cuidado y sin romperlo, á un lado del sitio de donde lo hayais quitado: en seguida abrireis en él un foso de nueve pies de profundidad, cuidando de ir echando la tierra, á medida que se saque, sobre un lienzo que pondreis estendido al otro costado para que no se mezcle con la yerba, y pueda acaso indicar que se ha abierto

allí un hoyo: hecho esto, metereis mi féretro en el foso, y lo cubrireis con la misma tierra, que cuidareis de ir apretando con los pies, á fin de que el suelo, tan profundamente removido, no se pueda hundir despues, y servir de indicio para descubrir dónde descansa mi cadáver. Así que esté lleno el hoyo, el jardinero volverá á colocar el césped en su mismo sitio, é inmediatamente lo regareis para que recobre toda su verdura, pues la menor parte marchita podria inducir sospechas. La tierra que sobre os la llevareis envuelta en el mismo lienzo, y la echaréis en cualquiera zanja, tres leguas, cuando menos, del prado. El jardinero que lleveis debe ir con los ojos vendados al sitio que eligiereis y volver lo mismo, y y concluido su trabajo, le dareis quinientas libras esterlinas y lo hareis salir de Inglaterra.

Todos los presentes escucharon con escrupulosa atencion esta instruccion mi-

nuciosa, cualquiera que fuese por otra parte la sorpresa que les causaba.

— ¿Y no quereis mas que eso? preguntó Barkstead, ¿es esa vuestra última voluntad?

— Amigo, le dijo Cromwell, he tomado cuantas precauciones son posibles al hombre para hacer que la tierra sea discreta: he creido que su superficie verde y unida era mas propia para engañar la vista de nuestros enemigos sobre el misterio que le va á ser confiado, que la piedra mas dura y el monumento mas profundo, así como el rostro del hombre encubre mejor un secreto con una sonrisa que con un aspecto serio; pero en vano habria yo forzado á la materia y al suelo á obedecer mi última voluntad, sino hubiera cerrado tambien vuestras bocas, y si no estais dispuestos á echar sobre esta confianza un velo de serenidad, que la haga impenetrable á las mas penetrantes dudas. Escuchad, hijos, y comprendedme bien: de ninguno

de vosotros temo una indiscrecion hija del miedo , de la traicion , del tormento , ni aun del patíbulo. Entre los millares de hombres que me deben lo que son , y todo lo que no hubieran sido ; entre mi familia , que despues de vender mi protectorado á quien lo quiera comprar por precio de su salvacion , de la riqueza y de la ociosidad , venderia tambien mi cadáver por algunas libras esterlinas de renta ; vosotros solos me habeis parecido dignos de sepultar en vuestro pecho el misterio de mi última morada : pues , amigos mios , para que este secreto esté á cubierto de todas las investigaciones , haced con vuestro rostro y maneras lo que yo quiero hacer con el prado de Náseby. No os fieis en vuestra fuerza para guardar un secreto , que os podrá arrancar la astucia , así como yo no me fio ni del mármol ni del hierro para defender un féretro que puede buscar en ellos el odio. Solo el que no es preguntado es el que está seguro de no

responder mal; y así como no irán á preguntar á la superficie pura y risueña del prado, porque su indiferente verdura no llamará la atención de nadie, así también no preguntarán nada á los hombres, si saben alejar de su rostro ese aire de cuidado, esa afectada reserva, que convidan á la curiosidad, y si pueden hacer que florezcan en su casa la calma y la indiferencia de los céspedes de Náseby.

Todos prometieron cumplir la voluntad de Cromwell con todas sus exigencias; y en seguida él mismo proporcionó á Barkshead y á su hijo la ocasión de cumplir el juramento que habían hecho, el uno á su muger y el otro á su prima.

—¿Sabes escribir, jóven? le dijo el Protector á Ricardo. Pues siéntate ahí y estiéndele á Andlay su nombramiento de decano de la universidad de Lóndres. Esta es una indemnización que te debo, doctor. Tú, O-Key, arreglarás el orden de mis supuestos funerales, de los que deben

engañar por su aparato á la Inglaterra, y lo que sobre de la cantidad que te he indicado será tuyo. Y tú Barkstead, ¿qué quieres que te dé?

— Deseo, dijo el coronel, que la hora de vuestra muerte sea, como todas las de vuestra vida, generosa y clemente; quiero pedir os el perdon de un criminal.

— ¿Algún milenario loco, algún fervoroso puritano que te interese hasta ese punto, ó algún republicano de los que Lamber ha suscitado tantas veces contra mí?

— No, milord; lo que os quiero pedir es el perdon de sir Salnsby.

O-Key no pudo contener un gesto de sorpresa; Andlay mismo se pasmó, y el Protector le dijo:

— ¿Qué interés tienes, Barkstead, en salvar á ese miserable? ¿No se ha concluido todavía la historia de aquella niña, de tu sobrina? Esa chiquilla te hará cometer grandes faltas, ¡ten cuenta con ello,

Barkstead! Además, ¿por qué hemos de dejar vivir á ese hombre? Piénsalo bien, y mira que te creas en él un enemigo implacable. Vamos á ver, ¿tienes otra cosa que pedirme?

—La vida de su hijo y la de su yerno además, dijo el coronel.

—Barkstead, es una traicion pedirme la vida de mis mas crueles enemigos, aunque sea en la hora de mi muerte: por mi alma que estás loco. ¿Crees acaso que te lo agradecerán esas gentes, ó calculas ya que te podrán servir á la vuelta de los Estuardos? Si lo crees así, es una locura; porque mira, Barkstead, un realista quemó la casa que le sirve de asilo, muerde la mano que le tienden en un naufragio, y envenenará á sus hijos con el pan que le des de limosna, si lo exige el interés de su causa; y tu proscripcion, Barkstead, está escrita en todas las almas realistas. ¿Te has olvidado, por ventura, de que sentenciaste á Carlos I?

— Nada de mi vida he olvidado, porque todo lo que en ella se encuentra me parece honroso; pero tampoco he olvidado un juramento hecho hoy á una muger y renovado á esos criminales.

Barkstead refirió en seguida la escena de la Torre, y Cromwell estuvo largo rato reflexionando, hasta que le dijo á Ricardo:

— ¿Y tú que pides, jóven?

— La vida de Ralph Salnsby, contestó éste.

— ¡Dios os favorezca, insensatos! dijo Cromwell con pesadumbre: vosotros no sabeis cuántas desgracias preparais á vuestro porvenir. Derramar un beneficio en el alma de un realista es echar aceite en el fuego, es atizar el odio por la ingratitud. ¡Pobres tontos! ¡vosotros lo quereis!

— Sí, milord, respondieron á un tiempo padre é hijo.

— ¡He! pues bien, una vida para cada uno de vosotros: á ti, jóven, la de Ralph,

y á ti, Barkstead, la de Macdonnel. En cuanto á Salnsby, es preciso que muera: ¿lo entiendes, Barkstead? Que se entregue mañana al verdugo; lo quiero así: todo lo que obtendrá de mí será librarlo del suplicio de los traidores: con que muera basta.

Volviéndose en seguida enteramente hácia Barkstead y O-Key, les dijo en tono de profundo dolor:

— ¡Oh! ¡Ojalá que algun dia pueda una voz amiga obtener para vosotros el no morir con el suplicio de los traidores! Vamos, es preciso separarnos: Barkstead, dame tu mano; ¡la hora de nuestra última despedida ha llegado ya!

Barkstead se acercó para tomar la mano del Protector, y en aquel instante percibió una ligera inquietud en su cara. Sus ojos habian perdido algo de la firmeza de su mirar, y los volvía repetidas veces hácia la puerta secreta por donde habia entrado Barkstead; sin embargo, continuó:

—A Dios, mi noble compañero, mi fiel servidor, mi precioso amigo; á Dios, todos vosotros que me habeis amado y á quienes yo amaba. ¡Llegó la hora! Su voz se alteró al decir esto, y le acometió una visible agitación, que dominó un momento, añadiendo: — ¡Si la bendición y los deseos de un moribundo son agradables á Dios y provechosos al hombre, recibid los míos, hijos!

Dicho esto, levantó sus dos manos como para bendecir á los que lo oían, que se habían arrodillado al rededor de su cama. Pero en aquel instante, y cuando iba á pronunciar las palabras sacramentales de la bendición, semejante á un arco doblado que, rota la cuerda, se endereza por sí mismo, Cromwell, impelido por una fuerza inaudita, se puso en pie sobre su cama: con una mano se agarró á las cortinas, cuyas argollas de hierro rechinaban contra la varilla, y con la otra señalaba la puerta, en donde sus ojos, fijos y espanta-

dos, parecian percibir el objeto de su terror. Los actores de esta escena no habian aun tenido tiempo para volver la cabeza y ver la persona, ó la cosa, que llamaba la atencion del Protector, cuando, fuese por casualidad, ó por voluntad estraña, se apagó la lámpara y quedaron en la mas completa oscuridad. Cromwell palpitava, se conocia por el rechinamiento de las argollas que la mano agarrada á la cortina temblaba cruelmente, y todos se disponian á salir á buscar auxilio, cuando los detuvieron las siguientes palabras que interrumpieron el silencio en que estaban.



V.

LA FANTASMA.

CON que al fin has vuelto? Tú que no me mentiste el día en que, abatiendo tu vuelo sobre mi cabeza, me pronosticaste que seria rey, ¿qué me vienes ahora á anunciar? ¿la muerte? Sé cuando vendrá, la espero, y la desprecio.

Cromwell era el que hablaba así, y su

interrumpida y oscura voz denotaba la agitacion de su ánimo. Calló como para esperar una respuesta, pero no se oyó el menor ruido. Barkstead y los que rodeaban el lecho del Protector apenas respiraban, y parecia que aguardaban, como él, que una voz sobrenatural pronunciara algunas palabras; tanto los habia sorprendido la accion de Cromwell y su singular interrogacion. Nadie, sin embargo, habló; nada se oyó, nada se vió; ni grito, ni palabra, ni suspiro, ni claridad confusa, ni rayo abrasador, nada alteró el silencio y la oscuridad. La voz de Cromwell únicamente volvió á decir:

—¿El juicio de Dios, dices? Con que me vienes á anunciar mi juicio. ¡Dios no es mi juez, es mi Señor! ¿Y ha de castigar al instrumento que lo ha obedecido? Cuando en su eterna prevision escribia las historias de todos los pueblos, ¿no estaba señalado mi destino en la de Inglaterra, desde el dia de mi nacimiento hasta esta

hora suprema, desde la primera página hasta la última?

De nuevo se detuvo Cromwell, advirtiéndose en el tono con que acababa de pronunciar esto último, cierta mezcla de tristeza y burla, como hacia en la tribuna cuando creía haber encontrado un argumento irresistible. A los demás, la misma sorpresa que les había hecho guardar silencio les hizo continuar en él. ¿Será el ángel de Cromwell? ¿Será el Espíritu Santo que se le aparece por última vez? pensaba la fe crédula é ignorante de O-Key y Ricardo. ¿Será esta una nueva comedia? ¿un nuevo juego político? pensaba interiormente Barkstead. ¿Podría un delirio mental ser capaz de hacer sensible lo que no lo es? decía entre sí Andlay: y todos permanecían inmóviles, y escuchando en silencio. En este instante, una porción de interjecciones sofocadas, de rápidas risas, de exclamaciones de asombro, ó de desprecio, anunciaron que sufría una viva

agitacion; parecia que oia con impaciencia un discurso que tenia prisa por interrumpir, cuando rompió de pronto diciendo:

— ¡Mi voluntad! ¡y me hablas tú de mi voluntad, fantasma! Tanto valdria decir á los navíos que estrella el huracan contra las costas de Escocia, que hacian mal en estrellarse, y á la piedra que rueda por el monte arrastrada por el torrente, que se debia estar quieta. ¿Pues qué no lo sabes? Yo he desenvainado la espada contra la espada, levantado el cadalso contra el asesinato, y proscrito contra el pregon de mi cabeza. ¿Que no tenia ningun derecho, dices, para juzgar á mi rey, á mi señor, al ungido de Dios? Mi derecho eran las quejas del pueblo, la esclavitud de Inglaterra, y la violacion de los juramentos: mi derecho era la dilapidacion de los fondos públicos, la insolencia de los cortesanos, los empleos entregados á los aduladores, la Inglaterra prostituida en la

corte, y mi derecho era la victoria que Dios me dió.

Un momento de silencio interrumpió esta justificación.

— ¡Que miento! exclamó Cromwell, como si repitiera aterrado la palabra que acababa de oír: ¡que miento! repitió segunda vez, y volvió á callar.

Escuchaba, á no dudarlo, y á no dudarlo le recordaba alguna voz crueles memorias, penetraba en los secretos de su alma y de su vida, y se los ponía á la vista despojados de la vana escusa del bien público con que los habia tanto tiempo cubierto, porque se oía que lo ahogaban los sollozos, y que rechinaba los dientes con furor. En seguida dijo:

— ¡Yo! dices: ¡que yo he sido mi único pensamiento! ¡Qué condenacion! ¿De qué me ha servido á mí aquella cabeza real que cayó bajo el hacha del verdugo? ¿De qué me ha servido aquella familia proscrita? Dejó, sin duda, vacante un trono y

un palacio, y yo me he apoderado de uno y de otro: ¿pero es acaso tanta dicha ocupar un trono y abrir á su familia un palacio en que aprende á ser ingrata, para que éste fuese el objeto de todos mis deseos? Te aseguro, fantasma, que he querido la gloria de Inglaterra, que he consagrado á ella las noches, los días, las horas, todos mis pensamientos, todas mis fuerzas, para hacerla grande y poderosa.

Otro silencio momentáneo.

— ¡Que miento! exclamó nuevamente Cromwell. ¡Oh! ¡misericordia! ¿qué quieres de mí, fantasma? ¡No me enseñes así esa cabeza de un rey! ¡misericordia! ¿Por qué agitas sobre mí los miembros palpitan-
tes de Montrose? ¡Sí, sí, ya veo la sangre toda de Worcester y Dumbar! ¡Y esto para nada, me dices! ¡todo por un nombre! ¡todo por llamarme Protector, y por ver inclinarse en mi presencia las cabezas mas poderosas de Inglaterra, y por marchar rodeado de soldados con largos arca-

buces, y dormir bajo una colgadura de terciopelo! No, no fue por eso por lo que fueron saqueadas Drogeda y Wexford, y pasadas sus guarniciones á cuchillo; no fue por eso por lo que el obispo de Ross fue ahorcado en un infame patíbulo; no fue por eso por lo que se le cortó la cabeza á Derby. ¡Fue para pasar yo todos los dias de mi vida lleno de terror y todas las horas lleno de angustia; fue para llevar siempre una coraza oculta debajo del vestido, espiondo á cuantos me rodeaban; fue para pasar las noches sin dormir, errante de cuarto en cuarto, como una fiera en las cavernas de los bosques; fue para dormir con la espada ó el puñal desnudo á mi cabecera, siempre soñando; para despertar sobresaltado prorumpiendo en gritos y amenazas; para temer á mis amigos; para ser aborrecido de mi familia; para vivir solo y maldecido de todos! Para esto lo hice todo. ¿Qué me guarda ahora el juicio de Dios?

Una voz grave, que se hubiera oído en este instante; una palabra lenta y solemne, que hubiera pronunciado la eterna sentencia, no hubiera sorprendido á los que escuchaban á Cromwell; tanto tenían sus palabras el acento de un hombre que responde á otro. Pero siguió el mismo absoluto silencio, turbado únicamente por algun suspiro del Protector, ó algun sordo gemido. De repente se oyó un agudo grito, se desgarró la cortina bajo el peso del cuerpo que estaba colgado de ella, y se estremeció la cama.

— ¡Condenado! gritaba Cromwell. ¡Perdon, fantasma, lo confieso! Soy culpado, y mi único objeto ha sido mi ambicion. Sí, yo hice perseguir á Estuardo de casa en casa; yo quise dejar morir de hambre á su viuda, y yo busqué á su hijo en Dumbar con una pistola en la mano y el puñal en la otra. ¡Lo confieso! mis hijos me pidieron que los dejara vivir en la oscuridad, y yo les puse un collar de oro

para atarlos á los pies de hierro de mi trono de Protector. ¡Lo confieso! ¡mi hija ha muerto despues de haberme llamado asesino! ¡ha muerto en mi presencia, abrasada de amor á un caballero, deshojándose diariamente como una rosa de Mayo, y no tuve un momento de compasion! ¡Lo confieso! yo les ofrecí á Lamber, á Flewood y á Harrison, por precio de sus valientes espadas, la libertad de Inglaterra, y la he hecho esclava. ¡Lo confieso! he rogado á Dios en público, y he renegado de él en mi interior: yo maté á Pantaleon Sá por un vano movimiento de orgullo. ¡Misericordia, fantasma, que me perdone Dios mis crímenes!

Todo se estremecia; la cama sobre sus pies, los corazones en los pechos, la razon en las cabezas: allí habia convulsion en el cuerpo, horror en el alma, duda en el ánimo; todo era verdad en aquel momento para los ciegos testigos de semejante escena: el dolor era verdadero, los

crímenes ciertos, la fantasma estaba presente. Volvió, no obstante, á empezar una horrorosa calma, y un silencio de hierro volvió á responder á Cromwell, pero éste habia muerto sin duda, porque nada se oia en aquel silencio, ni un suspiro, ni una respiracion, ni un aliento interrumpido y palpitante, ni las interjecciones del primer silencio, ni los sollozos del segundo: ¡nada!

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Estos tres gritos resonaron como el saludo de un navío al entrar en el puerto. Cromwell se habia vuelto á levantar, y todos lo pudieron ver, porque á la altura de su frente vibraron dos anchas y rojas pupilas una claridad sangrienta, como los ojos de un gato, ó de un tigre. En este momento se helaron los corazones de los que allí estaban.

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Los mismos gritos mas fuertes, mas terribles, y la misma claridad sangrienta.

Todos estuvieron á punto de desmayarse.

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Todos se postraron con el rostro en el suelo, porque ya aquella voz no era humana. Entonces zumbó ligeramente en sus oídos un sordo murmullo, que daba vueltas, se acercaba y huía, como el ruido lejano de las olas irritadas. Este murmullo se aumentó muy pronto, como una cosa que rueda á tirones, se suspendió, y volvió á sonar otra vez. En seguida fue la rotacion mas fuerte, crecieron sus ondulaciones como el ruido de un tambor que se aproxima, y el espanto apretó las gargantas de los mas intrépidos y comprimó sus entrañas. Se redobló el ruido, parecido al hervidero de una inmensa caldera, y en todos refluyó la sangre hácia el corazón. Este largo zumbido vibró, al fin, con toda su fuerza, y era una voz: estalló, y era una risa que rodó como un trueno, una risa que aulló como el grito de una hie-

na, risa inestinguible, retozona, furiosa, mezclada con hipo y estertor, que tan pronto seguia sorda y baja hasta que se acababa el aliento, como se volvía á oír rápida y penetrante, azotando el aire, impetuosa, subiendo y bajando sucesivamente; hasta que, por último, semejante á un huracan que pasa, se oyó irse disminuyendo por grados; calmarse, huir y caer del todo con el cuerpo de Oliverio Cromwell, cuya caída estremeció la cama, y con esta espresion de desprecio de sí mismo: — ¡Oh! ¡qué supersticion de chiquillo!

En este instante llamaron á la puerta del cuarto de Cromwell, y se vieron luces por las junturas. Andlay, que no habia olvidado las órdenes secretas del Protector, se llevó consigo á Barkstead y á Ricardo.

— ¡Esto es espantoso! dijo el jóven.

— Triste, dijo el coronel.

— Curioso, dijo el médico.

— Le ha hablado una fantasma , repuso Ricardo.

— La voz de Dios , repuso Barkstead.

— El á sí mismo , repuso Andlay.

— Ha sido su ángel , añadió el jóven.

— Su conciencia , añadió el padre.

— Ha sido un ataque al cerebro , replicó el doctor.

Despues de esto , tuvo Cromwell una muerte comun y vulgar : el grande hombre habia terminado su carrera. Tartamudeó un nombre que le sucediera , y creyeron oir el de Ricardo su hijo mayor. Se dijo que habia habido entonces en el cuarto del moribundo treinta personas , y la familia de Cromwell , que tambien se creyó habia presenciado su muerte ; pero ya no existia Cromwell cuando ellos entraron.



VI.

LA INGLATERRA.

UNA barca descendia rápidamente por el Támesis: empezaba á anochecer, y el ruido de Lóndres iba gradualmente cesando; el viento era triste y frio, y traia de cuando en cuando hasta el centro del rio el ruido de músicas militares, y, con intervalos bastante largos, el de trompetas,

que unas veces se aproximaban y otras parecían alejarse. Una muger envuelta en un manton negro, con los ojos tristes, pero tranquilos, sentada en aquella barca, miraba las últimas luces que brillaban en las elevadas casas de Lóndres, y un jóven, en pie á su lado, consideraba tambien aquella negra masa de edificios salpicada de puntos brillantes. La barca pasó por delante de san James, y se oyó el confuso ruido de una orquesta de baile, y casi al mismo tiempo, como sirviéndole de eco, el último sonido de las músicas militares que se paseaban por la ciudad.

Las dos personas que hemos indicado nada se dijeron con este motivo, pero se miraron una á otra con interés: ¿y qué palabras hubieran podido pronunciar, que hubiesen dicho mas que aquella mirada, ni significado mas que la cercanía de aquellas dos músicas? En san James una funcion espléndida, baile, canto, festines, máscaras reales; y en las calles de Lón-

dres un heraldo y cuatro trompetas, convocando éstas á los habitantes al rededor de su triste acompañamiento con toques redoblados, y leyendo aquel en alta voz la lista de los regicidas condenados á muerte por prevaricacion y traicion. Cuando llegaron los últimos ecos de las trompetas á los oidos de las personas que llevaba la barca hácia el mar, estaba el heraldo delante de la casa de Barkstead, parado allí de intento, y las trompetas tocaron tambien mas tiempo y con mas estrépito que en ninguna otra parte, y aquel leyó su terrible lista, y dió á su voz toda la insolente acritud de que era capaz al pronunciar el nombre de Barkstead, pues trompetas y voz se habian ahuecado con rabia para mortificar los oidos que suponian estar escuchando. Porque en aquella época habia la manía de convertirse todos en verdugos, y cada uno lo era á su modo: porteros, carceleros, soldados, jueces y acusadores, todos egercian su deber atormen-

tando; se descubrian ingeniosas prerogativas de grillos, esposas y privacion de aire y comida, y se ensanchaban los privilegios de insultar é invectivar: la restauracion caminaba á buen paso.

Esta profusion de ruido ninguna satisfaccion produjo, sin embargo, al pregonero real, porque la casa aparecia indiferente: ni el menor ruido dentro, ni una cortina ligeramente descorrida, ni una luz apagada de pronto, ni idas, ni venidas, ni un grito de espanto; todo permaneci6 inm6vil. Al fin pas6 el acompa~amiento; pero el heraldo, indignado por el mal 6xito que habia obtenido, arrim6 su caballo á la puerta, y con la contera de un largo baston que llevaba, como signo de su autoridad, di6 varios golpes en ella, diciendo:

—¡Oh, estúpida casa! ¡casa de traicion y de muerte!

—No tiene derecho para eso, grit6 una poderosa voz entre la multitud; ultraja la

puerta de un inglés libre, de un ciudadano. El heraldo volvió á incorporar su caballo con el acompañamiento y siguió andando, pero fue creciendo el murmullo, y entre el ruido de mil voces sobresalía una diciendo:

— ¡Somos acaso esclavos con mordazal! Mi casa es mi castillo: esta es la ley. ¿Hemos de consentir que ataque nuestras casas esta canalla dorada? Como la dejemos obrar, muy pronto nos colgarán de los ganchos de nuestras tiendas. ¡Abajo el heraldo!

— ¡Abajo el heraldo! repitieron una multitud de voces.

— ¡Paso, paso á la justicia del parlamento! gritó el empleado público; no deis lugar á que os castiguen como mereceis.

— ¡Abajo el heraldo! repitió la voz aislada que habia escitado el tumulto; pero nadie respondió, y Tomás Love se fue triste y cabizbajo.

—Ya no hay nada que hacer, dijo entre sí; nos pueden escupir á la cara. Un uniforme, ó una librea, vale ahora mas que un magisterio: ellos galopan sus caballos por las calles con sable en mano, y se puede con verdad decir, que todos los derechos antiguos de Inglaterra se han refugiado á la *city*; pero si esto sigue, tambien entrarán allí el dia que se les antoje, sin licencia de corregidor, ni regidor, y una vez profanado el santuario y destruido el tabernáculo, ¡se acabó Inglaterra!

Así discurria el carnicero, dirigiéndose á su casa situada en Church-Hill, á corta distancia de la Torre. Mientras tanto, la barca y los viageros seguian bajando por el Támesis, y ya habian dejado muy atrás á Lóndres, cuando abordaron, por último, á un reluciente buque, aseado y cubierto con todos sus aparejos, como el caballo preparado para la carrera, que espera al que lo ha de montar. Los viageros subieron á él, la barca que los habia con-

ducido se marchó, y el capitán saludó á la señora que entraba con el nombre de mistress Barkstead: el jóven era Ricardo.

El buque se hizo á la vela, la noche estaba oscura, y Ricardo y su madre se retiraron al camarote que debian ocupar, y se sentaron silenciosos sobre un baul que ocupaba la mitad, á la escasa luz de una linterna pequeña que habia colgada en el centro de aquel corto espacio. Mucho tiempo estuvieron callados, porque un mismo estupor los agobiaba, como las enormes piedras con que en otro tiempo se cargaba la trampa de los calabozos, en que la feudalidad encerraba sus víctimas, que si alguna vez un esfuerzo sobrenatural de algun desdichado preso las levantaba, era solo algunas pulgadas y por un segundo, durante el cual entraba un rayo de luz, ó una bocanada de aire, que hacia mas oscura la prision y mas intensa su hediondez. Del mismo modo, mistress Barkstead y Ricardo, levantando con gran trabajo el

peso de sus pensamientos, intentaron alguna vez hablar; pero ni se podían entender ni responderse, y ambos volvían otra vez á su mudo y profundo dolor. Las lágrimas hicieron al fin lo que no había podido hacer, ni la firmeza ni la resignación, y allanaron el doloroso obstáculo que embargaba la voz de mistress Barkstead: la infeliz madre se echó á llorar; y así como cuando se rompe un dique todo se precipita por la rotura, agua, barco, hombres y despojos, arrastrados juntos unos con otros, así salieron de su pecho algunas palabras mezcladas con lágrimas y sollozos.

— ¡Inglaterra! ¡oh hermosa Inglaterra mia! dijo: ¿crees tú, Ricardo, que la veré todavía mañana?

— ¡Ya no hay Inglaterra! contestó éste: la noble nación no es mas que una manada de esclavos, sobre cuyas cabezas descansan los pies de gente infame y de voluptuosos relajados. ¡Animo, madre mia! dentro de algunos dias veremos á mi padre

que nos aguarda en Delft. Holanda es pais hospitalario; allí encontrareis á vuestro esposo, y vuestro hijo no se separará de vos: todavía sereis feliz, madre mia.

—¿Y tú, Ricardo, lo serás? dijo su madre.

—¡Yo!... Nada mas pudo decir Ricardo, porque se volvió á apoderar de él su muda y profunda desesperacion. Phann, echado á sus pies; Phann, que habia ido con él á la barca y subido al navío, triste y silencioso tambien, lamió ligeramente la mano de su amo y se quejó con dulzura: Ricardo lo vió, y considerándolo con continua y dolorosa atencion, parecia que le dirigia con la vista todas las largas confianzas del olfato y del oido del perro; ¿pero cuánto mas adivina con la mirada? El hombre sordo, que no entiende ninguna lengua, necesita de una pantomima y de signos convenidos para poder comprender; al perro le basta la cara de su amo: un temblor apenas perceptible en los la-

bios, una arruga que anuble la frente, una lágrima en el borde de un párpado, y el noble animal baja la cabeza y susfre y se queja: su dolor traduce el de su amo.

Madama Barkstead leia tambien en el alma de Ricardo: sabia la pena que alligia en aquel momento su alma de veinte años, porque ya hacia cuatro que habia muerto Cromwell, y que no era el destierro, ni la sentencia de muerte que pesaba sobre su padre, lo que hacia hinchar con rabia las venas de su frente; porque el destierro en él era voluntario, y su padre estaba á salvo de las encarnizadas pesquisas que habian dirigido mucho tiempo contra él. Pero era tal la herida de su alma, que nadie le podia aplicar ningun remedio sin aumentar su ardiente escozor; y aunque la voz de una muger es muy dulce en la desgracia, y la de una madre mas que todas, mistris Barkstead, no obstante, callaba, porque para tocar al dolor de Ricardo era preciso pronunciar un nom-

bre, y esto equivalia á aplicarle al pecho un hierro hecho ascua. Sin embargo, observándolo con atencion, lo vió perderse como un insensato en sus propias reflexiones, aguijoneándose con sus pensamientos y abandonándose á su desesperacion; y lo llamó varias veces y no le respondió, ó no la oyó; le agarró la mano y no lo sintió; hasta que al fin, le dijo en voz muy baja, como no queriéndose oír á sí misma:

— ¿Carlota lo es todo para ti?

Este nombre fue como un talisman mágico arrojado en medio del silencio; Ricardo contestó á él con un grito y Phann con un feroz aullido, mas al mismo tiempo oyeron por entre los tabiques de tablas que separaban los camarotes una cosa como el estertor de un rabioso, como si un endemoniado rechinara los dientes. Este estraño ruido sacó á Ricardo de su profunda preocupacion, pues fue una especie de rugido tan feroz y singular, que ni mistress Barkstead ni su hijo pudieron

pensar en sí mismos, porque el espanto sobrepujó á su dolor, y á Phann se le erizaron los pelos, como cuando al hallarse inmediatos los perros á un tigre ó á una pantera, les revela el instinto que tienen próxima la muerte. Escucharon en seguida con atencion, pero nada volvieron á oír, y mistress Barkstead no se atrevió á repetir el nombre fatal, no porque temiera la cólera de su hijo, sino por no volver á oír aquel grito segunda vez; hasta que, por último, pudo mas el cansancio que el dolor, y se acostó en un colchon que habia dentro del baul en que estaban sentados. Ricardo se embozó en su capa y subió al puente, donde encontró al capitán, que se llamaba Jacobo Downing, y habia servido á las órdenes del almirante Blake durante el Protectorado: pero era tal la necesidad y el poder reconocido de la marina, que al mismo tiempo que Carlos II destituia la oficialidad de tierra á la menor sospecha de puritanismo, y confe-

ria grados á la intriga y á lo que se llamaba la adhesion, respetaba á los marinos, y no habia relevado á Downing del mando del bergantin Bristol, á pesar de sus opiniones republicanas.

— Pronto llegaremos á las costas de Holanda á este paso, dijo Ricardo acercándose al capitan que se paseaba sobre cubierta.

— Mas aprisa iba yo á buscar las balas de los enemigos, que ahora que voy á trasportar proscritos, respondió Downing.

— Holanda no es tierra de proscripcion para mí, dijo Ricardo suspirando, sino que es ahora mi patria.

— ¿No sois ya buen inglés porque sopla el viento del lado que no debiera? Mas de una vez lo he visto volvérseme en contra en un viage mas largo que éste, y no por eso he dejado de seguir el camino recto, es decir, en cuanto lo pueden hacer un hombre y un navío; y sabed, que

tarde ó temprano siempre ha vuelto favorable. Es preciso saberlo aguardar, caballero.

— Mi padre y yo somos vecinos de Hanau, porque esta noble ciudad nos ha adoptado; Inglaterra es ya tierra estraña para nosotros.

— ¡Pobres gentes! dijo con sentimiento el capitán hablando consigo mismo; este es el único medio que les queda de salvar su pellejo.

— Sí por cierto, contestó Ricardo; el odio realista no deja á los proscritos ni aun el recurso del destierro. Por eso el honorable sir Miles Corbet y el coronel O-Key han sido presos en Delft por orden de un agente inglés y encerrados en calabozos, sin que los Estados generales hayan tenido valor para defenderlos; y cogidos en una ciudad libre contra el derecho de gentes, han sido abandonados al miserable traidor que los estaba acechando hacia mucho tiempo, y muy pronto

pagarán con su cabeza su funesta confianza en la hospitalidad de los Estados.

—¿Y por qué infame medio los han sorprendido? preguntó el capitán.

—El coronel O-Key, sir Miles Corbet, mi padre y yo tuvimos que ir á Delft á negocios particulares, habrá unos dos meses: yo me debía embarcar al día siguiente para venir á buscar á mi madre, y había ido al puerto á hacer algunos preparativos, mas al volverme á la posada en que estaba mi padre con sus amigos, vi que llevaban presos á los tres unos miserables, á cuya cabeza venia otro que parecia su gefe. Por todas partes gritaban: esos son los regicidas que hace prender el rey de Inglaterra; y los señalaban con el dedo, aumentándose cada vez mas la turba de curiosos. Yo corrí al oficial, le pregunté la causa de aquella violencia, y le exigí la orden que lo autorizaba para ello, y él me enseñó un mandato de los Estados generales autorizando al caballero Jorge Do-

wning para apoderarse de tres personas que designaba y habian llegado el dia anterior á Delft.

— ¡Jorge Downing! repitió el capitán asombrado. ¡Infame! ¡ha preso al coronel O-Key!... ¡él!... y se contuvo y añadió: continuad, jóven, continuad.

— La órden estaba con todos los requisitos necesarios y me quedé sin saber qué hacer; mas cuando ya llegábamos á la cárcel me ocurre de pronto una idea, y pido que se me deje examinar el mandato: me lo dá el oficial con una sonrisa de seguridad, que me hizo temer fuera vana la esperanza que habia concebido; lo examino, y levantando al momento la voz para que todos me oyeran, le dije al oficial: — Uno de los que llevais presos no es el que esta órden designa. ¿Cómo es eso? exclamé examinándola por su parte con rabia y designando sucesivamente á los presos: ¿no es éste sir Miles Corbet, caballero del condado de Norfolk, regicida? — Yo soy,

contestó sir Miles. — ¿No es éste tambien el coronel O-Key?

— A ese bien lo debia conocer, dijo con tristeza el capitan.

— El coronel contestó lo mismo que Mr. Corbet, prosiguió Ricardo, y el oficial, entonces, acercándose á mi padre, añadió colérico: — ¿Y éste no es el coronel Juan Barkstead? — Seguid leyendo, le dije, y continuó: — El coronel Juan Barkstead, ciudadano de Lóndres, regicida. — Este, exclamé yo, es el coronel Juan Barkstead, vecino de Hanau. Downing se quedó estupefacto, volvió á leer la orden poniéndose pálido, y el pueblo empezó á gritar: ¡Justicia á los Estados! y nos hizo ir á casa del Burgo-maestre, que reconoció buena y verdadera la patente de vecino de Hanau, y declaró que mi padre no podia ser preso sino por delito cometido en el pais, y juzgado por los tribunales de Holanda, á menos que no volviera á territorio inglés. Al dia siguiente me em-

barqué para Londres, y allí he sabido que el coronel O-Key y sir Miles Corbet estaban en la Torre, y que con arreglo á un nuevo bando no se les formaria causa, sino se identificarían sus personas, puesto que ya están condenados á muerte como miembros del tribunal que juzgó á Carlos I.

—Jóven, dijo el capitán suspirando, vuestro padre tiene un hijo digno de él, y yo sé que vuestro padre es virtuoso y valiente. Feliz familia, en la que no se encuentren infames delatores, y en la que todos se puedan gloriarse con su apellido. Yo me llamo Jacobo Downing, jóven, y el que ha hecho esa villanía es mi hermano.

—¿Vuestro hermano, señor? contestó Ricardo sorprendido.

—Sí, jóven, mi hermano, que ha comido el pan del coronel O-Key, que ha vivido con él bajo un mismo techo, que ha sido su huésped y su soldado, porque se hizo predicador en su regimiento; y el

coronel, á pesar de la exaltacion de sus principios, tuvo que reprimir muchas veces los furibundos sermones de Jorge, cuando predicaba la muerte de todo realista como un acto de religion. ¡Y es mi hermano quien ahora lleva al cadalso al que lo sacó de la miseria y lo protegió con su noble y valiente mano! ¡maldicion! yo lo buscaré en Delft.

A esta conversacion siguió un silencio bastante largo, hasta que ya tranquilo, al parecer, el capitan, trataba Ricardo de bajar á su camarote, pero aquel se lo llevó hácia la proa del bergantin y le preguntó en voz baja, cómo siendo hijo de un pros crito habia obtenido órden para embarcarse en un buque de la marina real.

— Por mediacion de lord Juxon, obispo de Lóndres, contestó Ricardo; porque entre mi padre y él ha habido relaciones de intimidad y servicios que lo han hecho, si no amigo, al menos nuestro protector.

— ¡Hum! replicó el capitan; siempre

temo que esos miserables abusen de la buena fe de los hombres de bien: á nadie odian tanto como al coronel Barkstead, y lo que una vez salió mal lo han de intentar otra. En todo caso, no os quedeis en Delft, porque el mar está muy cerca, y un hombre se coge en un instante y se mete en un barco, y una vez en él ya no hay ni Burgo-maestres, ni Hanau. ¡A Dios! la noche está fria, entrad en nuestro camarote.

—¿Os quedais vos sobre el puente? preguntó Ricardo viendo que no le seguia el capitan.

—Me voy á acostar en una hamaca de marinero, dijo éste, porque un momento antes de que vos llegerais se me presentó á bordo un hombre, que vino en una lancha del almirantazgo, y me entregó una órden para que lo recibiera y ocultara durante la travesía, hasta en mi cámara, si era preciso: y á fe que lo ha sido, porque era la única que habia des-

ocupada. Supongo que será algún proscrito como vuestro padre, y que ha encontrado también algún protector entre los poderosos del día por haberlo servido en otro tiempo. Por fin no todos son ingratos, á lo que veo.

Diciendo esto llegaban cerca de la popa, y el capitán, señalándole con el dedo un hombre embozado en una capa, que se bajó á la cámara así que los vió ir hácia él, le dijo:

— Aquel es; si supiera que somos de los verdaderos amigos de la buena Inglaterra, no se esconderia de ese modo; pero la desgracia es muy suspicáz.

— ¿Es acaso, preguntó Ricardo, el que ocupa el camarote al lado del nuestro?

— El mismo, contestó el capitán.

Entonces se acordó Ricardo del singular grito que habia oido; pero al volver á entrar en su camarote vió á su madre profundamente dormida; la miró, y su pensamiento, en vez de fijarse en lo pre-

sente, ó en el porvenir que le esperaba, se dirigió hácia lo pasado. Se acordó de los dos años siguientes á la muerte de Cromwell pasados al lado de Carlota, y se repitió, digámoslo así, palabra por palabra, aquellas dulces y largas conversaciones, en que habia creído que era suya toda el alma de aquella niña, y la volvió á ver tal como estaba entonces, fogosa y alegre y con toda su hermosura, á pesar de su poca edad. Se representó aquella cruel escena en que se la quitaron por órden de Carlos II que la puso á cargo de lady Salnsby; y aunque habia trascurrido mas de un año de esta separacion, en el momento en que la recordó, sintió un dolor tan horrible como el que sufrió entonces, cuando vió á Ralph llevarse á la niña de casa de su padre, mientras él luchaba en vano por desasirse de manos de los dragones del rey. Desde entonces no habia visto á Carlota, y le habia escrito cien veces desde Lóndres, desde Hanau, desde la Haya,

desde Delft, desde todos los lugares adonde habia acompañado á su padre en su destierro; y en este último viage que acababa de hacer, cuando ninguna esperanza tenia de volver, le habia pedido una hora, un momento, para darle el último á Dios; y hasta esta carta se habia quedado sin respuesta, aunque sabia, á no poderlo dudar, que se la habian entregado, que la habia leído, y que el dia mismo de su salida de Lóndres, mientras él pasaba fugitivo por delante del palacio de san James, estaba ella bailando en aquella funcion régia, cuyo estrépito habia oido. Perdido de este modo en sus pensamientos, agobiado por ese medio sueño que los hace pesar sobre el alma como fantasmas visibles, vino el dia y se levantó y subió corriendo al puente; pero ya habia desaparecido Inglaterra, y se quedó frio, porque la vista de aquella tierra era como un resto de esperanza que lo unia á su vida pasada, y todas las pérdidas que habia

sufrido parecia que se reunian y lo atormentaban en este último momento. Volvióse entonces á su camarote, y muy pronto lo dominó tambien el sueño, fatigado con tan larga vigilia y con los dolores que habia padecido





VII.

EL MAR.

NADA alteró la monotonía del viage, y ni aun vieron, sino alguna vez de noche, al desconocido que iba oculto en la cámara del capitan; pero eran tantas en aquella época las proscipciones en Inglaterra, que ninguna novedad causó este misterio. Pudiera, sin embargo, haber llamado la

atencion que no se hubiese dado á conocer, una vez ya en el mar; pero como con esto hubiera podido tal vez denunciar á su bienhechor, se interpretó á su favor aquel silencio y retiro.

Una mañana, el 6 de Abril de 1662, un grito, ese grito tan conocido y casi tan dulce para la ansiedad que se sufre en un buque, como el primer llanto de un recién nacido para los oídos de una madre; ese grito de *¡tierra!* hizo subir precipitadamente á todos los pasajeros sobre la cubierta del bergantín. No es, ciertamente, después de algunos días de travesía, cuando se puede hallar en la tripulación de un buque aquella tumultuosa y estrepitosa aclamación, con que saluda la tierra después de muchos meses de peligros y trabajos; pero entre las miradas que trataban de adivinar lo que era aquella tierra, hubo una sumamente triste y silenciosa. Mistris Barkstead había llorado al salir de Inglaterra y lloró al ver Holanda, no obstante

que ésta le volvía su esposo y le conservaba su hijo; mas lloró, á pesar de todo, porque aunque el amor de un marido y de un hijo calientan, sin duda, y fortifican el alma, la patria, sin embargo, es la vida.

Aquellos mil hábitos adquiridos; aquel pueblo por donde se sabe andar sin cuidado; aquella casa tan conocida que los pies se detienen en ella, aunque el alma esté lejos; aquel ruido acostumbrado, que despierta y hace dormir; aquel aspecto diario en que se reúnen todas las sensaciones, en que viven todos los recuerdos y todos los sueños; el ruido de un martillo, que se ha convertido ya en una lengua que dice el nombre del que golpea; el grito de un vendedor, que pasa diariamente á la misma hora; y despues, la confianza en el propio nombre, ese dulce imperio de la virtud, adquirido por largos años de residencia, y que en el pueblo mas grande brilla al rededor de uno; el saludo afable de numerosos vecinos; aquella lengua mater-

nal, tan fácil para la boca y el oído, como el aire para el pecho; un pobre que se conoce, una casa que se desea ver acabar, un niño que se ha visto nacer, un criado viejo á quien se ama; todo esto no es nada, ni la felicidad, ni el deber. Pero cuando el amor de un esposo se ha derretido en los largos años de una union dulce y tierna; cuando ya se ha convertido en hábito; cuando el amor materno halla un hombre en lo que era un niño, y no es ya una proteccion, sino únicamente una solicitud; y cuando ni uno ni otro ocupan ya toda el alma, entonces aquellas mil cosas, de las que ninguna parece inherente á la vida, entran, sin saberlo nosotros, en su esencia, se mezclan con ella, la componen, y cuando se pierden, la dejan estraviada y desierta: nada se echa menos, pero todo falta.

Por esto, cuando se presentó á la vista de mistress Brakstead la triste y desnuda costa de Holanda, mal recortada so-

bre un cielo ceniciento y frio, se sintió mas triste que nunca.

— ¡Ah! le dijo á Ricardo, jamás seré feliz en ese pais.

A poco rato bajaron al mar la falúa de órden del capitan, y como el bergantin no tenia mas objeto ostensible que desembarcar algunos pasajeros en el continente, nadie estrañó esta maniobra: mistress Barkstead se sentó en ella junto á su hijo; otras personas, incluso el proscrito desconocido, se colocaron en ella tambien, y Jacobo Downing, vestido de uniforme, entró el último y dió la señal de partir. Ricardo, al observar su sombría mirada, se acordó de lo que habia dicho cuando supo la conducta de su hermano, y previó algun siniestro suceso; y en verdad que era bastante siniestro el que muy pronto debia acaecer.

Entre tanto se aproximaba la tierra y con ella la esperanza de una reunion largo tiempo deseada. De repente se destaca un

punto negro de la ancha faja que rodeaba el mar por el horizonte: ¿será un pescado que viene rasando el agua, ó una lancha, ó un buque el que se acerca? En un mar tranquilo, y sobre su plana superficie, engaña y fascina la vista la perspectiva, que ningun accidente, ni nada que sobresalga denuncia, ni mide, ni degrada; lo que se ve en el horizonte es siempre un punto; pájaro, lancha ó navío se presentan al principio de un mismo modo al ojo inhábil del pasajero; pero el de Downing descubrió inmediatamente lo que era aquel objeto todavía sin forma.

— Es un bote, dijo. Alguien tiene aquí amigos que le interesan mucho sin duda. Y esta reflexion la dirigió con la vista al desconocido que, sentado junto al marinero que estaba en el timon, permanecia embozado en su capa.

Todos miraron hácia el bote, que para todos era tal vez imperceptible, menos para Downing, y sin embargo lo

veían, y cada uno se figuraba en él al hermano, al amigo, ó al pariente que creía encontrar, ó al especulador que lo esperaba; cada interés se creaba su ilusión. Poco á poco se va acercando la barca, que es un débil esquife conducido por dos remeros, y en la proa se ve un hombre agitando un pañuelo. Este hombre tuvo un momento la apariencia de veinte personas distintas; se le veían todas las figuras, cuyo aspecto se buscaba.

— ¡Es mi padre! gritó Ricardo.

— ¡Mi marido! dijo su madre.

— ¡El coronel Barkstead! dijo una voz sombría.

Esta última exclamacion no llamó la atención de ninguno de los que podia interesar, porque los dominaba completamente la alegría y la ansiedad: Ricardo y su madre, no solo no la oyeron, sino que ni aun vieron el repentino movimiento con que el desconocido se puso en pie en la popa de la falúa.

Ya se veía venir con una prodigiosa velocidad, que hacia parecer mucho mayor, á la vista, la de la falúa. Era, en efecto, Barkstead en pie, saludando con la mano y con el gesto: se veía que hablaba, que llamaba, que daba prisa á sus remeros: Ricardo y su madre le respondían, los pasajeros y el capitán le respondían; y los marineros, apoyándose con mas fuerza en los remos, le respondían tambien: ya nadie pensaba en destierro, ni en desesperacion, todo era puro gozo, felicidad, enagenamiento. Al fin se acerca, se le oyen pronunciar los nombres de ¡María! ¡Ricardo!... ¡los nombres dicen tanto!... todavía algunas toesas; todavía algunos pies; ya nada; él es, ahí está. María quiere saltar al bote y Ricardo tambien, pero se les atraviesa rodando un barril impelido, sin saberse por quién, están para caerse, se detienen, y Barkstead es el que salta; ya está en la falúa; ya está en sus brazos.

En este instante, el desconocido, mas ligero que el tigre que desde las mas altas ramas del tulípero dá un brinco sobre su presa al verla pasar, salta en medio de la falúa, se quita la capa y descubre un brillante uniforme de capitán, desenvaina la espada, y dando una patada con fiereza, esclama:

— ¡Esto es Inglaterra!

Y tendiéndola en seguida sobre la cabeza de Barkstead, vuelve á esclamar:

— Coronel, os arresto sobre el suelo inglés.

¡Oh! ¡jamás estupor tan repentino hirió el corazón de ningún proscrito! ¡jamás descompuso la cara de una muger desesperacion mas espantosa! ¡jamás aniquiló el valor de un hombre abatimiento mas completo! Barkstead y su muger se habian quedado abrazados, inmóviles, fijos en un sitio y en un pensamiento; pero lo que no seria posible concebir, sin haberlo presenciado; lo que no se podría

describir, aun habiéndolo visto, es la cara de Ricardo al reconocer á Ralph Salnsby, y el sonido de su voz cuando pronunció este nombre. Pero Ralph lo habia previsto todo, y á una seña suya se apoderaron de Ricardo algunos marineros: éste no se movió, sino que examinó cuanto le rodeaba, como hacia siempre que tenia que tomar un partido. Downing, entre tanto, preguntó á Ralph con qué derecho mandaba á bordo de su falúa á la gente de su tripulacion, y sir Salnsby, porque despues de la muerte de su padre llevaba Ralph este título, que ya antes le habia entregado una órden para no llevar el bergantin hasta Delft, le presentó entonces otra nueva, en que se mandaba por el canciller á todo inglés, en cualquier sitio en que se hallase, y particularmente al capitan Downing y su tripulacion, que obedeciesen á sir Ralph Salnsby. La falúa volvió la proa hácia el bergantin, y todo estaba concluido.

El pasmo y el asombro habian llegado al extremo de que á ninguno le ocurrió nada que decir: Barkstead se consideraba perdido; María no pensaba en nada; Ricardo solo hizo un gesto y Phann se puso en pie. La colocacion de todos en la falúa, durante la esplicacion anterior entre Salnsby y Downing, era la siguiente: estos dos en la popa junto al piloto que estaba en el timon; Ricardo en la proa entre cuatro marineros que lo observaban, y Barkstead en medio, en pie, junto á un banco en que estaba tendida su muger sofocada de desesperacion. Reinaba un terrible silencio, porque todos callaban, asombrádoles la primer palabra que se iba á pronunciar. Los ojos de Ricardo flotaban en sus órbitas con una especie de oscilacion frenética, hasta que los fija, al fin, un momento en el bote, que se habia quedado inmóvil en medio del mar, y del que se alejaba rápidamente la falúa, y esta mirada lo decide: aparta con sus vigorosos brazos á

los que lo guardaban, llega adonde está su padre, lo agarra con violencia, lo precipita en el mar y se arroja tras de él. Una mano de hierro lo detiene, otras diez lo enlazan, y queda sujeto en la falúa; Phann únicamente se tira al agua. Pero Phann basta solo para salvar á su padre, y Ricardo con sangrienta sonrisa le dice á Ralph que aun lo tenia asido con la mano:

— ¡Esto es el mar!... ¡el mar es libre!

Diez años antes, en tiempo de Cromwell, y ciento despues en el de Chatam, un inglés hubiera respondido:

— ¡Esto es Inglaterra! ¡éste es su esclavo!

Ralph bramó de cólera con el mismo grito del camarote, con el grito que se oyó al pronunciarse el nombre de Carlota: el odio político tuvo el acento de los celos amorosos: fue cosa atroz. Barkstead no sabia nadar, pero era firme de corazon, valiente y sereno, y viendo á Phann, al

subir á la superficie, se agarró á la suave flotante cola del noble perro.

— ¡Al bote! le gritó Ricardo, y el ojo á falta del gesto indicó al valiente animal adonde debia ir, y nadó llevando á Barkstead. La falúa que habia salido en direccion contraria estaba ya lejos, los remeros apretaban, la espectacion era terrible; el bote permanecia inmóvil. Pero se recobra Ralph de su sorpresa, y al momento dá órdenes precipitadas, amenaza, llama á la obediencia á aquellos hombres movidos por la humanidad, y la falúa se detiene, vira de bordo, y sale en persecucion de Barkstead. Esta maniobra le hace entonces conocer al bote la escena que primero no habia podido comprender: aquel hombre arrojado, ó caido en el mar, y que nada hácia él, es sin duda el proscrito, y los dos marineros holandeses se cuelgan de sus remos, y el bote vuelve, acude, y vuela hácia Barkstead. ¡Barkstead se salvará! Pero Ralph truena,

manda, ofrece furioso castigos y recompensas, y la falúa boga y va ganando distancia: Ricardo anima á Phann, anima á los marineros del bote con grandes gritos; y Barkstead huye y el bote se acerca. Entre tanto, nada se oía mas que el ruido de los remos y los gritos de los dos jóvenes: mistris Barkstead miraba, los pasajeros miraban, Downing miraba; nadie sentia ni júbilo, ni tristeza, sino que estaban todos en una espectacion indecible, sin reflexion, sin deseos, sin temor; no hacian mas que mirar.

Una débil esperanza conmovió un momento la inmovilidad de aquella espectacion: el bote adelantaba, Phann por su parte se aproximaba á él cada vez mas, y mistris Barkstead creyó un instante que se salvaba su marido. La falúa, sin embargo, no alrojaba, rompía la ola arrojándola por sus costados con la rapidéz de una flecha, y Ralph seguia mandando, puesto de pie derecho; pero el bote parecia que

apenas rozaba con el agua, y enderezándose sobre su quilla se deslizaba como se desliza el patin por el hielo. ¡Barkstead se salva! Ralph estaba desesperado, y se le ponía la voz ronca y estertorosa; mas de pronto anima con estrepitosos gritos á los marineros que se cansaban, cobra el mismo brio, y toma otra vez su tono violento, fogoso, triunfal; porque Phann, fatigado ya, aflojaba en su huida, pues sus pies habian azotado el agua un momento y se habia sumergido su cabeza.

— ¡Phann!! gritó Ricardo, y este nombre penetró el aire como signo de desesperacion, y el perro cobró ánimo y volvió á nadar con mas ardor; y la espectacion, primero inerte, y despues casi con esperanzas, se convirtió en dolor en el corazon de los pasajeros.

Nada se decidia, sin embargo, y el espacio se iba haciendo menor á cada instante; Phann no parecia haberse detenido, ni se debilitaba su marcha, y nadie podia

prever el resultado. Al fin se decidió la ventaja: uno de los remeros de la falúa perdió su remo, que el pie de Downing hizo saltar de su sitio, mientras que Ralph, con la vista fija, consideraba á su víctima creyendo tenerla en su poder: diez toesas mas por cada parte y Barkstead estaba salvo, ó perdido; pero el bote iba siempre volando, y la falúa con este accidente se detenía un poco, á pesar de su ligereza. En este momento, cuando todos tenían fijos los ojos en aquel hombre que flotaba en medio del Océano, para quien un solo segundo encerraba el cadalso ó la libertad, Ralph no piensa ya en detenerlo, conoce que el bote llegará antes que él al alcance de la mano de Barkstead, que éste lo cogerá, y que una vez puesto un dedo sobre su borde, estará en su tierra, en su patria, en su libertad. Animado de una horrible desesperacion se arroja él mismo al timon, é inclina ligeramente la caña: va á pasar por junto al bote, cuando ya

Barkstead lo habrá, sin duda, tocado, pero lo estrujará contra él, y si no es dueño de su persona, solo quedará libre un cadáver. Ricardo conoció esta manio-
bra, mas sujeto por diez manos de hierro, solo pudo lanzarle una mirada, pero mirada tan áspera y penetrante, y tan rec-
tamente dirigida al corazon, que Ralph, que la observó, se llevó la mano al pecho, como si lo hubiera atravesado la hoja de un puñal.

— ¡A babor, que os abordan! gritó Ri-
cardo á los marineros del bote.

En los grandes peligros hay un poder que exalta las facultades de sentir y com-
prender hasta el punto de que un sonido equivale á una relacion y una chispa á una antorcha; aquellos marineros se apartaron con ligereza para evitar tan terrible frota-
miento, mas esto les hizo perder un ins-
tante casi inapreciable, pero decisivo. Ambos barcos pasaron por el costado uno de otro estando Barkstead en medio; y en

aquel instante supremo, en que el coronel tendia la mano que tenia libre á los marineros del bote, Phann, semejante al jóven Ateniense, que despues de una carrera sobrenatural murió exclamando: *¡ Marathon!* dió su suave quejido, hundió su cabeza en el agua, y al coronel tambien lo cubrió una ola. Este hizo un esfuerzo y volvió á parecer sobre la superficie, pero sofocado, ciego con el agua y tendiendo los brazos hácia todas partes al acaso; y cuando ya lo iban á alcanzar los dos holandeses, que estaban con el cuerpo colgado todo fuera del bote, lo volvió á cubrir otra ola, pero un grito, grito de desesperacion, le obligó á hacer el último esfuerzo.

— ¡ Juan! exclamó María, mas con el acento de madre que de esposa.

A este grito se conmueve el coronel, vuelve á aparecer en la superficie, turbada y perdida la vista, pero percibe un brazo sobre su cabeza, lo busca y lo agarra, y

era el de su muger que lo sube á bordo de la falúa.

— ¡Esto es Inglaterra! repitió Ralph Salnsby poniéndole la mano encima al coronel, y con voz tan acre como el chillido de un hierro mohoso que se escurre entre los dientes de un perro. Nadie contestó, ni mistris Barkstead, ni Ricardo, ni Downing, ni Phann, que no volvió á parecer mas.

Mientras tanto, ambas embarcaciones, lanzadas como dos fogosos caballos en aquellos torneos en que se rompien lanzas y chocaban los ginetes unos con otros, habian seguido un momento rumbos contrarios, hasta que volviéndose, al fin, ambas hácia su punto de partida, el bote marchó despacio y abatido bajo sus remos, como un noble caballero vencido por la perfidia; y la falúa triste y pesada bajo su prisionero, como lo hubiera hecho el vencedor avergonzado de su misma victoria y abrumado con eternos remordimientos.



VIII.

LAS DOS MADRES.

Los tiempos políticos devoran las existencias, hacen que muera pronto la juventud, y marcan la flor de la vida con las arrugas y la estenuacion de los últimos años. El cuerpo, sufriendo sin cesar conmociones violentas, se debilita y degrada, y el rostro, siempre tirante con espresiones

estremadas, se fatiga y afloja, y se camina á galope á la vejez. Mistris Barkstead, la bella y dulce María, jóven con hermoso pelo rubio, con ojos apacibles y cariñosos, con formas sanas y encantadoras, graciosa, pura y adorada al principio de esta historia, pálida ya, lívida, encorvada, y vieja catorce años antes de la edad en que tantas mugeres brillan todavía, iba tristemente por las calles de Lóndres la noche del 19 de Abril, doce dias despues de la escena que acabamos de referir. Habia salido furtivamente de la casa que habitaba sola con Ricardo, porque éste, deseoso de dormir, ó de estar solo, se recogió muy temprano en su cuarto y se echó en la cama, y ella, viendo que ni tenia que dar excusas, ni buscar pretextos para su salida á aquella hora, ni menos que sufrir las inquietas preguntas de su hijo, habia aprovechado el primer momento en que lo creyó dormido.

¿Adónde iria de aquel modo, de pri-

sa y preocupada? Ya habia concluido el dia, aquel dia fatal y solemne, en que presentado Barkstead ante el supremo tribunal de justicia habia sido condenado al suplicio de los traidores. Este suplicio, en que estaba dispuesta la muerte con habilidad y dada con economía para que durara mucho tiempo; este suplicio, en que el sentenciado recibia la muerte dolor á dolor, como el que bebe sorbo á sorbo una copa de vino delicado y sabroso, se debia egecutar al dia siguiente. Una sola noche, pues, le quedaba á la esperanza, porque la esperanza y la vida se confunden en el corazon del hombre, como la luz y el calor en la llama de una vela, que no se estinguen sino á la par.

Mistris Barkstead habia recapitulado interiormente todos los recuerdos que debian hablar en su favor con ciertos poderosos del dia, habia pesado las probabilidades de su proteccion, y habia creido que aun se podia libertar del cadalso la

vida de su marido. Iba, pues, á aquella hora á casa de lady Salnsby, pero el temor de que Ricardo no quisiera aceptar la vida de su padre de semejante mano, la habia determinado á salir sola, de noche y sin que su hijo lo supiera. Agitada con mil pensamientos, previendo todas las negativas, y preparando para combatirlas razones que creia incontestables, llegó á la puerta de casa lady Salnsby; un instinto del alma le advirtió que no dijera su nombre, y un criado fue á avisar á su ama que una muger llorosa le queria hablar. Entonces, lo mismo que en nuestros dias, era una táctica de eso que se llama aristocracia, recibir pronto y favorablemente á las personas de las clases pobres, porque el noble, en todo lo que protege su vanidad, se muestra con gusto benévolo, no aborrece verdaderamente sino á su igual, y no teme dar la mano á lo mas ínfimo del pueblo, con tal que sea por encima de la cabeza de la clase media; por lo tanto,

mistris Barkstead, pobre muger desconocida, que se suponía iba á pedir una limosna, fue recibida al momento por la orgullosa lady. La entraron en una pieza bastante mal alumbrada, donde encontró á esta señora sentada en un ancho sitial, y oyendo, al parecer, con gusto el ruido y la conversacion que habia en un gabinete inmediato, y vió que le entregaba un criado una larga espada, cuyo puño de hierro bruñido parecia un encage, y que ella lo despedía con la mano diciéndole: yo misma se la entregaré; haced que entre esa muger. Mistris Barkstead sintió que se le doblaban las rodillas, se desvaneció toda su confianza al oír el acento frio y triste de aquella voz tan conocida, y no acertó á dar un paso: lady Salnsby, volviéndose un poco, vió su turbacion y le dijo:

— No tembleis así, buena muger; si vuestra peticion es justa la atenderé; las lágrimas del pueblo se convierten en un

torrente si no se enjugan; hablad pues.

— Bendito sea Dios por lo que acabais de decir, contestó mistress Barkstead; sin duda quiere que consiga lo que deseo, cuando ha puesto tales sentimientos en vuestro corazon.

Lady Salnsby ni conoció la voz, ni las facciones de mistress Barkstead, pero se volvió, no obstante, con viveza al oirla hablar, y la miró atentamente. Los hábitos sociales, cambiando las relaciones de nuestro corazon, imponiéndoles un aspecto y formas convenidas, y dándole á nuestra vida otra defensa distinta de nuestra propia naturaleza, han alterado, sin duda, el sentido primitivo que defendia al hombre en su estado de creacion. Sin embargo, en las almas que tienen vivas las pasiones, en los corazones en que arden con todo su fuego, se conserva algo de la facultad de adivinar la esencia del ser que se nos acerca, y por eso, así que lady Salnsby oyó á mistress Barkstead y la

miró con atencion, se ofuscó su cara, sospechó, y le replicó secamente:

— Despachaos, buena muger, que yo tengo que hacer, y no estoy para ocuparme de las lamentaciones de alguna vendedora de la *city*, cuyo marido han preso en una taberna.

Mistris Barkstead no sabia cómo decir ni quién era, ni á qué iba, porque no se trataba para ella de esos intereses vagos y frios, cuya discusion se dirige con calma y destreza, y para los que se forma de antemano una especie de plan de campaña; cada palabra podia serle fatal, no sabia por dónde empezar, habia perdido toda la elocuencia que le habia supuesto á su desgracia, y no tenia ya nada que decir. Al fin, su misma incertidumbre le inspiró la única palabra que la podia poner de una vez, sin preparativos ni rodeos, en lo mas fuerte de su negocio, y mientras que tartamudeando y buscando frases para pintar su desesperacion, se estraviaba ya

con palabras inconexas y faltas de sentido, y veia desfallecer su corazon y trastornársele la cabeza, pronunció, como sin saberlo, esta sola espresion:

— ¡Yo soy mistress Barkstead!

No era menester mas, en efecto, para lady Salnsby; porque Barkstead, arrestado por Ralph, encerrado en la Torre, sentenciado aquella misma mañana, y prometido al verdugo para el dia siguiente; Ana, Carlota, la Torre, el combate que allí pasó, y la gracia pedida á Cromwell, todo esto se encerraba para ella en la espresion de *¡yo soy mistress Barkstead!* La presencia de la infeliz decia mas que lo que ella hubiera podido decir, y todo lo que no se podria escribir en muchas páginas, que por lo mismo llegó al corazon de lady Salnsby; era un alegato entero, toda una súplica armada con los servicios hechos y con las desgracias sufridas. Mas como en el corazon es donde viven el odio y el orgullo, así como la gratitud

y la compasion, si todo esto le tocó á lady Salnsby en el corazon, no fue para enternecerla, sino mas bien para irritar su odio y despertar su orgullo.

— ¡Mistris Barkstead! exclamó: ¿y qué me quiere la muger de ese verdugo? ¡que la echen de mi casa! ¡Hola! un criado.

— ¡Misericordia! exclamó la infeliz aterrada con estas palabras, y huyendo hácia lady Salnsby al ver dos criados que habian acudido á la voz de su ama; ¡piedad, señora! yo soy quien os facilitó ver á vuestro marido y vuestros hijos cuando estaban presos en la Torre, yo soy quien consiguió de Barkstead que pidiera su perdon al Protector.

— ¡Insensata! repuso lady Salnsby mirándola con desprecio: invocas tus crímenes para conmoverme. Sí, yo te supliqué, y eso es lo que te acusa, porque tú y los tuyos habiais salido de vuestro cieno para poneros en lugar nuestro. ¡Miserable mu-

ger de un regicida, tus palabras chorrean sangre! ¡vete!

— ¡Pero á no haber sido por ese regicida, exclamó mistris Barkstead indignada, vos no tendriais ahora ni hijo, ni yerno!

— ¿Y es preciso, replicó colérica la vieja lady, que yo agradezca al ladron la plata que no me robó, y al asesino la poca sangre que me dejó; y cuando ha llegado el dia de la justicia, seria ingratitud castigarlos porque no dieron fin de nosotros? ¡Esclavos rebelados contra vuestros amos, el verdugo, el verdugo que os haga entrar en vuestro deber!

Al decir esto se levantó, cesó repentinamente la conversacion que habia en la pieza inmediata, y Ralph, seguido de Juxon, se presentó en la puerta.

— ¿Qué es esto? dijo al entrar: ¿qué miserable escita hasta ese punto vuestra cólera?

— ¡Mistris Barkstead! le contestó su madre con ese ademan despreciativo de la

mano, que señala á uno de pies á cabeza, como para insultarlo todo entero; pero el dolor de mistress Barkstead no era accesible á esta injuria. El objeto que queria conseguir, la vida de su marido, era para ella como uno de esos puntos lejanos en que se fija la vista, y que distraen la atencion de todo objeto extraño. Por grande que fuera el horror que le inspiraba la presencia de Ralph, creyó al verlo que podria despertar en lady Salnsby uno de los movimientos que tan naturales son en la ternura materna, y creyó que con ciertos nombres y ciertos pensamientos, comunes á todas las madres, se llenarian sus ojos de lágrimas como los suyos, y que su corazon se desarmaria de su venganza política. Se acercó, pues, á ella mirándola con tristeza, y agarrándole la mano le habló con voz tan grave y dulce, que la desapiadada vieja la escuchó casi con lástima.

— ¡Aquí teneis á vuestro hijo, que es

vuestro orgullo, milady! Dios no me ha dado á mí luces bastantes para decidir si la voluntad del pueblo inglés, libre y poderosa durante diez años, fue crimen y rebelion, pero aun cuando lo fuese, conozco que perdonaria mucho al que me hubiera salvado la vida de mi hijo. No me dirijo á sir Ralph, porque sé que un hombre, valiente como él, no considera la vida sino como un bien incierto, que es preciso jugar á todas horas; pero vos, milady, á vos os hablo un language que ambas entendemos. El hijo que protegimos con nuestros cuidados aun antes de nacer; el hijo por quien sufrimos con alegría padecimientos que harian gritar á los hombres mas valientes y resueltos; esa débil planta que abrigamos por tanto tiempo con nuestros cuidados, por la que nos han parecido dulces las vigiliass, y que nos ha hecho temer el sueño; esa existencia que no es la nuestra, pero que resuena en nosotras en todas sus sensaciones; esa

otra vida que late en nuestro pecho, vos la teneis, milady, y se la debeis al que podeis salvar con una palabra. ¿Rehusareis pronunciarla? ¿Lo rehusareis en presencia de vuestro hijo?

La incertidumbre detuvo un momento á lady Salnsby, y mistris Barkstead, creyendo que podia tener esperanza, quiso hacer el último esfuerzo, y continuó:

— Mi marido es, milady....

— ¡Tu marido, miserable! replicó lady Salnsby con rabia; ¿y el mio no pereció en un patíbulo? ¿Dices que te debo á mi hijo? ¿pues no tienes tú el tuyo? ¿Quieres además á tu marido? pues vé á revivir en su tumba el frio cadáver del noble Salnsby; haz que vuelva á ser el honor de su nombre y el sosten de su rey, y vuelve despues á pedirme la vida del tuyo.

— ¡Y porque no pudo salvar todas las víctimas, no le agradeceis ninguna! exclamó mistris Barkstead.

— ¿Y con qué derecho, replicó con vio-

lencia la vieja lady, escogió el dolor que yo debía sufrir designándole su presa al verdugo?

— ¡Hubierais preferido que dejara perecer á vuestro hijo! dijo mistress Barkstead espantada.

— ¡Eran tres! respondió repentinamente lady Salnsby.

Mistress Barkstead se quedó atónita, porque esta sanguinaria designacion de Macdonnel le pareció un crimen. Tal vez ella en el lugar de lady Salnsby hubiera concebido la misma idea, pero la hubiera, sin duda alguna, sofocado y arrepentídose de tenerla, si la casualidad hubiera favorecido esta secreta eleccion de su corazon. Sin embargo, no perdía aun la esperanza, porque aunque sus ideas se habian trastornado con el violento sesgo que habia tomado la conversacion, y aunque era incapáz de discutir con claridad sus derechos á la proteccion de lady Salnsby, todas venian siempre á parar á un punto que le

parecia inespugnable: esta madre me debe la vida de su hijo, se decia á sí misma: y como madre no comprendia por qué tardaba tanto la otra en devolverle una parte de tan gran beneficio. Procuró, pues, ponerse sobre sí y seguir la conversacion, pero en el momento en que se iba á acercar á lady Salnsby, el obispo Juxon se adelantó, y le dijo:

—Acabad, señora, de importunar á milady con vuestras lamentaciones, porque no puede hacer nada en este negocio. No es de ella de quien el coronel Barks-tead ha de obtener el perdon de sus crímenes, sino de un juez que está fuera del alcance de nuestras súplicas y que no podría atenderlas.

—¿Pues el rey, milord, contestó la infeliz muger, no tiene el derecho de perdonar, y sus mas fieles servidores no le pueden trasmitir las lágrimas de una desdichada esposa, puesto que ella misma no puede llegar hasta él?

— El rey, señora, replicó Juxon, puede lo mismo que lady Salnsby en el proceso del coronel Barkstead, porque fue á Dios á quien se ofendió con el asesinato de Carlos I, y su derecho el que destruyeron los regicidas; y ningun servidor de Dios, aunque sea rey, puede abandonar su causa sin renunciar á su salvacion. Aunque el coronel le hubiera salvado la vida á Carlos II, faltaria éste á sus deberes de rey y de cristiano, si por su gratitud personal usara del poder que le ha concedido Dios, para salvar al que ha querido destruir este poder con el hacha, y cortarlo en su raiz.

— ¿Con que segun eso, milord, repuso mistress Barkstead confundida con esta respuesta, no hay ninguna esperanza? Y al decir esto, se dejó caer en una silla deshecha en lágrimas, y tapándose la cara con las manos.

A una seña de Ralph se acercaron á él su madre y Juxon, á quienes habló rá-

pidamente y en voz baja: mistress Barkstead lo vió, y aunque nada se atrevia á esperar del que habia arrestado á su marido, estaba, no obstante, tan desesperada, que le servia de consuelo cualquiera cosa que pudiera poner en duda, ó retardar la muerte del coronel. Muy luego, en efecto, lady Salnsby, procurando aparentar compasion y sentándose á su lado, le dijo:

— Señora, una esperanza se presenta, y en vuestra mano está aprovecharla. Vuestro marido puede todavía obtener una gracia de Carlos II, y yo os puedo salir garante de ella, porque será la recompensa de una reparacion de los ultrages hechos á la magestad real.

El corazon de mistress Barkstead se dilató al oir estas palabras, y preguntó con ansiedad qué reparacion era la que se le exigia al coronel. Entonces le dijo lady Salnsby, que la cámara de los comunes habia votado una suma de bastante consi-

deracion para erigir un mausoleo á Carlos I, pero que todas las diligencias hechas hasta entonces en Windsor para encontrar su cadáver, habian sido inútiles. El duque de Richmond habia muerto, el marqués de Hertfort estaba enfermo en cama, y los dos condes de Southampton y de Lindsey no habian podido reconocer el sitio en que habia sido enterrado, porque como la inhumacion se hizo de noche, de prisa, y sin mas luces que dos hachas, no se acordaban con exactitud de la parte de la iglesia en que lo habian colocado, y que estando además escrupulosamente borradas las señales hechas por ellos en los pilares inmediatos á la sepultura, nada tenian que los guiara. Como tampoco habia losa, ni inscripcion que designara el sitio en que estaba el cuerpo, parecia que seria preciso renunciar á rendirle este piadoso homenaje, si la nueva pesquisa que se iba á hacer dentro de algunos dias, bajo la inspeccion del marqués de Hertfort, era tan

inútil como las anteriores. Se presumia, sin embargo, que el coronel Barkstead, que habia corrido con los pormenores del entierro, debia conocer el sitio preciso de la sepultura que se habia abierto de orden suya. Al llegar aquí lady Salnsby, la interrumpió mistris Barkstead que, sospechando desde luego lo que querian exigir de su marido, quiso saber cuál seria la recompensa.

—¿Y si Barkstead os declara dónde está el cuerpo del difunto rey, si ayuda á su hijo á honrar la memoria de su real padre, qué gracia se le concederá por esta importante revelacion?

Antes de responder lady Salnsby consultó con la vista á su hijo, y al obispo Juxon, y dijo:

—La gracia que se le concederá será la misma que yo recibí de ti.

—¡La vida! exclamó mistris Barkstead, preocupada siempre con la idea de que habia salvado á Ralph y á Macdonnel.

—No, sino libertarlo del suplicio de los traidores, de que tú libertaste á mi marido.

Mistris Barkstead se puso en pie con dignidad, y dijo:

—¡Oh! ¡es locura querer sacar lágrimas ni compasion de estos corazones llenos de sangre y orgullo! Yo tambien tengo un hijo, milady, ¡y ojalá que nunca sepa lo que acaba de pasar aquí! Su venganza os seria funesta. Pero Dios que me ha ense- do á perdonar las injurias, hará que le oculte las quejas de mi corazon.

—¡Que venga si quiere! replicó coléri- ca la vieja dama. Mira, Ralph, la espada que S. M. Carlos II te acaba de enviar en premio de tu conducta en el arresto del coronel Barkstead; enséñale el largo de ella á su hijo si te pide venganza, que no seré yo quien te estorbe combatir y ani- quilar esa raza de furiosos revolucionarios, que han hecho descender la Inglaterra hasta su bajeza, aunque te debiera costar la vida.

—¿Es deber de una madre, repuso mistress Barkstead, escitar el odio y el furor en el ánimo de su hijo?

—El deber de una súbdita fiel, y de una piadosa católica, es sacrificar su sangre en servicio del amo que el Señor nos ha dado; respondió Juxon con gravedad; y lady Salnsby lo llenará como noble inglesa.

Mistress Barkstead se iba ya á marchar, cuando Ralph se le acercó con viveza y la detuvo, diciéndole:

—Señora, como haga vuestro marido esa revelacion, y consintais vos misma en lo que os voy á proponer, os juro por mi alma, que se salvará la vida de vuestro esposo, cuando no su libertad.

Esta vez no entró la esperanza en el corazon de mistress Barkstead, porque la existencia de Ralph y todas sus acciones parecian una conjuracion de males contra ella y su familia, y por lo tanto casi no se paró á escucharlo, ni aun cuando le

habló de la vida de su marido. Ralph la detuvo otra vez y añadió:

— Una palabra, señora: lady Carlota va á bajar; el rey me ha prometido su mano para cuando tenga catorce años cumplidos, si ella lo consiente: vos sola, tal vez, podeis obtenerme desde luego este consentimiento, que el tiempo me dará sin duda, pero que podia ligarla desde hoy irrevocablemente. Conseguid de ella que le diga al rey que está pronta á obedecerlo, y os juro que no morirá vuestro esposo.

Mistris Barkstead habia ido allí, sin saberlo su hijo, á pedir la gracia de su marido á sus mas crueles enemigos, y vió desde luego que para obtenerla debia consentir el coronel en servir de instrumento para lo que miraba como un sacrilegio, puesto que se trataba de honrar al que habia condenado como criminal, y conoció que no habia de querer. Ahora era preciso que ella misma acabara de llevar la desesperacion al corazon de su hijo, ar-

rancándole para siempre el sueño de su vida, y no se hallaba ni con derecho, ni con valor para hacerlo. No sabia, sin embargo, qué responder en medio de tantas angustias, cuando la voz de lady Salnsby la sacó del apuro.

—Ralph, dijo colérica, ¿es eso lo que yo te he enseñado? ¡Pues qué! tratas de cumplir un vano deseo con una baja traicion, porque traicion seria obtener de la debilidad del rey el perdon de un asesino de su padre. Aun cuando él fuera tan neciamente compasivo que lo dicra, tú deberias armarlo contra él mismo, y proteger su honor de rey contra su debilidad de hombre.

—Pero, madre, contestó Ralph con enojo, se cifra en ello mi felicidad: y arrimándose á ella añadió en voz baja:—Se cifra tambien mi fortuna, porque es la hermana del rey, madre, la hermana del rey, á quien no se le podrian negar los empleos mas eminentes del Estado.

Lady Salnsby miró á su hijo con cólera y desprecio, y le dijo:

— No eres caballero, Ralph, si piensas lo que acabas de decir.

— No sois verdadero católico, dijo Junxon, si mezclais el interés de vuestro porvenir y de vuestra ambicion con el triunfo de la religion.

— Idos, pues, repuso Ralph dirigiéndose á mistress Barkstead, y procurad olvidar que he tenido la bajeza de pedir os vuestro apoyo, que yo tambien procuraré olvidar.

Al momento salió de allí mistress Barkstead, sin llevar consigo mas que la desesperacion de estar segura de que era inútil toda tentativa para salvar á su marido, pues por lo que hacia á la mengua de haber suplicado é implorado en vano, era sentimiento que no podia entrar en su corazon. Yendo á casa de lady Salnsby, iba, segun su conciencia, á cumplir un deber sagrado, y como el haber conse-

guido su intento no hubiera podido ser excusa para ella, si hubiera creído que no hacia bien, así tampoco se podia arrepentir por no haberlo logrado. Echó, pues, á andar en direccion de su casa, cuando la sacó del profundo abatimiento en que habia caído, oir pronunciar su nombre á su lado.





IX.

LA NOCHE.

COSA alarmante era oirse nombrar á las diez de la noche en una de las calles de Lóndres inmediatas al Támesis, porque la cualidad de muger casi no se respeta á esta hora, y la de esposa de un regicida podia ser motivo de insulto, además de que la voz que nombró á mistris Barks-

tead no era para suavizar el espanto de esta interpelacion. A pesar de todo, así que Tomás Love dijo su nombre, no solo se tranquilizó, sino que aun le causó alguna satisfaccion haber encontrado tan impensadamente semejante guia y apoyo. No era, sin embargo, casual la ida de éste allí, sino que atormentado por una inquietud, cuya causa esplicaron muy pronto sus palabras, hacia mucho tiempo que estaba esperando, al parecer, la salida de mistress Barkstead.

— Al fin, habeis salido, le dijo dándole el brazo, de que ella se agarró tristemente, pero muy lejos en aquel instante de la delicada reserva de la jóven, que catorce años antes temia el aspecto del feroz carnicero: — Al fin, habeis salido, y á fe que ya era tiempo, porque á sir Ricardo se le iba apurando la paciencia.

— ¿Qué decís? preguntó mistress Barkstead; ¿sabe mi hijo que he venido aquí?

— Sí que lo sabe, contestó Tomás Love,

y brama como un becerro, y en el fondo tiene razon. El nombre de Mr. Barkstead es tan propiedad suya como vuestra, y no os es lícito humillarlo de ese modo ante esos canallas realistas; además, el coronel es un santo, una víctima, y seria traicion privar á los verdaderos hijos de Dios, y de Inglaterra, de la gloria de su martirio. Confio que no habreis conseguido nada en esa infame casa.

— ¡Ay! replicó mistress Barkstead, nada he conseguido sino insultos y desprecios.

— ¡Infames! murmuró sordamente Tomás Love, alegrándose al mismo tiempo de que hubieran sido ingratos, y que su ingratitud favoreciera la exaltacion de lo que llamaba su política; ¡los infames que tanto os deben no han tenido compasion! ¡Oh! Dios tenga misericordia de ellos, que la vida es larga, y la horea para todos los hijos de Cromwell no está dispuesta para mañana. ¡Nos volverán á ver otra

vez! Vuestro hijo lo ha jurado, señora, y es un excelente mozo.

—¿Y adónde está? repuso mistress Barkstead; ¿y cómo supisteis que yo estaba en casa de lady Salnsby?

—De este modo, contestó el carnicero. Esta mañana, cuando vuestro hijo os sacó del tribunal de justicia, y se pronunció la sentencia, vuestro marido, que estaba pálido y abatido, como visteis, durante la audiencia, se desmayó de repente.

—¡Ay, Dios mio! dijo con dolor mistress Barkstead, ¡está tan delicado y tan malo, que me admira cómo pudo soportar las fatigas de todo aquel proceso! ¿Y qué sucedió despues?

—Lo sacaron fuera de la sala de audiencia, y al momento volvió en sí: pero sabed, señora, una cosa horrible: mientras los amigos de la buena causa se alligian de su debilidad, esos bribones reales se mofaban de él, silbando y apellidándolo con los infames nombres de fanfarron,

liebre de Mayo, cobarde, arrapiezo de Cromwell. Esto no se puede dejar así, señora, porque el coronel era, despues de milord Protector, si no el de mas alta dignidad, el mas venerado, al menos, de los jueces del Estuardo, y no puede hacer traicion á su causa en su hora suprema: nosotros lo arreglaremos.

—¿Y cómo? exclamó mistris Barkstead asustada.

—Eso es lo que he estado pensando mucho tiempo, hasta que al fin me ocurrió una idea; pero creí debérsela comunicar al mas interesado en todo esto, á vuestro honorable hijo, y con este objeto fui esta noche á vuestra casa. Mucho tiempo estuve llamando á la puerta, porque desde que la vieja Molly duerme en tierra cristiana nadie se dá allí mucha prisa, hasta que Mr. Ricardo me vino él mismo á abrir. Antes de que habláramos, se quiso cerciorar de si os habian incomodado mis golpes, y cuando no os encontró en vues-

tro cuarto se desesperó primero, pero se enfureció despues, porque á fuerza de hacer suposiciones falsas atinó con la verdadera. Entonces nos vinimos á casa de lady Salnsby, y así que nos dijeron que se habia presentado una muger y la habian recibido, no dudó ya de vuestro proyecto, y en mi vida lo he visto mas acongojado, pensando tan pronto en la vida de su padre, como en el honor de su nombre; unas veces llorando como un niño, otras queriendo forzar las puertas y sacaros de apuella casa: al fin, lo sosegué, y aquí cerca nos espera en la puerta del doctor Andlay, adonde le dije que iria.

—¿Y por qué escoger ese sitio, y no volverse á casa al momento? dijo mistris Barkstead.

—Porque es preciso que veamos al doctor vos, yo y vuestro hijo. ¡Y Dios nos ayude en la santa empresa que vamos á acometer!

Diciendo esto, entraron en una calle

oscura, y oyeron los pasos de uno que se paseaba delante de la puerta de Andlay como un centinela: estos pasos cesaron de pronto, y Ricardo, á pesar de la oscuridad, salió al encuentro de Tomás Love y de su madre, á quienes habia conocido, y abrazó á ésta, sin que ni uno ni otro pudieran pronunciar una sola palabra. Tomás únicamente le dijo á Ricardo con voz conmovida:

— ¡Vamos, consolaos, que nada ha conseguido!

Anduvieron algunos pasos en silencio, y se hallaron enfrente de la habitacion de Andlay, donde una lámpara encendida detrás de una vidriera anunciaba que vivia allí un literato. La costumbre que éstos tenían de velar hasta muy tarde habia hecho creer al vulgo, que todos los literatos estudiaban en vez de dormir, pues cuánto sabia un doctor era, en estilo escolástico, fruto de sus vigiliass, y hubiera deshonrado á cualquier individuo de una

sociedad científica pasar por su casa de noche y no ver luz en su estudio. De esto habia resultado que algunos, despues de haber estudiado una ó dos horas, dejaban la luz encendida mientras estaban roncando en su cama, y otros la encendian antes de marchar á alguna alegre orgía. Poco á poco se fue haciendo tan general esta costumbre, que la criada de un doctor encendia su lámpara al anochecer y la ponía al lado de la ventana, aunque estuviera malo ó ausente; y aun algunas veces la costumbre podia mas que la muerte, y ardía la lámpara detrás de la vidriera despues de estar el doctor enterrado hacia un mes. Algunos vecinos se reian de esta distraccion, pero dos ó tres viejas aseguraban, que era el muerto que volvía á terminar alguna nigromancia que habia dejado sin concluir; y como habia peligro de ser apedreado si se les quería probar que se engañaban, los vecinos guardaban silencio y pasaba por cosa segura que el

literato era brujo. De esto se pasó á deducir que todos los literatos eran hechiceros; y esta opinion fue tan general en Europa dos siglos antes de esta historia, que todavía quedaban algunos restos de ella en la época de que hablamos.

Ni Ricardo, ni su madre sabian á qué los llevaba Tomás Love á casa de Andlay, y se lo preguntaron; pero él les aseguró que se lo debian agradecer, y que demasiado lo sabrian en estando allí. Llamó en seguida á la puerta, y el repentino movimiento de la lámpara les hizo conocer que, en cuanto á Andlay, no era esta vana precaucion: al momento fueron introducidos en la sala de recibo, que era una pieza grande y oscura; y Andlay, que habia conocido la voz de mistris Barkstead y la de su hijo, los salió á recibir en ella; mas al manifestarle Love que se trataba de un gran secreto, los llevó á su gabinete particular, en el que encontraron todo el admirable desórden de la ciencia. La

única silla que habia desocupada de libros era la del doctor, y en ella se sentó mistress Barkstead, quedándose los hombres en pie; y habiéndoles preguntado qué motivo los llevaba á semejante hora y en tales circunstancias, Ricardo le hizo á Love una seña para que respondiera, mas éste, á pesar de su natural descaro, estaba sumamente cortado viendo algunas calaveras, cuya reluciente blancura sobresalia en el fondo negro de unos armarios viejos, en que estaban revueltas con libros. Haciéndose, sin embargo, superior á su sorpresa, y creyendo haber encontrado un expediente ingenioso, sacó una enorme bolsa llena de monedas de oro, y echándola sobre la mesa, dijo:

— Ahí teneis mas oro que el que os daria un lord de la cámara de los pares porque le hicierais tener un hijo varon: y este hijo, si naciera, no os prometeria tampoco mas porque le quitarais de en medio á su padre. ¡Con que es una muy buena can-

tividad! Sin embargo, no os pido para que la ganeis, ni un sortilegio para cambiar el sexo de una criatura en el vientre de su madre, ni un conjuro para hacer morir á un padre que conserva demasiado tiempo la costumbre de vivir; nada de esto. Una simple nigromancia no mas para fortalecer á un hombre el corazon en el pecho, por seis horas solamente, es todo lo que necesito.

En seguida refirió el desmayo de Barkstead despues de la sentencia, y el triunfo de los realistas al verlo, y continuó:

— Por lo que hace á salvarle la vida es imposible: la Torre es de los Salnsby, Macdonnel el gobernador, y á pesar de lo bestia que es, tiene talento bastante para ser buen carcelero. Cuidado, doctor, que mañana se sale del paso. Eso es lo mejor que yo tengo para pagar vuestra ciencia; si se necesita además una poca de sangre para vuestro conjuro, tengo las venas muy fá-

ciles de picar ; miradlas , corren por mis brazos como ramas de hiedra por una encina ; y por último , si es preciso comprometer la salvacion de un alma , podeis disponer de lo poco que me queda que perder de la mia ; aunque en esta parte temo no tener mucho fondo de reserva , y de este tal vez habré gastado algo en puñadas , en blasfemias y con las criadas de la taberna del rey Ricardo . Pero no importa , tomadlo todo ; el dinero y la sangre reemplazarán lo que pueda faltar por la otra parte .

Esta proposicion , que hoy daria lugar á que se dudase si estaba en su cabal juicio el que la hacia , ni aun la estrañaron los que escuchaban á Tomás Love : Ricardo dió las gracias al generoso carnicero apretándole silenciosamente la mano , y su desgraciada madre , abatida con su desesperacion , la oyó sin conmoverse . El doctor se paseaba por su cuarto en actitud de reflexionar ; algunas veces se rascaba la

frente , se paraba , decia entre dientes algunas palabras ininteligibles , y todo hacia creer que consultaba consigo mismo. Al fin se arrimó á la mesa en que Tomás Love habia puesto el dinero , y se lo devolvió diciéndole:

—No es con sortilegios con lo que se infunde valor al que no se lo ha dado el cielo , ni con lo que se restablece la firmeza de un alma abatida por la desesperacion. Guardad vuestro dinero.

—¿No es acaso bastante? repuso Love con resolucion ; pues doblaré la suma. Vos no sabeis lo que han anunciado en esa espantosa sentencia : de los tres condenados, sir Miles Corbet, el coronel O-Key y Mr. Barkstead, éste debe ser el primero arrastrado al suplicio desde la Torre hasta Tyburn , para que sufra toda la primera violencia de los insultos y la befa del pueblo , y el último ajusticiado , á fin de que vea el suplicio de sus compañeros cuando les arranquen el corazon y las entrañas.

¡Veis cómo han conocido su debilidad y lo atacan por todos los medios! Al coronel O-Key y á sir Miles Corbet les bastará el consolador (1) ordinario, pero si no haceis un milagro para Mr. Barkstead, queda deshonrada la buena causa. Vamos, doctor, doblaré la suma, y la taberna del rey Ricardo la triplicará, si es preciso.

— Mi padre tiene un alma fuerte, pero su cuerpo es tan débil, dijo Ricardo, que es muy de temer que su muerte no sea digna de su vida.

— ¿No hay medio ninguno de salvarlo? replicó Andlay.

— Ninguno, contestó Tomás Love: ¡yo he tanteado los gremios, y he encontrado los corazones tan flojos como el de una vaca vieja!

— ¡Ay! añadió mistress Barkstead, yo

(1) Una botellita de aguardiente con especias, que acostumbraban llevar los reos cuando iban al suplicio.

tuve alguna esperanza hace pocas horas, pero los beneficios no tienen cabida en el corazon de los servidores de los Estuardos.

En seguida refirió á Andlay su visita á lady Salnsby, la horrible manera con que desecharon sus súplicas, y la proposicion que le hicieron de libertar á su marido de una parte del suplicio, si queria enseñar el sitio de la sepultura de Carlos I.

— ¡Trabajo les mando si la han de descubrir! exclamó Love con su amarga risa. Yo trastorné tan bien las losas sepulcrales, llevándolas desde una punta á otra de la iglesia, en una de las noches de Enero de 1660, que solo Dios sabe dónde está el cuerpo del tirano.

— Con los ojos cerrados me pondria yo sobre la sepultura, dijo Ricardo; cien veces me la enseñó mi padre. Y aunque nada la indicaba entonces, ni siquiera una simple inscripcion, y por mas cambios que se hayan hecho despues en las losas, no

me equivocaria en un paso, contándolos desde la puerta principal.

—Ese podría ser un medio, dijo Andlay, pero era preciso para ello ver al rey mismo, porque no es tan inclemente como lo pintan los cortesanos. Mas esta noche hay función en san James, y para distraerlo de sus placeres se necesita algo mas que la vida de un regicida y el cadáver de su padre. Inglaterra entera no pesa para él un adarme cuando baila, ó juega á los dados. Vamos á ver, señora, ¿esos Salnsby no os dijeron nada mas?

Mistris Barkstead llegó con inquietud al momento en que sir Salnsby le propuso salvar la vida á su marido con la condicion de que determinara á Carlota á casarse con él. Ricardo contuvo el furor que lo devoraba mientras lo referia, y se estremeció al pensar que los proyectos de Ralph no tenian mas obstáculo que la voluntad de una niña de 13 años, que el apoyo del rey podia allanar cuando tuvie-

ra edad de casarse. Sin embargo, una esperanza nació al mismo tiempo en su corazón; adivinó la negativa de Carlota por la propuesta de Ralph, y sus amorosos desvaríos flotaron un instante dulces y risueños entre el tumulto de su imaginación, como pasa por el aire el perfume de una flor durante las tormentas de una tempestad.

— ¡Ahí está la salvación! exclamó Andlay con viveza: Carlota puede salvaros al coronel.

— ¿Pero cómo la hemos de ver? exclamó mistress Barkstead. ¿Nos dejará lady Salnsby llegar hasta ella?

— No es á casa de lady Salnsby adonde se ha de ir á buscar, sino á san James. Aguardad, señora: Ricardo se vendrá conmigo: vos, Love, acompañad á esta señora á su casa, y recoged vuestro dinero. Si Dios no quiere que salga bien el paso que vamos á dar, confortará el alma que llama á sí, y yo le daré á Barkstead un

elixir que sostenga su cuerpo. Creed á un hombre que ha estudiado los resortes del cuerpo humano y los del alma; el valor de Barkstead no ha sucumbido en su desmayo, el cuerpo solo es el que se ha debilitado. Además, ¿no ha sostenido hasta el fin la justicia de su causa?

—Es verdad, contestó Tomás Love algo dudoso, pero si llegara á declarar en su última hora, como se lo han exigido, que no tuvo derecho para juzgar á Carlos I, mas valia que muriera cien veces antes de esta apostasia; y si no estais bien seguro de él al pie del patibulo, guardad ese dinero; al mismo precio pagaria yo una gota de veneno que lo matara en la puerta de la Torre, que un sortilegio que lo hiciera valiente hasta debajo del triángulo de Tyburn.

—Tranquilizaos, dijo Andlay: Barkstead no desmentirá ni su causa, ni á sí mismo: su voluntad es la mas firme que yo conozco en el cuerpo de un hombre, y

aunque este cuerpo es sin duda débil, nosotros lo sostendremos, aun cuando Macdonnel hubiera mezclado en sus alimentos sustancias nauseabundas para debilitar mas sus fuerzas.

— ¿Se atreverá á hacerlo? exclamó Ricardo con horrible sorpresa.

— ¿Pues no lo hicieron con Juan Jones y con Clement, ajusticiados en 1660, y llevados al patíbulo como cadáveres yertos? dijo el doctor.

— ¡Maldicion! exclamó Tomás Love: y Ricardo y él se miraron como si renovaran algun juramento.

Andlay, entre tanto, se puso una larga capa negra, y tomó una linterna pequeña y una llave, al mismo tiempo que mistress Barkstead, cuyo corazon se abria de cuando en cuando á la esperanza como para que fuera luego mas intenso su dolor, se dispuso á volver á su casa en compañía de Tomás Love. Todos salieron de la del doctor, y Ricardo, al dejar á su

madre, le ofreció no comprometer ni contrariar con su imprudencia los juiciosos proyectos de Andlay.

El doctor y Ricardo marchaban uno junto á otro, absortos ambos con sus reflexiones. La emoci3n de este último al pensar que iba á volver á Carlota era tal, que nada le importaban los medios de que se valiera el doctor para hablarle; y tal vez, si hubieran podido verse todas las esperanzas que agitaron su corazon durante el camino, la idea de una reconvencion, ó una declaracion de Carlota, lo ocupó alguna vez mas que la gracia de su padre. Al fin le preguntó á Andlay cómo podria ver á su prima, y si seria larga su conversacion.

—Yo veré á Carlota, le contestó el doctor, en medio de la funcion que hay en san James, y si mi conversacion con ella no es larga, supongo que la que deberá tener con su hermano nos detendrá mas tiempo.

—¿Con que yo no la veré, según eso? repuso Ricardo.

—¡Ah, jóven! replicó el doctor, prudencia, ó desisto de mi empeño. Para conducir bien este negocio, vos no deberiais entrar conmigo en san James, ni ver á Carlota, ni hablarle; pero creo que conozco á los hombres, y me parece haber observado, que sois de los que han tomado su partido con la vida, y que, aunque jóvenes, se han decidido á considerarla como un mal, sin lisonjear su porvenir con necias esperanzas. Con que si no me he engañado, considerareis que hace media hora ninguna probabilidad teniais ni de salvar á vuestro padre, ni de volver á ver jamás á Carlota, y de consiguiente, que si la casualidad hace que yo obtenga esta gracia, y que vos le podais ver un instante la cara á vuestra prima, lo tendreis por bastante dicha, sin exigir nada mas.

Al fin llegaron al postigo de san James que cae al parque, y por el que ya otra

vez habian entrado el doctor y Ricardo con el mismo, cuya vida iban á solicitar.

—¿Con que habeis conservado esta llave despues de la muerte de Cromwell? dijo Ricardo al doctor.

—Esta llave me la ha dado Carlos II. Oye, jóven: Andlay tiene para con los poderosos del dia un protector mejor que todos esos, cuyo apoyo mendigan los cortesanos, el cual es la muerte y la enfermedad. Carlos II ha tomado el médico de Cromwell, y el papa tomará el de Satanás, si cree que le puede prolongar su existencia un dia, una hora, ó un solo segundo.

Subieron en seguida por la escalera que conducia al primer piso, y entraron en el gabinete de que ya hemos hecho mencion otra vez, desde el que se oia el mismo murmullo que entonces; la puerta por donde se entraba al gran salon estaba tambien cerrada, y al entreabrir la Andlay, vió Ricardo que la cubria una cortina de seda como antes. Despues de haberse ase-

gurado de que la función estaba en toda su fuerza, y de que su presencia no podía llamar la atención, tocó el doctor en la pequeña puerta por donde se entraba á las habitaciones interiores, y también, como la otra vez, se presentaron dos soldados; pero en esta fue mas feliz, pues lo dejaron pasar sin dificultad, porque era por donde entraba siempre á ver al rey, y tenían establecida para él solo una contraseña particular. Antes de irse el doctor se acercó á Ricardo y le dijo, que se contentara con mirar por entre la cortina, añadiendo:

— Como es un favor que se suele conceder con frecuencia á alguna oscura favorita del rey, ó de su valido, el colocarse en este sitio para ver las funciones de la corte, no llamará la atención que se entreabra ligeramente la cortina; pero ten presente que habrá mil que quieran adivinar quién está escondido ahí. No hay un solo cortesano que no diera un dedo por saberlo, aunque tuviera que besar

la mano de alguna moza de taberna para que le hablara de él al rey durante una orgía.

Dicho esto se fue, dejando solo á Ricardo en aquel cuarto, que examinó entonces con mas atencion que lo habia hecho anteriormente. Una lámpara de un solo mechero lo alumbraba tan mal, que aunque era pequeño con respecto á la estension que se daba entonces á la mayor parte de las piezas, quedaban los rincones en una oscuridad casi completa. El lado hácia donde estaba vuelto el mechero tenia bastante claridad, pero el cuerpo de la lámpara hacia en el otro una sombra tan espesa, que podia estar allí cualquiera sin ser visto, principalmente si se colocaba debajo de la campana de una chimenea situada en la parte menos alumbrada. Ricardo estaba impaciente, y le parecian tan largos los minutos, que á los pocos instantes se asomó á una ventana á ver si amanecia: en seguida quiso ver lo que

pasaba en la funcion, entreabrió ligeramente la cortina, y halló que la mayor parte de los que estaban en el salon eran oficiales de inferior graduacion. La segunda pieza, en que él habia visto en otro tiempo la cama vacía de Cromwell, parecia tambien destinada solo á los hombres, pero sus vestidos eran mas suntuosos, y en la mayor parte de ellos brillaban las decoraciones de las órdenes y las piedras preciosas; lo cual le hizo creer que, segun la etiqueta, la pieza en que estaba el rey debia ser la siguiente á aquella, y perdió toda esperanza de ver á Carlota, que estaria sin duda con él. Empezó, pues, á pasearse muy de prisa para entretener el tiempo, quedándose unas veces inmóvil, y volviendo en seguida á andar con suma celeridad; mirando tan pronto á la ventana, por donde seguia viendo la noche oscura, como por entre la cortina, donde parecia que la funcion no habia variado de aspecto. Una vez se paró á contar los la-

tidos de su pulso para medir su espectacion; y la impaciencia que sintió al calcular lo que era un minuto, y los pensamientos que en aquel corto espacio de tiempo lo agitaron, le hicieron conocer, que el siglo que acababa de pasar sobre su corazón no era mas que un instante, y que apenas habria trascurrido un cuarto de hora desde la ida de Andlay.

Cansado de esperar, y absorto con sus funestos pensamientos, se paró maquinalmente debajo de la campana de la chimenea, y se sentó sobre uno de los bancos de encina tallada que adornaban sus costados. Apenas se acababa de colocar en el sitio mas oscuro de él, vió abrirse la puerta por donde habia entrado Andlay, y, con gran sorpresa suya, entrar una dama ricamente ataviada con un caballero tambien magníficamente vestido. Su sorpresa le hizo guardar silencio, y la curiosidad que le inspiraron las primeras palabras que oyó, permanecer inmóvil y distraido por

un momento del fin que se habia propuesto al ir á san James.

— ¡Oh! decia en voz baja el caballero; hazlo así, hermosa lady, ya ves todos estos pasadizos secretos, por los que podrás entrar y salir de palacio sin que nadie te vea. Si tu corazon es franco, no uses conmigo de esos vanos rodeos de las mugeres, ni de esas negativas calculadas de que suelen valerse: ven esta noche, y yo te esperaré en lo mas secreto de mi habitacion, donde el aire que se respira es caliente y embalsamado.... Ven, para que no sea mi victoria uno de esos combates en que es preciso sorprender los favores y luchar con esfuerzo....

— ¡Vámonos! ¡vámonos! dijo entonces con profunda emocion la dama á quien se dirigian estas palabras.

— ¡Oh! ¡nada temas, hermosa lady! contestó el caballero: aquí eres para mí tan sagrada como en la iglesia de Westminster. ¡Yo ajar tus ricos encages y ar-

regar los lazos de oro de mi jubon! No, por mi vida; esas sorpresas son para los enamorados de veinte años, que creen en las resistencias vencidas y en los gritos sofocados: tú y yo hemos pasado ya de esa edad. Mira, hermosa lady: te he ofrecido el gobierno de Escocia: ¿lo quieres de este modo? Pues te lo daré como quiero lo que te pido, sin hacértelo comprar con largas y fatigosas sollicitaciones, sin que lo esperes tanto, que cuando llegue se haya cansado el deseo. Este gobierno satisface tu ambicion, y lord Macdonnel será gobernador de Escocia: ¿quiéres?

—¿Pero cómo me he de escapar de mi marido? repuso la dama de un modo que daba á entender que su corazon solo no estaba turbado.

—¡Es tan tonto! contestó el caballero.

—Pero es todavía mas celoso, repuso la dama.

—¿No puedes hacer que duerma tan

profundamente, que no despierte hasta mañana al mediodía?

Mientras que, al parecer, trataban de lo que podrian hacer, se volvió á abrir la puerta citada y entraron otras dos personas. El caballero y la dama, para evitar ser vistos, se fueron corriendo hácia la chimenea, y se sorprendieron al encontrar allí un extraño: la dama se asustó mucho, sin duda, porque olvidando que su nombre habia sido pronunciado varias veces en la conversacion que acababa de tener, se echó el velo á la cara, y Ricardo la oyó ahogar repetidas veces amargos suspiros. El caballero se sentó en el banco junto á Ricardo, y al hacerlo, le dijo en voz muy baja, y agarrándole la mano con viveza:

— Quien quiera que seas, te empeño mi palabra real de que te daré lo que quieras, si muere en tu pecho lo que has oido.

El sentimiento que agitó á Ricardo al

oirlo, no hay espresion que baste á pintarlo: la sorpresa, el odio, el espanto, la esperanza, el desprecio, lo asaltaron mezclados confusamente: aquel hombre que lo tocaba era el rey, el que ordenaba la muerte de su padre, el que lo podia castigar por estar en aquel sitio, de quien esperaba gracia, y el que acababa de manifestar delante de él una disolucion que lo horrorizaba, á pesar de que no comprendió su asqueroso refinamiento. Empezó, sin embargo, á reflexionar, y ya calculaba los medios de conseguir la salvacion de su padre, cuando le llamó la atencion su nombre varias veces pronunciado.

— Os repito, dijo uno de los que acababan de entrar, que está aquí el médico, que ha hablado con la niña, que ella le ha ofrecido obtener la vida de Barkstead á toda costa, y que, tal vez en este instante, anda buscando al rey por todo el baile para echarse á sus pies.

— ¡Es Juxon! murmuró confusamente Ricardo.

— ¡Sí, por cierto, él es! le contestó en voz baja Carlos II dándole con el codo, como para indicarle lo chistoso de su posición.

— Pero el rey no está en el salon, replicó el otro recién entrado, y Carlota no lo encontrará: estará sin duda muy encerrado con alguna de nuestras hermosas ladys, de las que creen en una promesa que nunca les cumple.

— ¡Insolente! murmuró el rey.

— ¡El es! dijo del mismo modo Ricardo.

— ¡Es mi hermano! añadió asustada la bella lady, estrechándose con el rey.

Carlos, al conocerlo, contuvo con gran trabajo una carcajada de risa. Entre tanto, seguia la conversacion entre Ralph y Juxon.

— En vano, pues, dijo éste, habré tomado tantas precauciones para que no se nos escapara. Despues de haber conse-

guido mas de lo que esperábamos, facilitando el pasage de su muger y su hijo en el baque de Downing, se nos va á ir de las manos la víspera de su muerte.

— ¡Y cuando las fatigas del camino y del calabozo han destruido sus fuerzas, añadió Ralph, y era de esperar que fuera al patíbulo, pálido y vacilante como un cobarde asesino! Macdonnel me acaba de decir que esta noche ha tenido varios deliquios.

— Perder esta ocasion de destruir en el pueblo esa estúpida admiracion de los que llama mártires de la libertad; mostrarle al que, despues de Cromwell, consideraba como el mas santo de todos; mostrárselo, repito, desatentado, estenuado por lo que creerán sus remordimientos, temblando, desfallecido, casi moribundo, ¡ah! es una fortuna que no se debe dejar perder: dijo Juxon; ¡es preciso prevenir al rey!

— Preciso es verdaderamente no dejar perder la dicha que aguardo, dijo en voz

muy baja Carlos; y estos dos buenos consejeros me acaban de proporcionar el medio.

No es posible explicar el estado de Ricardo durante todo esto; él mismo se asombraba de la incertidumbre que lo agitaba. Verse hombro á hombro con Carlos II, oír á Juxon y á Ralph revelar, por fin, que la proteccion que les habia abierto el camino de Holanda á él y á su madre no era mas que otra nueva traicion; saber la feroz esperanza que los agitaba, y sentir todo esto y permanecer mudo, inmóvil, helado, era un suplicio superior á sus fuerzas. Si su estado dura algunos instantes mas, hubiera, sin duda, sucumbido al deseo de castigar á Ralph y á Juxon con peligro de su cabeza y la de su padre; y ya se trastornaba su razon, y lo iba á precipitar su rabia, cuando se oyó un considerable movimiento en el salon inmediato, y una voz débil, pero aguda, que se venia acercando y dominaba por inter-

valos el confuso murmullo que sonaba.

— ¡El rey! ¡dónde está el rey! gritaba una voz de niña. ¡Señor! ¡hermano! ¡respondedme! ¿Carlos, dónde estais?

De repente se descorre la cortina que separaba el salon del gabinete, donde estaban las personas de que acabamos de hablar, y entró precipitadamente Carlota, y con ella muchos señores, algunas damas, y criados con luces, agolpándose á la puerta la mayor parte de los cortesanos, como un enjambre de abejas. Lady Macdonnel se quiso ocultar asombrada, pero el rey, mas dueño de sí mismo, salió graciosamente al encuentro de su hermana, y Ricardo se quedó oculto en el rincon en que estaba, siendo tal la sorpresa de todos, que nadie reparó en él, ocupados en observar la cara del rey y el continente de lady Macdonnel. Ya algunos cortesanos se empezaban á mirar recíprocamente, cuando Carlos previno sus malignos comentarios dirigiendo la palabra á Carlota.

—¿Quién os ha dicho, hermosa hermana, que yo estaba aquí hablando con lord Juxon, y sir Salnsby y su hermana? Este era una especie de consejo de familia, y vos sois muy bien venida.

Solo al oír estas palabras repararon todos en el obispo y el capitán de guardias, y los mil chistes preparados ya para atacar la reputación de la bella lady quedaron inutilizados. Salnsby y Juxon fueron los únicos que se enteraron y bajaron la cabeza en silencio: lady Macdonnel recobró algún tanto la serenidad, y los demás supusieron desde luego que se trataba de alguna medida política, suposición que se confirmó cuando añadió Carlos dirigiéndose á Ralph:

—Llevadle al lugarteniente de la Torre lord Macdonnel la orden de que se constituya personalmente en la prisión mas segura del castillo con Barkstead, uno de esos tres miserables que deben ser ajusticiados mañana al mediodía. Que desde el

momento que reciba esta órden hasta el de la egecucion, no lo pierda un minuto de vista, porque sabemos que hay formados proyectos criminales para libertarlo, y el lugarteniente de la Torre me responde de él con su cabeza. Y volviéndose en seguida á lady Macdonnel añadió: — Conozco, milady, lo que os incomoda esta órden, pero no puedo oír mas tiempo vuestras súplicas; es preciso que os resalvais á ceder; bien sabeis que soy inflexible.

Lady Macdonnel bajó los ojos y contestó: — Obedeceré, señor.

Jaxon y Ralph, aunque atónitos con lo que pasaba, habian conocido que estaba perdido Barkstead, y su odio, al menos en aquel momento, no queria otra espliacion de tan singular encuentro. Adivinaban bien, sin embargo, una parte de la verdad; es decir, que lady Macdonnel y el rey, ocultos antes que ellos en aquella pieza casi sin luz, no habian estado

seguramente tratando de la suerte de los regicidas, pero creían que la órden que acababa Ralph de recibir era consecuencia de la conversacion que ellos dos habian tenido. Solo Ricardo habia comprendido toda la atroz duplicidad de aquella precaucion, y en el conflicto de ideas y de horrores que se agolpaban á su imaginacion, estuvo á pique de perder la razon. Permaneció, sin embargo, inmóvil, porque ya fuera asombro, rabia, espanto ó estupor, no podia entender lo que sentia; pero oyó otra vez la voz de Carlota, la cual disipó como un viento fresco la tempestad que se formaba en su corazon, é hizo penetrar en él un rayo de razon y esperanza.

— Señor, hermano mio, dijo la niña; podrá sin duda haber proyectos criminales para libertar al coronel Barkstead, pero tambien los hay inocentes, y de esta clase es el mio, señor: porque de vos espero conseguirlo, y lo que vos mismo

hagais no os puede parecer criminal. Yo os vengo á pedir la gracia del condenado.

— ¡La gracia del asesino de nuestro padre, hermosa hermana! Tú estás loca, niña: Dios me castigaria como otro nuevo Absalon, porque hoy la causa de mi padre es la venganza, y perdonar seria venderla.

— ¿Y si fuera servirla? replicó la niña con resolucion. La causa del rey nuestro padre no está toda en la venganza, está tambien en el honor que se puede tributar á su memoria y á su cuerpo. Barkstead es tal vez el único que puede enseñaros dónde descansa el de nuestro padre: compradle, pues, este secreto, porque al fin seria decoroso para vos erigir á Carlos I un sepulcro, donde los fieles ingleses, vos, señor, y yo tambien acaso, pudiésemos ir á llevar el tributo de nuestras lágrimas.

— ¡Nuestras lágrimas! replicó Carlos con un ligero movimiento de impaciencia; nuestras lágrimas y las de nuestros fieles súbditos no necesitan de un mármol vano

para rendir homenaje á la memoria del mártir: han corrido muchas veces, y no se secarán jamás con un dolor tan legítimo; pero á su venganza le falta, antes que todo, la sangre de sus asesinos, y yo no tengo derecho para privarla de ella.

— Esa proposicion se le ha hecho á Barkstead ó á su muger, segun creo, y ella la ha rehusado: dijo Juxon acercándose al rey.

— ¿Mi tia ha rehusado la vida de su marido? exclamó Carlota; ¡eso no es posible!

Ralph creyó entonces que debia tomar la palabra, y dijo con acritud, aunque contenida por el respeto:

— Ha rehusado, al menos, la promesa que le hizo mi madre de pedir á S. M. que libertara á su marido del suplicio de los traidores en premio de esa revelacion; y en el estado de abatimiento en que se halla el coronel despues de su sentencia, no era gracia para rehusada.

— Sé muy bien, sir Salnsby, contestó Carlota con indecible desprecio, que ha rehusado esa gracia, y sé tambien que ha rehusado la vida de su marido que vos le ofreciais, con condicion de que me decidiera á mí á casarme con vos algun dia. ¡Mucho le agradezco esta negativa!

— ¿Qué es esto? repuso el rey con tono irritado; ¿así se dispone de mi voluntad sin mi anuencia? Segun eso, sir Salnsby, vos concedeis gracias para que os protejan con la hermosura, y eso es obrar como rey, como usurpador; y á fe que no me parece que teneis trazas de ser un segundo Cromwell.

— Confiaba, señor, contestó Ralph confundido, que en recompensa de mis servicios por haber arrestado al coronel....

— A los perros que han cogido un noble ciervo se les dan las entrañas para que se las coman, dijo colérico Carlos II: si que-reis las de Barkstead, el verdugo os las dará: idos, y llevad la órden que os he

dado al lugarteniente de la Torre, y no volvais á parecer en mi presencia.

Al oír Ralph estas insultantes palabras, su cara, habitualmente pálida, se puso lívida, pero á una seña que le hizo Juxon se sosegó y permaneció quieto. Aquel se acercó al rey, y le dijo en voz baja y con tono grave:

— Esos son los hombres que mueren por vos, señor; los hombres, como Salnsby, lo aceptan todo de su amo, menos una afrenta pública; y os olvidais, sin duda, de que él solo puede proponer y hacer pasar en la cámara de los comunes el bill contra los cadáveres de Cromwell y sus cómplices. Reparad, pues, el mal que acabais de hacer, señor: en ello se interesa el honor de ese jóven, y se interesa tambien la salud de la monarquía que privais con eso de sus mas decididos defensores.

Carlos asintió con un ligero movimiento de cabeza á lo que le dijo Juxon,

y yéndose hácia Ralph le dijo con aquella cortesía real, que conocia mejor que nadie:

— Aunque nuestro confesor no obtiene los altos grados militares, sabe lo que á cada uno conviene, y me acaba de recordar que he cometido una falta. Las órdenes del rey no se encargan ordinariamente á un capitan, y conozco que el capitan, á quien el rey las confia, titubea algo en cumplirlas; pero yo tendria sin duda derecho á enfadarme, si el coronel Salsby tardara un segundo en obedecerme.

Ralph, cuya cara se llenó de alegría con estas últimas palabras, se inclinó respetuosamente y se marchó al momento. El desprecio con que lo miró Carlota consoló á Ricardo, y eso que ella no sabia que Ralph olvidaba algo mas que su afrenta personal, y que transigia con el deshonor de su hermana. Cuando iba de nuevo á dirigirse al rey, éste la interrumpió bruscamente, diciéndole:

— ¡Basta, basta, hermosa hermana! Este negocio nos ha ocupado ya demasiado. No pidais nada, porque no conviene que vuestra jóven belleza se acostumbre á las negativas, y esto es lo único que encontraríais en mí: vamos, acabemos de una vez, y volvamos al baile.

— Pero no será antes de que hayais cumplido vuestra real palabra; dijo Ricardo poniéndose en pie, y saliendo al centro de la pieza.

Grande fue la sorpresa de todos con este motivo: la del rey, que se habia olvidado enteramente del desconocido, á cuyo lado estuvo sentado, no dejó de tener su parte de miedo, al ver que el que creyó un cortesano, á quien haria callar con un puñado de oro, era un hombre absolutamente extraño en su corte. Ricardo se habia colocado delante del rey: su capa oscura abierta le colgaba por ambos lados hasta los pies; sus manos, de las que en una tenia su ancho sombrero gris,

le colgaban igualmente ; de su cinturón de cuero pendía una ancha daga , y su cabeza descubierta dejaba flotar sobre sus hombros un hermoso y suave pelo rubio. Lo inesperado de su aparición daba , sin duda , á su actitud cierto aire temible y respetable , pues de repente , el movimiento que atraía á todo el mundo hácia el salón fue reemplazado por un frío silencio y universal expectación ; pero ambas cosas tomaron el carácter de mas profundo interés , cuando Carlota , dando un grito , se arrojó en brazos del desconocido , diciendo :

— ¡Ricardo ! ¡oh Ricardo !

— ¡Qué Ricardo ! exclamó el rey pasmado y viendo lo que pasaba con ojos desparvoridos.

— Yo , Ricardo Barkstead , que vengo á requeriros me concedais la gracia de mi padre : contestó el jóven.

El efecto que produjo esta sorprendente declaración fue un verdadero golpe de teatro : algunos retrocedieron espanta-

dos, como si hubieran visto la cabeza de una serpiente entre flores; pero las señoras miraron con mas atencion, porque la belleza de Ricardo estaba entonces en toda su fuerza. Carlota, apoyada en él, lo contemplaba con unos ojos, en que éste podia leer que no habia perdido la completa posesion de su alma, que tan poderosamente los unia desde la infancia: Carlos II, incomodado, se paseaba por la sala estrujando sus guantes con rabia, y como quien busca el medio de libertarse de una obligacion que tan torpemente habia contraido, y lady Macdonnel estaba mas cortada que nunca.

Carlos se paró de pronto delante de Ricardo, y le dijo bruscamente:

— ¡Pues bien, jóven, pídemela vida, porque has incurrido en pena de muerte por haberte introducido aquí, y acercado á mí armado con ese puñal! Premeditabas un asesinato.

— Yo he entrado aquí, contestó Ricardo,

para obtener por algun medio la vida de mi padre : en cuanto al proyecto de asesinato , vos sabeis mejor que nadie que lo hubiera podido egecutar si lo hubiera formado , y esta noble dama puede atestiguar la verdad de lo que digo.

Carlos , cada vez mas despechado , vió á lady Macdonnel que , pálida ya y vacilante , estaba á punto de desmayarse ; y no sabiendo qué decir , porque ni queria perdonar , ni perder su nueva conquista , volvió otra vez á pasearse , y dijo de pronto :

— Y despues de todo , ¿qué es lo que he prometido ? Concederte un favor , un titulo , ¿qué sé yo ? pero no te dije que anularia por ti los decretos de mi parlamento ; yo no soy superior á las leyes.

— ¡ Vos me empeñasteis vuestra real palabra de concederme lo que pidiera ! Esta noble dama lo sabe : replicó Ricardo.

— Sí , señor , dijo lady Macdonnel con voz desfallecida ; así lo prometisteis.

Carlos la miró , y olvidó en aquel mo-

mento su venganza y su resolucion de no perdonar á ningun regicida, y dijo con cierta especie de satisfaccion:

— Pues que se cumpla la voluntad de Dios, porque él solo me ha podido hacer empeñar tan imprudentemente mi real palabra á un desconocido, y él solo ha podido hacer que este desconocido fuera el hijo del regicida Barkstead: su mano está patente en esta reunion de estrañas circunstancias. Vete, pues, jóven, tendrás la gracia de tu padre.

— ¿La tendré inmediatamente, señor? dijo Ricardo.

— Mañana por la mañana se estenderá, contestó Juxon, y se os enviará.

— ¡Mi tio está perdido! le dijo en voz muy baja Carlota; pide la gracia al momento, ó de aquí á mañana lo habrá trastornado todo Juxon.

— Perdonadme, señor, dijo Ricardo, pero si vuestro corazon es accesible á la clemencia, no puede dejar de seros agra-

dable añadir á la gracia de mi padre el favor de entregármela inmediatamente; mas si la clemencia, por el contrario, os cuesta algun esfuerzo, libertaos de una vez de un combate que os atormenta, y que tendriais que volver á renovar mañana.

— ¡Dices bien, jóven! que me traiga un page una vitela real y una pluma.

Juxon quiso hacer alguna observacion, pero Carlos II no lo permitió, y hasta le contestó con bastante sequedad. En seguida se acercó á lady Macdonnel y le habló en voz tan baja que ella sola lo pudo oír. Carlota aprovechó esta ocasion para decir á Ricardo, con singular precipitacion, y en voz igualmente baja:

— Escucha: dentro de unos dias salgo de Lóndres y voy á Great-House en el camino de Windsor. Vea por la noche, dá tres silbidos como cuando llamabas á Phann: yo conoceré la señal, bajaré y te hablaré; en Lóndres es imposible y ya te

diré por qué: ¿me entiendes? ¡en Great-House, tres silbidos!

—Sí, le contestó Ricardo, cuyos ojos fijos en los de Carlota parecía que buscaban en ellos su alma, y le daban la suya. Sí.... y no pudo decir mas por la opresion que le causaban tantas emociones reunidas.

Al fin vino un page con una vitela en que estaba estampado el sello real, una gran escribanía de plata, y una especie de tabla de ébano embutida tambien de plata, sobre la cual colocó una y otra, y la presentó al rey, manteniéndola de modo que pudiera escribir en pie. Mas al ir ya Carlos á tomar la pluma, se adelanta Juxon, y reconviniendo al page por su torpeza y poca habilidad, le quita aquella especie de atril y se coloca él mismo delante del rey, teniéndolo en el aire con ambas manos. Carlos al momento se pone á escribir, pero aun no habia trazado una línea, cuando Juxon, que lo miraba con aten-

cion, finge que se le caia el atril, se le ladea, y viene todo al suelo, vitela y escribanía; se derrama la tinta, y cae casi toda sobre el rico jubon del rey: se le manchan los calzones de seda blancos bordados de oro; se ensucia su casaca encarnada; los encages de las manos y las piernas se manchan y ensucian, y se ensucian y manchan tambien la capa y las medias, en términos que muchos estuvieron para echarse á reir.

— ¡Maldicion! exclamó Carlos en el colmo del furor; ¡mi jubon y mis encages! ¡Retiraos, Juxon! ¡Perder mi mas magnífico vestido! ¡Un vestido que yo mismo habia ideado! ¡Os he de castigar, Juxon, lo habeis hecho de propósito! ¡Idos! ¿Y tú qué es lo que quieres? añadió dirigiéndose á Ricardo: ¿qué quieres? ¡la gracia de tu padre! ¡El infierno! ¡mejor quisiera ajusticiarlo con mis manos que firmarla! ¡Oh mi vestido! ¡mi jubon!

— ¡Y si yo dijera que habiais faltado á vuestra real palabra! exclamó Ricardo.

— Si tal dijeras, le contestó Carlos poniéndose delante de él y mirándolo de pies á cabeza con unos ojos, en que mas bien se traslucia el hombre terrible y poderoso, que el rey; si dijeras eso, te arrancaria la lengua por calumniador, y con esa misma daga que llevas al lado te atravesaria el corazon, como haré con el de cualquiera que me insulte.

Carlota asustada se interpuso entre el rey y Ricardo, pero todo era inútil, la causa de Barkstead estaba perdida. Carlos II, colérico hasta el extremo, se fue á su cuarto despues de haber mandado que cesara la funcion y se retiraran todos, sin que nada lo pudiera detener, ni las lágrimas de Carlota á quien repelió con rudeza, ni el recuerdo de su real palabra altamente invocada, ni las suplicantes miradas de lady Macdonnel, á quien dijo de paso y muy secamente, que relevaba á su marido de la órden que le habia dado. Tal era Carlos II: sacrificaba el derecho

de honrar la memoria de su padre á una horrible venganza: abandonaba esta venganza por una muger: y muger, venganza y deber filial, todo lo olvidaba por un lazo ó un bordado.

A poco tiempo se presentaron unos soldados, que se apoderaron de Ricardo, inmóvil de estupor, y lo bajaron por la escalera secreta que salia al parque, sin darle apenas tiempo para oir á Carlota que le dijo muy de quedo:

— ¡En Great-House!

Cuando lo dejaron en libertad estaba aun en el mismo estado de estupor, pero la voz de Andlay, que habia salido detrás de él y presenciado toda aquella escena, lo hizo volver en sí.

— Ha prevalecido el odio de Juxon: le dijo.

— ¡Oh, mi venganza, mi venganza! murmuró entonces con un tono que asustó á Andlay, á pesar de lo acostumbrado que estaba á sus arrebatos; y ambos marcha-

ron en silencio, el doctor á su casa, y Ricardo á añadir este último golpe á los horribles dolores de su madre.





X.

LA TORRE.

LA mañana del 19 de Abril se hallaban en la puerta de la Torre que dá frente á Church-Hill, mistris Barkstead, su hijo, el doctor Andlay y Jacobo Downing, y además los amigos y deudos del coronel O-Key y de sir Miles Corbet. El dia empezaba á despuntar, y por diferentes lados

llegaban tambien varias personas , casi todas solas y silenciosas , que se iban incorporando con los grupos á que pertenecian por parentesco ó amistad , sirviendo de saludo un movimiento imperceptible de cabeza , una mirada , ó una mano dolorosamente apretada . Algunas veces brillaba una lágrima en los ojos de los que estaban esperando , cuando veian llegar algun amigo íntimo del reo , lo cual era una especie de homenaje al dolor que se conocia debia ser mas cruel . Esta sucesiva llegada , y los sitios ocupados silenciosamente , presentaban un aspecto triste y religioso , como el acompañamiento de un funeral ; pero en medio de aquel dolor , que debia comprimir hasta las entrañas de los que iba á privar el suplicio de un marido , un padre , ó un amigo , tuvo lugar un sentimiento que se podria llamar inglés . Fácil es concebir que lo tuviera Ricardo , pero no es posible explicar que llegara hasta el alma de mistress Barkstead , sino por la facultad que

tiene el hombre de impregnarse de las ideas que llenan la atmósfera que lo rodea, así como una flor inodora se perfuma con el aire embalsamado en que vive. Por lo tanto, mistress Barkstead, muger tímida y reservada, que habia temido y evitado siempre el aparato de las manifestaciones políticas, la dulce mistress Barkstead media con inquietos ojos la línea que se formaba detrás de cada uno de los tres grupos que estaban colocados junto á la puerta, y varias veces miró las de los amigos ó partidarios del coronel O-Key y de sir Miles Corbet, y vió con dolor que eran mas numerosas que la de su marido.

— Ricardo, le dijo en tono muy bajo á su hijo, ninguna afliccion le falta á nuestra desgracia, tenemos muy pocos amigos. ¡Ay! ¿habrá acaso alejado de sí la debilidad de tu padre á tantos nobles corazones que lo amaban? Porque por miedo no puede ser, pues bien ves que los amigos

del coronel O-Key y de sir Miles Corbet están casi todos aquí.

— ¡Ay madre! contestó Ricardo, no sé qué pensar: decis bien, que Dios no nos perdona ninguno de los tormentos de la prueba: bendigámoslo, puesto que ha igualado nuestro valor á nuestra pena. Nos falta, sin embargo, un amigo, con quien yo contaba como conmigo mismo: si no viene, será un triste desengaño para mí.

Quando decia esto, se oyeron los pasos mesurados de un gran número de personas, que creyeron serian los de algun batallon que iba á reforzar la escolta de los presos, porque como aun no habia acabado de amanecer, y la niebla era muy espesa, nada se podia ver bien. Mas al llegar á muy corta distancia de la puerta, distinguió Ricardo á Tomás Love, seguido de mas de cuatrocientas personas, y al momento se fue á él y lo abrazó llorando: su madre por su parte le dió la mano en

señal de agradecimiento, y Jacobo Downing y Andlay aplaudieron con palmadas, imitándolos los amigos de Barkstead que ya estaban allí, en términos que fueron estrepitosamente recibidos.

— Así que me separé de vos hace algunas horas, dijo Love á mistress Barkstead, volví á mi casa, y en seguida desperté con un vergajo á mis perezosos oficiales, á quienes al pronto sorprendió este modo de llamarlos. Pero yo tenia en ello mi objeto: si hubiera ido tirándoles uno á uno de los brazos ó las piernas, habrían gastado una hora en bostezar, estirarse y restregarse los ojos, en vez de que de aquel modo, con dos ó tres pasadas de vergajo tuve mi gente en pie, y listos todos, como gorriones, en menos de un minuto. Entonces les dije, que era preciso ir corriendo á casa de todos los amigos del coronel Barkstead, á advertirles que no dejaran de asistir á su egecucion esta mañana, y les encargué les rogaran que vinieran á re-

unirse en mi casa, que no está lejos de la Torre, donde encontrarían buena cerveza, y algunas botellas de vino para los mas encopetados. Mis oficiales, así que supieron de lo que se trataba, me dieron las gracias como á su padre; y bien veis que no lo han hecho mal, pues aunque junteis los sostenedores del coronel O-Key y de sir Miles, unos con otros no llegarán á la mitad de los nuestros.

— Ya lo veo, dijo Ricardo, y os lo agradezco mucho, Love.

— Entre esa gente, repuso en voz baja el carnicero, hay hombres que contendrían ellos solos á una turba de mil gritadores. Pues como el coronel lleve el compás demasiado aprisa con los dientes, nosotros lo rodearemos y nadie lo verá. ¿Sabeis algo de su estado?

— Nada, contestó Ricardo, pero el doctor está tranquilo.

— ¿Con que ha venido? añadió Love: ¿y ha traído su redoma? Miradlo allí, si-

guió diciendo, haciéndole reparar en el aire animado del doctor; ¡la tiene en la mano! ¡la prueba! ¡Máteme Dios, qué alegre está! parece muy contento.

Ambos se acercaron al doctor, que hablaba con calor con Jacobo Downing, y que así que los vió se dirigió á ellos.

— ¡Mirad, les dijo, este regalo del capitán: esto vale mas que todos los elixires del mundo! ¡Oledlo! tiene un perfume verdaderamente divino y un sabor esquisito.

— ¿Pues qué es? preguntó Ricardo.

— Es, contestó Downing, un licor que traje de mis viages al Nuevo-Mundo: es de las Antillas y está fabricado en Jamaica.

— ¡Es cosa admirable! repetia á cada momento Andlay, examinando cuidadosamente la botella, y llevándosela sin cesar á la nariz: ¿supongo que es para Barks-tead este precioso frasco?

— ¡Ah! contestó el capitán; despues de

haber sido cómplice, bien á mi pesar, del arresto del coronel, le traigo el auxilio que ningun soldado puede negar á otro; le vengo á ayudar á morir como valiente, como ha vivido, porque no conviene que tiemble á la vista de un patíbulo, despues de haberse sonreido delante del fuego de veinte cañones. Con que si un vaso ó dos de este ron pueden sostenerlo, sentiré menos lo que pasó á bordo del Bristol.

— Pongamos nuestra esperanza en Dios; dijo mistris Barkstead, que se habia acercado á ellos durante esta conversacion, y cuyo valor en aquel momento, desembarazado ya de las falsas esperanzas é inquietudes que la abrumaban, se habia desarrollado completamente, como se desarrolla una planta despejada de las yerbas parasitas.

Algunos minutos despues se abrió la puerta de la Torre, y se permitió entrar, sin dificultad, á todos los que quisieron hablar á los presos. Ricardo y su madre,

atormentados por el temor de que el coronel estuviese todavía en el estado de abatimiento que los desesperaba, no permitieron que los acompañaran á la prision sino muy pocas personas, entre las cuales fue el primero el doctor, y con él Tomás Love y Downing. Todos echaron á andar, tristes y descorazonados, por aquellos tortuosos corredores en que Barkstead habia mandado, siendo difícil figurarse la penosa inquietud que detuvo un momento la mano de Ricardo, al ir á empujar la puerta del cuarto en que estaba su padre. El fue el primero que entró, retardando para los demás el doloroso espectáculo que creia encontrar, y no cesó, por cierto, su temor, pues vió á su padre de rodillas, con la cabeza apoyada en las manos, sin que lo sacara, al parecer, de su abatimiento el ruido de llaves y cerrojos que se oia por todas partes. Ricardo lo llamó con voz casi apagada y el coronel no respondió; entonces se miraron unos á otros cuantos

habian entrado con él, y Tomás Love murmuró sordamente algunas palabras; mas Ricardo, con un gesto, le pidió compadeciera la debilidad de su padre, y se acercó á él llorando.

En este momento se puso en pie Barkstead; su cara estaba tranquila, y sus ojos, medio cubiertos por sus largas pestañas, parecia que miraban ya la tierra desde lo alto; vestido con mucho esmero, sin ninguna alteracion en sus facciones, ni el menor temblor en su voz, y con el paso firme, tenia todo el aspecto de un hombre fuerte y seguro de sí mismo, para quien la muerte no es mas que un triunfo. El gozo que sintiera su muger, su hijo y sus amigos, los hizo llorar, mezclándose un sentimiento inconcebible de satisfaccion con el dolor de aquella última entrevista, porque perdiendo una de sus mas dolorosas circunstancias la pena que todos tenian, se aligeró ésta lo que no es posible figurarse. El dolor de ver

perecer á su esposo y su padre, hubiera seguramente sido para mistress Barkstead y Ricardo mucho mas cruel de lo que lo fue entonces, si un instante antes no hubieran temido verlo morir cobardemente. La pena que les quedaba era, sin duda, tan grande como la que habian anteriormente previsto, pero sufrieron menos, sin embargo, porque les habia amenazado otro dolor mas vivo; y todos los preparativos para la marcha se hicieron con inesperada calma y solemne tranquilidad. Barkstead apretó la mano á su hijo, abrazó únicamente á su muger, besándola en la frente, y respondió con mejor humor que lo habia hecho nunca á las preguntas que le hicieron sobre su salud. Andlay le presentó la botella que le habia dado Downing, y le dijo: —Aquí teneis, coronel, un consolador, cual no lo podrian fabricar los mas sábios alquimistas de Lóndres; probadlo, que os confortará el corazon y os sostendrá en el combate que vais á sufrir.

— Mi consolador está en el cielo, contestó Barkstead; lo he invocado en mis oraciones y me ha oído. Como cuanto he hecho ha sido para su gloria y la del pueblo que protege, no me abandonará en la cumbre de mi calvario, aunque un cristiano, indigno como yo, bien pudiera sucumbir bajo el peso de su cruz, cuando está escrito, que Jesucristo dobló las rodillas debajo de la suya, y llamó al Señor en su ayuda.

— Lo creo, repuso Andlay, pero el Señor nos ha dado las armas de la tierra para sostenernos y defendernos; probad esta preciosa bebida, y os hará arrostrar las fatigas corporales que aun os restan que pasar.

— Sí, padre, dijo Ricardo, bebed ese licor, que es un jugo precioso traído por el capitán de las mas remotas tierras. Ese elixir es de la Jamaica.

— ¡Es eso cierto! exclamó Barkstead tomando la botella con inspirado júbilo, y

contemplándola con atencion; ¿es cierto que este licor es de Jamaica?

—Por mi honor, respondió Downing, yo mismo lo he traído de allí.

—Lo recibo, pues, como un presente del cielo, repuso Barkstead. No es vana casualidad la que pone en mis manos, á la hora de mi muerte, este fruto de la mas noble conquista de Cromwell. ¡Parece que el genio del Protector cubre á los hijos de Inglaterra y los acompaña hasta el último suspiro! ¡Cúmplase, pues, la voluntad de Dios! ¡Bebo este licor á la gloria de Cromwell! ¡Sea esta agua para mí al fin de mis dias, como la del bautismo al principio de ellos, una prenda de reconciliacion entre la humanidad pecadora y mortal, y la divinidad eterna é infalible!

En seguida echó ron en un vaso, y habiéndolo elevado al cielo, se lo bebió de una vez; mas apenas habia concluido, se oyó el ruido de las rastras sobre el pavimento del patio, y asomándose á la

ventana y considerando la que le estaba destinada, se volvió á Andlay y le dijo:

— Esa será sin duda mi última cama, doctor, porque ellos no le concederán ninguna al miserable cuerpo que destrozarán y harán pedazos.

— ¡ Oh! exclamó Tomás Love con furor; ¡ que no os den una sepultura honrosa y decente, y en vano se habrán construido los sepulcros reales para guardar los huesos de los señores de Inglaterra!

Ricardo impuso silencio á Tomás Love con una significativa mirada, y á poco tiempo entró un dependiente de la Torre á anunciar á Barkstead, que todo estaba pronto y solo á él se esperaba. El coronel le dió las gracias, y pidió á su muger que le prestara los últimos servicios, y ella le sujetó en el hombro su larga capa negra, y le dió, despues de acepillarlo, su sombrero de ala ancha, como lo hacia siempre cuando iba á salir á paseo. Los caba-

llos piñaban en el patio, ya habían dado las ocho, y lord Macdonnel en persona vino á decir al reo, que no dilatara mas su salida.

Este era el momento de la separacion para mistress Barkstead, porque Ricardo y los demás hacian cuenta de acompañarlo hasta Tyburn. Su valor conoció entonces toda la estension de su desgracia, y no le bastó para reprimir sus gritos y lágrimas, ni para que no fuera preciso desasirle los brazos del cuello de su marido. No tuvo tampoco fuerza bastante para reprimir los sollozos y convulsiones que destrozaban su pecho y estremecian su cuerpo, ni menos la feliz debilidad que, sumergiéndola en un largo desmayo, la hubiera librado de tan horrorosos tormentos. Ricardo, el doctor y Downing lograron al fin arrancarla de los brazos de su marido, y éste dijo á su hijo en el instante en que ella ocultaba su cabeza en su pecho:

— Despues de Dios, á quien he pedido

le dé resignacion y esperanza, á ti te la confio, Ricardo, no olvides que me ha hecho feliz durante mi vida, y que mientras viva será la honra de su sexo.

Ricardo, por toda respuesta, estrechó á su madre entre sus brazos, y entregándosela á Tomás Love, acompañó á su padre al patio, donde lo esperaba la rastra. Mientras bajaban, recobró ella su valor y quiso volver á hablar á su marido; Love se opuso; pero obligado, á su pesar, á ceder á sus súplicas, le ofreció que lo volveria á ver antes de llegar á Tyburn; y cuidando de no pasar por el patio, donde estaba Barkstead, salió con ella de la prision.

Entre tanto, iba aproximándose el coronel á la puerta de la Torre, llamada del lugarteniente, donde tantas veces habia recibido los honores militares debidos al mando que egercia. Ricardo, fijos los ojos en el suelo, parecia que evitaba mirar aquellas paredes, cuyo recuerdo, unido á

lo que entonces pasaba, heria á un mismo tiempo su orgullo y su ternura; pero su padre, libre ya su alma de todos los vínculos personales que sujetan á los hombres, miraba con complacencia los sitios por donde pasaba. Esta comparacion, que se convertia en amargura en el corazon de su hijo, á él le tranquilizaba el alma; y como último ejemplo de las vanidades presuntuosas, y de los infortunios de este mundo, dirigia al cielo sus únicos y últimos pensamientos. Habiéndole dicho Downing en voz muy baja: — ¡Y este fue algun dia vuestro palacio, y aquí poseisteis riquezas! le contestó:

— El palacio que voy á habitar, y las riquezas que poseo, son tan superiores á lo que he perdido, como lo es el alma al cuerpo, y la inmortalidad á la vida; porque mi palacio será el cielo, y mi riqueza es la tranquilidad de mi conciencia.

Diciendo esto, llegaron adonde estaba parada la rastra, que era un enorme cua-

dro de madera, de unos seis pies de largo por tres y medio de ancho, formado con cuatro palos sólidamente sujetos unos á otros. Por la parte superior estaba cubierto con tablas, bastante delgadas, clavadas al través, sobre cuya especie de suelo se hacia sentar al reo; y por la parte inferior estaban forrados los cuatro palos con gruesas planchas de hierro, para que el roce no los gastara tan pronto.— Hé aquí mi carro triunfal, dijo Barkstead sonriéndose al poner el pie sobre aquel pesado armatoste; y se sentó, é hizo seña al conductor de que echara á andar. Al irse á poner en marcha, oyó detrás de sí el ruido de las otras rastras que venian de patios mas distantes, y se volvió y vió á sus colegas, y los tres se saludaron como los convidados que van á una misma funcion: la de Barkstead fue la primera que salió de la Torre.



XI.

LA TRAVESTIA.

Allí tuvo principio la penosa marcha que debia hacer Barkstead hasta Tyburn, donde ya estaban dispuestos los patibulos y el verdugo aguardando. La ansiedad de ambos partidos era muy grande: los realistas creian que Barkstead, pusilánime y enfermo, iba á romper la serie de sublimes muertes, cuyo heroismo exaltaba al

pueblo; y los republicanos temian, que desmintiera con su cobardía la verdad de sus principios, el que entre todos ellos merecia, sin disputa, el nombre de virtuoso; y temblaban, sobre todo, de que en el discurso que acostumbraban dirigir al pueblo los reos, confesara que habia sido criminal.

En este estado de los ánimos salió la rastra de la Torre y emprendió su marcha por Church-Hill; y si bien los amigos de Barkstead, por una parte, se habian preparado activamente para protegerla, sus enemigos, por otra, no habian omitido medio alguno para convertirla en un anticipado suplicio. Así que apareció el coronel, lo asaltó una nube de dicterios, injurias y silbidos, que eran amargas burlas de su religion y de él mismo, crueles comparaciones entre su fortuna pasada y su situacion presente, y las mas veces descripciones espantosas de los tormentos que iba á sufrir.

— ¡Ohéé! ¡Barkstead, Barkstead! ¡el regicida! gritaron todos primero, y en seguida se empezó á oír alternativamente:

— ¡Ohéé! ¡el coronel! ¡al baile, al baile de las brujas! ¡á tres y sin tocar tierra!

— ¿Has buscado al Señor? — Por cierto que lo ha buscado y lo ha encontrado, porque el Espíritu Santo se ha montado á caballo sobre sus narices para servirle de anteojos.

— ¡Si no has almorzado bien, tanto mejor, Barkstead! te servirán un puding con sangre de tus propias entrañas bien asadas.

— ¡Mirad que pálido está! — ¡Tiene miedo! — ¡Llora! — ¡Pide perdon!

— ¡Os desprecia! gritó Love con su tonante voz, colocándose al lado del coronel. Este grito interrumpió los sarcasmos, y se oyó la voz menos fuerte, pero sonora y firme, de Barkstead añadir con resignacion:

— ¡Los compadezco, y los perdono!

Por todas partes se oyeron entonces

aclamaciones porque habia resistido á este primer ataque. La rastra caminaba despacio, y Ricardo iba al lado de su padre, á quien observaba con atencion; cuando de repente, á la salida de Church-Hill, le vió quitarse el sombrero y saludar á alguno que veia á lo lejos; Ricardo miró y conoció á su madre, que estaba en un balcon de casa de Tomás Love agitando un pañuelo. Triste, pero resuelta, se habia situado al paso de su marido; su cara estaba tranquila, se veia en sus labios una melancólica sonrisa, y con el movimiento de su cabeza, levantada noblemente, parecia que le decia al coronel:

— ¡Valor y no tiembles, porque yo que soy muger y me voy á quedar sola, tengo firmeza, y bien ves que no lloro!

Todos los espectadores prestaron suma atencion, porque la rastra estaba aun lejos del balcon, y la escena podia ser larga y sucumbir en ella la resolucion del uno ó del otro. Las miradas se dirigian desde el

coronel, que avanzaba con lentitud; á su muger que no se quitaba de su sitio; y la santidad de esta última entrevista y de este íntimo á Dios de dos almas, que habian estado tanto tiempo y tan perfectamente unidas, se comunicó á la multitud que aguardaba la rastra y á la que venia con ella, porque no se oyó un solo grito, ni una injuria que turbara aquella muda escena. Unicamente se oyó á Barkstead, que inclinándose hácia Love, le decia sonriendo:

— ¡Dios es el esposo de las viudas y el padre de los huérfanos! Decídselo así á María y á Ricardo cuando yo muera, para que lloren menos al marido y al padre que habrán perdido.

Entre tanto avanzaba la rastra, y cuando llegaba ya cerca del balcon á que estaba asomada mistress Barkstead, todos esperaban oir de su boca algunas palabras de consuelo, como bajadas del cielo; pero el cuidado, al parecer, de conservar su

aspecto firme habia agotado todas sus fuerzas, porque permaneció muda al estar su marido á distancia de poderla oír. Lo que hizo únicamente fue colgarse casi toda fuera del balcon, y con una dignidad que prestó indecible gracia al recuerdo de su juvenil amor, le envió un casto y postrer beso: Barkstead, que en aquel instante se hallaba debajo del balcon, al ver este movimiento de su muger, se puso en pie sobre la rastra, se quitó su ancho sombrero con cierta galantería, y con una voz en que la exaltacion religiosa iba mezclada con la mas íntima emocion, exclamó:

—¡Al cielo! ¡al cielo! ¡al cielo, amor mio! te dejo en la tempestad.

Un dulce y noble sentimiento se apoderó del pueblo al oír estas sencillas y solemnes palabras: las aclamaciones de los amigos del coronel no respondieron á su voz, pero se oyeron hondos sollozos, y se vieron muchas manos ásperas y grose-

ras enjugar furtivamente una lágrima, al mismo tiempo que Ricardo, fijos los ojos en su padre, lo contemplaba con un mudo éxtasis, que no se podría suponer exento enteramente de gozo. En aquella hora, la muerte no parecía ya mas que una circunstancia indiferente de aquel dia, pues todas las inquietudes de los amigos de Barkstead se habian fijado en cómo sabria morir, y así que lo vieron con tanto valor y firmeza, fue tan viva su satisfaccion, que su marcha tomó el carácter de un triunfo, y pareció que la rastra mas bien llevaba á Barkstead á alguna magnífica ceremonia, en que le esperaban grandes recompensas, que no á Tyburn, donde estaba erigido el patíbulo al lado del brasero para quemar sus entrañas, y de las tenazas para arrancarle el corazon.

El despecho de los soldados de la escolta y del oficial que los mandaba fue tal, al ver esto, que por órden de este último arreó vivamente el conductor los

caballos, que fueron al trote hasta Tower-Gate, donde el gentío les impidió seguir con tanta rapidéz. El movimiento de la rastra, que resaltaba con violencia sobre las piedras, sacudia á Barkstead destróndole el cuerpo, y le causó tan vivos dolores, que se sintió desfallecer y cubrir su rostro un frio sudor; entonces miró á su alrededor, y se vió solo y separado de todos su amigos. El populacho, agolpado en aquel sitio, podia entonces acercarse á él libremente, y otra vez empezaron las injurias con mas fuerza y mas atroces; pero viendo que nadie salia á su defensa, añadió á sus insultos horribles amenazas, y arrojó lodo sobre la rastra y sobre Barkstead. Un hombre del pueblo le pasó á dos pulgadas de la cara un hierro hecho ascua; y como el primer movimiento de sorpresa le hiciera apartar vivamente la cabeza, fue escarnecido y silbado con espantosas carcajadas de risa. A poco tiempo se vió un grupo de algunos miserables

atravesar la multitud con grande algazara, abriéndoles todos paso con estrepitosos aplausos, hasta que llegaron junto al coronel, y se colocaron al lado de su rastra para representar una espantosa pantomima.

Primero levantó uno de ellos en alto un palo largo que tenia en la punta una especie de travesaño, que imitaba bastante groseramente una horca, y en la estremidad de éste una polea, por la que pasaba una cuerda ensebada. Es de advertir, que ya habian llegado á Hoborn, y que como el camino es una cuesta bastante sensible, la marcha de la rastra era en extremo lenta, circunstancia que hizo que los miserables pudieran representar su horrorosa comedia sin separarse ni un paso del coronel. Habian, pues, alzado su palo, y el pueblo, curioso, se agolpaba en silencio á ver lo que iba á pasar, cuando se oyeron los tristes aullidos de un perro que ataban, y muy pronto se le vió en el aire, izado por la polea y figurando un ahorcado. La

alegría del populacho, al verlo, estalló con mil gritos, con carcajadas de risa sin fin, y con innumerables aplausos, pero lo que sobre todo le parecia mas admirablemente chistoso era, que uno de aquellos hombres, subido sobre los hombros de otro, tenia agarrada con la mano una de las patas del perro ahorcado, examinaba con atencion su pulso, y respondia magistralmente, imitando la formalidad de un médico, á las preguntas de uno de sus compañeros que hacia el oficio de verdugo.

Barkstead, desde que vió aquel palo largo de que pendia una cuerda, conoció la intencion de los que lo llevaban, y volvió la cara con disgusto, pero al instante mismo lo asaltaron con tal violencia las befas, los silbidos, los gritos de cobarde y mandria, que conoció se debia á sí mismo y á todos los de su partido mostrarse indiferente á las amenazas y á los ultrages, y se condenó á mirar de frente

los tormentos de aquel animal. Cuando lo vió elevarse en el aire y luchar con las angustias de la agonía, se le vino al corazón un triste recuerdo: se acordó de Phann, se retrató la fatal lucha de su arresto, se acordó del valor de aquel buen perro, y calculó entonces, con mas precision que lo habia hecho nunca, que su vida habia dependido de un hilo, de un segundo, de una mirada turbada, de una mano echada mas bien á un lado que á otro; y al ocurrírsele todo esto se puso su rostro triste y receloso, y oscurecieron su frente serias reflexiones, de forma, que aunque miraba fijamente al perro que acababan de desatar de la cuerda, nada veia de cuanto pasaba, pudiéndose decir que les faltaba la vista á sus ojos. Mas de repente lo distrajeron de esta sombría preocupacion los dolorosos aullidos del perro, porque imitando los actores de tan horrible escena todos los pormenores del suplicio que aguardaba á Barkstead, acababan de abrir

con un cuchillo el vientre del pobre animal, y uno de aquellos caníbales le arrancaba con tenazas las entrañas y las echaba en un brasero que llevaban otros al lado de la rastra.

Es un secreto inesplicable del corazón del hombre el de su fuerza y el de su debilidad. Barkstead iba á sufrir aquel suplicio, cuyo asqueroso simulacro ostentaban á su vista, debía vérselo sufrir á dos personas, que una era su colega, y otro su amigo, y no obstante, al representarse interiormente tan horroroso espectáculo con todas sus atrocidades, y al compararlo con su valor, se habia sentido con fuerzas para verlo con ojos serenos. Esta confianza en sí mismo no era ciertamente falsa, porque si conducido por los soldados hasta el sitio de la egecucion, se hubiera cumplido todo como lo habia imaginado, no solo hubiera permanecido su cara impassible, sino que ni aun su alma hubiera tenido que luchar consigo misma.

Pero á este valor no le convenia un combate superior á sus previsiones ; el partido tomado, ó por mejor decir, la provision de fuerza que habia hecho Barkstead y que era bastante para lo mas temible, la superó un accidente mas innoble que cruel, y cuando vió degollado al perro y sus entrañas friéndose y humeando sobre las ascuas: cuando una mano ensangrentada le sacudió delante de los ojos el corazon del animal chorreando, le acometió un vértigo horrible, se le turbó la vista, se confundieron sus ideas, y se hubiera, sin duda, desmayado, sino hubiera parado repentinamente la rastra. La gente se paró tambien, y Barkstead vió una muger cubierta con un velo, que hablaba al oficial de la escolta con una autoridad que parecia irresistible; segun éste le respondia, se conocia claramente que tartamudeaba escusas que la jóven no admitia, hasta que al fin, á un ademan imperativo de ésta, mandó á los soldados que aleja-

ran á los miserables que habian egecutado aquella sangrienta parodia; y como el dote de los caracteres sin dignidad es el esceso en todo, los hizo separar con violencia tan brutal, como la indiferencia con que los habia dejado acercar.

El convoy, entre tanto, no continuó su marcha y la desconocida se aproximó á Barkstead, se levantó el velo de modo que él solo la viera, y llamándolo con dulzura, le dijo:

— ¡Coronel Barkstead! aquí teneis una hija arrepentida, que os viene á pedir vuestra bendicion.

Barkstead la miró con asombro, y en el horrible estado en que lo habia puesto el incidente que acabamos de referir, ni pudo conocer las facciones que se le presentaban, ni la voz que oia.

— ¡Niña! contestó con una emociion que tenia algo de sobrenatural, como si ya hubiera pasado el punto imperceptible en que concluye la vida mortal: ¡niña! ¿eres

tú el ángel de mi muerte? ¿me vienes á dar la mano para sostenerme en presencia del Señor?

La jóven observó la turbacion que habia en la voz y los ojos del coronel, comprendió la causa, y subió á su lado sobre la inmóvil rastra: allí, inclinándose sobre él y levantando sus brazos á la altura de su cabeza, lo cubrió con su velo blanco, como lo hubiera hecho un ángel con sus alas, y le dijo en voz baja:

—¿No me conocéis? ¡vos que fuisteis padre para mí!

—Sí, dijo el coronel reuniendo algunos recuerdos dispersos por el violento choque que acababa de sufrir: ¡sí, yo he amado como padre á una niña que tenia tu voz y tus ojos, pero esta niña murió y yo la maté! ¡Pobre Ana!

—¡Pobre madre mia! repitió la jóven.

Esta exclamacion renovó la memoria de Barkstead.

—¡Carlota! exclamó.

— Sí, dijo la jóven, Carlota que se ha escapado de la prision en que la tienen para venir á pedirnos vuestra bendicion antes de morir, y advertiros una cosa. Oid, padre mio, porque sois mi padre vos que me habeis criado cuando niña. ¡Oid, y preparad vuestras fuerzas y vuestro valor, porque han resuelto abatir vuestro valor, y hacer vacilar vuestras fuerzas! Os aguardan en Tyburn: Ralph está al pie del patíbulo y Juxon es quien lo ha dispuesto: ambos lo tramaban á mi lado en casa de mi carcelera: lo que pueden y quieren hacer no lo sé, pero las tenazas hechas ascua y la hoguera no es lo temible, porque Ralph se estuvo riendo mucho tiempo despues de haber hablado muy de quedo con Juxon, y éste le respondió: ¡eso está muy bien pensado! Bien veis, pues, padre mio, que necesitais valor. Yo no soy el ángel de vuestra muerte que os dá la mano delante del Señor, pero soy vuestra hija que vengo á soste-

neros delante del verdugo: ¿quereis que os acompañe?

— Gracias, Carlota, contestó Barkstead, eso no le está bien ni á tu posicion de hermana del rey que me condena, ni á una jóven tímida y débil. ¡Déjame! ¿ves esa colina de Hoborn? mira bien, y si tus ojos penetran tanto como los míos, verás á Jesucristo que me tiende la mano y viene á sostenerme.

Diciendo esto brilló la cara de Barkstead como en un supremo éxtasis, y Carlota, echándose el velo, la dejó ver, radiante y serena al inmenso concurso de espectadores inmóviles. El tiempo que duró esta interrupcion de la marcha del convoy dió lugar á que lo alcanzaran los amigos del coronel, y Ricardo corrió al punto á colocarse al lado de su padre. Carlota al momento saltó con ligereza fuera de la rastra, é hizo seña al oficial de que anduviera, diciendo rápidamente á Barkstead:

—Padre mio, me quedo á vuestro lado, pero que no lo sepa Ricardo. Tengo todavía que pedir os una bendicion.

El convoy se volvió á poner en marcha, pero con sosiego y gravedad, sin que ninguno se atreviera á turbar el religioso silencio del coronel, que con los ojos elevados al cielo hacia ya subir allá su alma en alas de la oracion. Ricardo iba á la izquierda de la rastra y Carlota á la derecha, y estos dos jóvenes compañeros del reo, en la edad en que la vida no es mas que pureza, fueron desde aquel momento el mas seguro escudo de Barkstead contra los insultos que le habian preparado en su tránsito. Aquel cándido amor, que brillaba en torno de su infamante suplicio, iluminó la marcha de Barkstead con una luz de inocencia, que deslumbró á los mas resueltos á ser infames, y la rastra llegó á la plaza de Tyburn acompañada y acogida con religioso silencio y mudas bendiciones.



XII.

LA EJECUCION.

HALLABASE reunido en la plaza de Tyburn un gentío inmenso, en el que se notaba la mayor agitacion, no manifestada por aquel flujo y reflujo de gentes que en las grandes concurrencias les hace dar vueltas, y hasta chocar con las paredes de los edificios, como el mar con sus es-

carpadas orillas, sino por un murmullo sordo y continuo, como el de una colmena próxima á enjambrar. Soldados de caballería formaban un cuadro de unos veinte pies al rededor de la horca, que estaba colocada en uno de los extremos de la plaza, con tres cuerdas pendientes de tres gruesos anillos de hierro fijos en tres brazos que salian del enorme madero que los sostenia. Estas tres cuerdas tenian, cada una en su estremidad, un lazo corredizo que se ajustaba al cuello del que se iba á ajusticiar, y en vez de la trampa sobre que se le coloca hoy y que lo deja caer, al abrirla, de una altura bastante grande para que se rompan las vértebras con el golpe, habia colocado un carro con un caballo, que en el momento designado para la muerte debia echar á andar, y dejar suspendido al reo un pie del suelo, cuando mas. El movimiento progresivo del carro, que al irse alejando apretaba insensiblemente el lazo corredizo, y la

poca elevacion de la caida cuando perdia pie el cuerpo, hacia que la estrangulacion fuese pesada y dolorosa en todos sus grados, teniendo además la ventaja de que, como la muerte no era inmediata y completa, daba lugar al verdugo para cortar la cuerda durante las últimas convulsiones del ahorcado, de modo que pudiera todavía sentir los tormentos que le quedaban que sufrir.

Cromwell, para quien la muerte no era mas que borrar á un hombre del mundo de sus enemigos, libertó de los pormenores del tormento á casi todos los reos. Al mandarlos morir nunca los quiso castigar porque no pensaran como él, pues sabia que se podia pensar con honor sin tener su opinion, y mucho menos trató de aterrar con suplicios á sus antagonistas, porque tambien sabia que la sangre de los cadalsos es fecunda en venganzas; únicamente hizo que dejaran de existir los que lo combatian, y esto solo porque le era

contraria su vida; los mató como se destruye un insecto porque nos pica, pero sin pretender reformar su naturaleza, ni que sirviera de ejemplo á sus semejantes. Mas no era este el modo de pensar de los realistas de aquella época; haber puesto los ojos ó la mano sobre los derechos de la soberanía real era el mayor de todos los crímenes, era desobediencia, revolucion y sacrilegio, y los castigos se debían ensanchar para que fueran iguales á tales fechorías; por esto jamás perdonó la restauración el tormento á los que hizo morir; y si á esto se agrega que de lo que llamaban realismo había hecho una especie de religión, se comprenderá fácilmente que toda venganza se hizo implacable y todo perdón imposible. El suplicio, pues, estaba dispuesto con todos sus horrores; dos pasos delante del carro ardía un fuego de carbon vegetal en un enorme vaso circular de hierro de la figura de una caldera, pero sin enrejado ni agujeros por donde en-

trara el aire, por lo que uno de los criados del verdugo lo animaba con un gran fuelle, y las largas tenazas introducidas entre los carbones servian para lo que sirven hoy en Inglaterra esas barras de hierro con que se mueve el carbon de tierra para que arda mejor.

Al llegar Barkstead estaba tan apiñado el gentío, que fue imposible que avanzara la rastra, y se vió precisado á bajar é ir á pie hasta el patíbulo. Conviene además observar, porque fue el carácter bien particular de aquel dia, que como la atencion general estaba de tal modo fija en la conducta y valor del reo, que su muerte no formaba parte, ni de los temores, ni de las esperanzas de nadie, hubo un momento en que Barkstead, apeado de la rastra y rodeado solo de sus amigos, hubiera podido intentar un golpe desesperado. El y los suyos pudieran haberse precipitado entre la multitud, producir en ella un desorden, y tal vez entre el tumulto de tan-

tas miles de personas, y mientras que la gente hubiera corrido y dado vueltas en todos sentidos, le hubiera sido posible huir y salvarse; pero en aquel instante nadie pensó en la vida, ni Barkstead, ni sus amigos; y ni éstos lo aprovecharon, sino para animar al coronel, ni éste se ocupó mas que de tranquilizarlos. Ni aun los soldados que lo debian escoltar aparentaban temer una tentativa de esta especie, porque el oficial que los mandaba y que hubiera debido redoblar su vigilancia con el reo, se alejó precipitadamente y atravesó con gran trabajo el gentío, hasta que llegó adonde estaba un gefe á caballo con los dragones del rey al pie de la horca, y le dió, al parecer, cuenta de lo ocurrido en la travesía. Ricardo, que vió este incidente y observaba con atencion todos sus movimientos, reparó que señalaba con la mano á la jóven que estaba junto á su padre; que el coronel de dragones, al ver esta accion, se inclinó sobre su caballo

como para oír mejor , y que poniéndose en seguida en pie sobre los estribos , miró atónito también hácia el mismo sitio. Ricardo reparó entonces que el coronel era Ralph Salnsby ; y al observar la palidéz de su rostro , el ademan con que designó á la muger cubierta con el velo , y la mirada con que parecia quererla confundir , conoció á Carlota. El alma de Ricardo , marchita ya y seca en una edad en que solo deben tener eco las voces de amor y de afecto , no percibia mas que los sentimientos del odio ; y ni el puro cariño de aquella jóven con su padre , ni la gracia de sus movimientos , ni la amorosa atencion con que puso muchas veces su mano en la del coronel , nada le advirtió , en una marcha de mas de media hora , que aquella muger era Carlota ; mas se lo dijo la mirada de Ralph , mirada de tal clase , que aunque se hubiera ella levantado el velo y presentado su cara á la vista de Ricardo , no hubiera podido conocerla mejor. En-

tonces se acercó á ella y la nombró en voz baja con sumo cariño, pero como avergonzado de no haberla conocido.

— ¡Todavía no! le contestó ella.

Barkstead, al fin, habiendo atravesado la gente con sus amigos, entró en el cuadro que formaban los soldados de caballería, y con él solo se permitió entrar á Ricardo, Love, Andlay y Carlota. Al momento lo hicieron subir en el carro, donde el verdugo le ató los brazos á la espalda con una cuerda de lana negra; y la apretó con tal fuerza á una seña de Ralph, que se le ennegrecieron las manos, y la vehemencia del dolor cubrió su rostro de mortal palidéz. Dió esto lugar á algunos murmullos, pero Salnsby desenvainó la espada para amenazar á los descontentos, y todo el mundo calló, permaneciendo entre tanto Barkstead inmóvil. El verdugo iba otra vez á acercarse al reo, cuando la voz de Tomás Love, que en los momentos críticos se interponia siempre po-

derosa y sin miedo, lo contuvo repentinamente. Le acababan de dar por entre los pies de los caballos un pergamino que habia enseñado á Andlay, y con él se dirigió á la parte opuesta á la en que estaba situado Ralph, donde se hallaba montado en un caballo de mucha alzada, con las armas de Lóndres bordadas en la mantilla, el sherif del condado de Midlesex, que debia presidir la egecucion. Así que estuvo junto á él levantó la voz, y presentándole el pergamino, le dijo:

—Yo, Love, carnicero, ciudadano de Lóndres, os presento esta peticion para que la sentencia impuesta á Barkstead se egecute segun la costumbre y los reglamentos del suplicio, y sin añadir nada mas.

—¿Está vuestra peticion en forma, y teneis dos testigos que la presenten con vos? dijo el sherif.

A esta pregunta contestaron mil voces citando una multitud de nombres en apoyo

de la peticion , seguidos todos de la calificacion de *ciudadano de Lóndres*.

—Pues bien , dijo el sherif , puesto que está apoyada la peticion , decid : ¿ de qué os quejais ?

—De que la cuerda que sujeta las manos del reo está mas apretada de lo que es preciso para la seguridad de la egecucion , y este es un tormento inútil y contrario á la ley .

—¿ Hay aquí algun perito que pueda juzgar de ello ? dijo el sherif .

—Aquí está uno , yo Andlay , decano de la facultad , y ciudadano de Lóndres ; contestó el doctor .

—Que se atienda , pues , la peticion , repuso el sherif , y volvió su caballo hácia el carro , y se situó junto á él ; Ralph que vió este movimiento se fue á su lado , y arrimándosele al oido , le dijo en voz baja :

—El rey lo quiere así , señor , cuidado con lo que vais á hacer .

— ¡ La ley lo prohíbe ! respondió en voz

alta el sherif. ¡ Coronel , á vuestro puesto!
 Vos no sois aquí mas que un auxiliar del
 verdugo , sujeto como él á mis órdenes.
 ¡ A vuestro puesto , os digo!

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

<u>Cap.</u>	<u>Pág.</u>
I. . . <i>Continuacion del capítulo anterior.</i>	5
II.. . <i>La antecámara.</i>	13
III.. . <i>La cámara.</i>	36
IV.. . <i>Ultima voluntad.</i>	57
V... <i>La fantasma.</i>	74
VI.. . <i>La Inglaterra.</i>	87
VII.. <i>El Mar.</i>	111
VIII. <i>Las dos madres.</i>	130
IX.. . <i>La noche.</i>	155
X... <i>La Torre.</i>	208
XI.. . <i>La travesía.</i>	226
XII.. <i>La egecucion.</i>	244

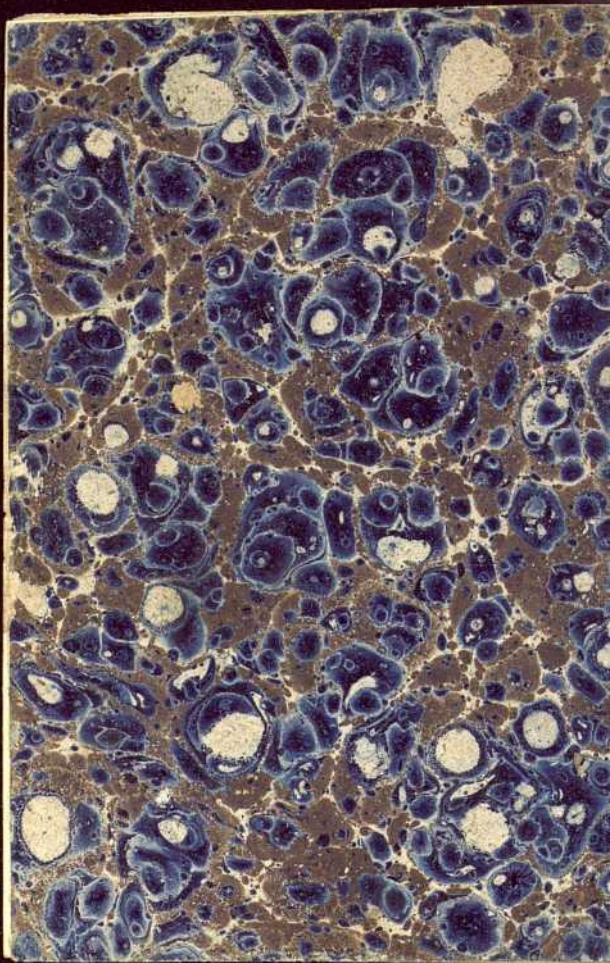
INDICE

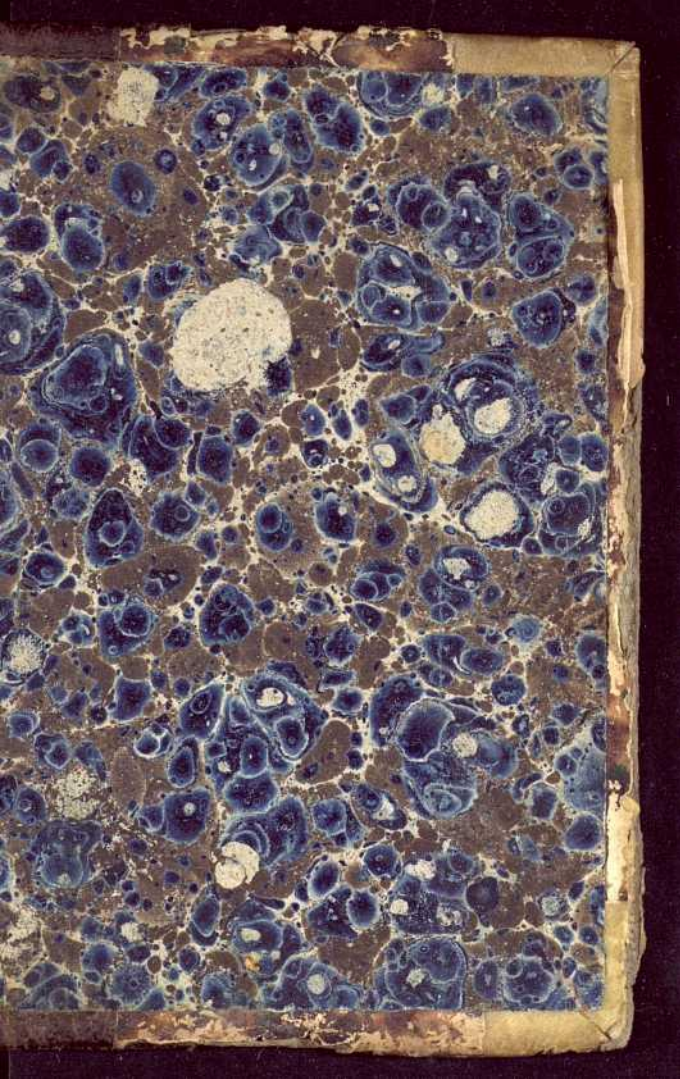
174	Comunicacion del Rey a los
8	toros
13	La ordenanza
36	La ciudad
37	Ultima voluntad
71	Yo foy
87	La ordenanza
141	El Rey
150	Las dos partes
153	La noche
202	La Torre
226	La ciudad
244	La ciudad













Universidad de Valencia
Biblioteca General

D-91
288